

JESÚS DÁVILA

DE CORDERO

REMINISCENCIAS FUNEBRES

9 de Julio de 1894:
tercer aniversario de su muerte.

QUITO
Tip. de los Talleres Salesianos

ADVERTENCIA

Al dar á luz este libro, tenemos por conveniente expresar que él debió publicarse en Cuenca, á fines de 1891, como lo da á entender la fecha de su prólogo. Circunstancias imprevistas hicieron que algunos deudos de la Señora Dávila se trasladasen, por corto tiempo, á residir en esta noble y hospitalaria capital, donde, al cumplirse el tercer aniversario de la muerte de aquella, han reunido, en este pequeño volumen, varios de los escritos necrológicos, cartas de pésame, poesías, & con que les favorecieron la amistad y la condolencia, en la suprema angustia á que los sometió la soberana voluntad del Omnipotente.

Nada tienen que ver con esta publicación las letras ni la crítica. Es un libro de duelo, en que una familia amante y

consternada tiene á bien compaginar la lúgubre historia de la mayor de sus desdichas, para que la lean los huérfanos y la guarden, como recuerdo triste y honroso de la madre que reside en las mansiones eternas.

De la corona fúnebre que manos piadosas colocaron sobre el ataúd de la Sra. Dávila de Cordero, cayeron las flores marchitas, pero todavía perfumadas, que el cariño inextinguible de dolientes y amigos recoge hoy, y ata con lazo de duelo, para que, en el desolado hogar, formen el eterno ramillete de despedida.

Tenga este libro las tachas que tuviere, á nadie le corresponde tildarlas: — es propiedad exclusiva del dolor.



SIEMPREVIVAS

Dov' è mia gioventù? Dove i
beati anni d'amor?

S. PELLICO.

Cuando en medio de las supremas emociones del pesar, entregamos á la tierra los despojos de seres queridos, ó cuando, más tarde, impulsados por un afecto que no muere, acudimos á regar con nuestras lágrimas su losa sepulcral; solemos colocar en ella una corona de siemprevivas, sencillo emblema de la ternura y constancia de nuestros recuerdos. Este deber de amistosa piedad es el que cumplimos hoy con la veneranda memoria de

nuestra respetable y querida amiga la Sra. Da. Jesús Dávila de Cordero, al depositar sobre su tumba una corona entretrejida de las galanas flores que la amistad ha regado á manos llenas sobre su lecho mortuario.

La temprana y sentida muerte de la Sra. Dávila de Cordero tuvo triste resonancia en toda la República; porque en toda ella eran conocidos los claros precedentes de la distinguida matrona cuencana, sus relevantes prendas de inteligencia y de virtud, y el nombre del eminente literato y hombre público á quien había unido su suerte y que viste hoy el luto de la viudez. La memoria de la estimabilísima difunta ha sido honrada por la prensa de todas las provincias, cuyas columnas registran las brillantes producciones con que nuestros mejores poetas y literatos han enaltecido los merecimientos de quien fué honra y prez de la sociedad

en que vivió; y, al reunir y compaginar varios de esos escritos, con mano cariñosa y consternado el corazón, ofrecemos á los atribulados deudos y numerosos amigos de la Sra. de Cordero, un precioso libro, verdadera apoteosis de la virtud, obra digna de una sociedad culta.

A esos rasgos patéticos del sentimiento, á esos elogios bien merecidos por quien los recibe, sólo agregaremos de nuestro pobre caudal un ligero esbozo biográfico, para hacer conocer mejor, fuera de nuestro país, á la digna consorte de uno de los más justamente laureados poetas ecuatorianos.

Hija del muy estimable caballero Sr. D. Rafael Dávila y de la culta matrona Sra. Da. Antonia Heredia, nació la Sra. Jesús Dávila de Cordero, en esta Ciudad, el 20 de Mayo de 1853, recibiendo en su cuna la preciosa he-

rencia de las virtudes solariegas con que brillaron sus mayores.

Confiada su educación á sus respetables tios, el prócer cuencano Sr. Don Miguel Heredia y la digna Sra. Doña Francisca Dávila, la amiga cuya pérdida lamentamos correspondió cumplidamente á los afanes y desvelos de sus cariñosos deudos, en cuyo corazón supo llenar un verdadero vacío; pues Dios les había negado las dulzuras de la paternidad.

Cuando en 1864 se estableció en esta Ciudad el Instituto de las Madres de los Sagrados Corazones, que tantos beneficios ha producido al país, contó entre sus primeras alumnas á la Srta. Dávila, cuya índole angelical, clara inteligencia y asidua consagración al cumplimiento de sus deberes escolares, la rodearon, en breve, de la consideración de sus superiores y del afecto de sus compañeras. En la proclamación anual de la conducta y aprovecha-

miento de las alumnas del Colegio, el nombre de la Srta. Dávila fué siempre de los primeros, durante todo el tiempo de su permanencia en ese plantel, del cual se separó, con general sentimiento de maestras y amigas, en 1867.

En aquel mismo año, y á los catorce de su edad, contrajo matrimonio con el inspirado poeta Dr. D. Luis Cordero, ventajosamente conocido ya por aquel tiempo en los círculos literarios y políticos de la República, y que á la sazón habia cumplido treinta y cuatro años. Pudo temerse entonces que la unión de un hombre en la plenitud de la vida con una niña apenas salida de la infancia, produjera los deplorables efectos de la disparidad de inclinaciones y deseos, y que el bardo ecuatoriano llegase á lamentar más tarde el horrible desamor que envenenó el alma del desgraciado Milton. Mas la joven desposada, cu-

ya madurez y discreción se habían adelantado con mucho á la edad, comprendió desde luego la santidad de sus deberes; penetró en el alma de su esposo; sorprendió el secreto de sus altos ideales, y á realizarlos consagró todo el afecto de su corazón, toda la luz de su clara inteligencia.

Esposa ejemplar y madre llena de ternura, fué, después, la solícita colaboradora de su esposo en la educación de sus hijos: improba labor que así comprende la ardua conquista de la voluntad, como la penosa dirección de la inteligencia, y para la cual una madre de las elevadas dotes de la Sra. Dávila dispone siempre de mejores recursos que el más consumado pedagogo.

Maestra de sus hijos con la palabra, lo fué todavía más con el ejemplo: su hogar fué verdadera escuela de virtudes cristianas. La humildad y la caridad, ángeles proscritos de la

mansión de la opulencia, hicieron, sin embargo, morada en el hogar de nuestra amiga, en quien el favor de la fortuna no engendró la soberbia ni la dureza del corazón. ¡Cuántos menesterosos habrían quedado sin pan, á la muerte de la Sra. Dávila, si sus dignos herederos no hubiesen hecho suyos los deberes que impone aquella fecunda virtud con la cual los avaros de la gloria atesoran para la eternidad!

Siadosa hasta el misticismo, la Sra. de Cordero buscó el medio de conciliar las austeridades de la vida religiosa con el cumplimiento de los deberes sociales de su estado, y lo halló fácilmente en la bella fundación de la Tercera Orden de Santo Domingo, en la cual profesó, en compañía de su hija primogénita, la Srta. Enriqueta Cordero, la cual, poco después, abandonó el siglo por los votos de la vida monástica, poniendo á prueba, con su

dolorosa separación, la cristiana fortaleza del sensible corazón materno.

Y no era la de nuestra culta amiga aquella virtud zahareña que se esquivaba de la sociedad y juzga incompatibles los deberes de la virtud con el esparcimiento y la cortesanía: su exquisita urbanidad era el mejor adorno de sus prendas morales y la hacía dueña de todos los corazones.

Tal era la noble matrona cuya preciosa existencia se hundió en la noche del sepulcro, el día 9 de Julio del presente año, á los treinta y ocho de su edad.

En el vigor de su esbelta juventud, rodeada del amor de propios y extraños, parecía destinada á gozar largos días de felicidad sobre la tierra, y, sin embargo, ya no existe!.....

Descubrámonos junto á su sepulcro, y repitamos, en elogio suyo, las solemnes palabras de un célebre orador sagrado, cerca de la tumba de la Duquesa

de Montausier, cuando, describiendo el tipo de la mujer fuerte del Evangelio, exclamaba: "En todo el discurso de su vida y de sus acciones ha seguido este perfecto dechado, por su generosidad natural, por el buen uso de los bienes de fortuna, por el conocimiento de su nada y de la grandezza de Dios, por una confesión sincera de las flaquezas y vanidades humanas, por una muerte dulce y tranquila, por el universal sentimiento de cuantos la habían conocido."

¡Paz á sus cenizas; gloria á su alma en el Señor!

Cuenca, Octubre de 1891.

Rafael María Arizaga.

PARTE PRIMERA

PUBLICACIONES NECROLÓGICAS



PAGINAS DE DUELO

Non mutata mea est atas; sine
crimine tota est.
Viximus insignes inter utramque
facem.

PROPERCIO.

El país y todos los lectores de «El Republicano» tienen conocimiento del patriótico objeto con que se fundó esta publicación quincenal, órgano del partido progresista católico de las dos provincias asuayas: sostener la candidatura del benemérito General é ilustre ciudadano Dor. Don Francisco Javier Salazar, para la presidencia de la República, en el próximo período constitucional.

Sábese también que su redactor principal es nuestro respetable amigo é insigne literato Dor. Don Luis Cordero, prez y ornamento de las letras ecuatorianas y legítimo orgullo de esta nuestra amada Patria. Pues bien, una campanada fúnebre acaba de estremecernos con el dolo-

roso anuncio de la muerte, temprana aún, de su esposa santa y altamente respetable:

La matrona cristiana Sra. Doña
JESÚS DÁVILA

Desde luego se comprenderá cuál debe de ser y cuál es, efectivamente, en calamidad semejante, en infortunio tan cruel é inesperado, la situación del hombre de corazón y de gran talento, de amor profundo á su espiritual esposa, como suelen ser las grandes y nobles pasiones de las organizaciones felices, de los espíritus levantados sobre la generalidad de los hombres: la postración más completa, bajo el imponente golpe de la diestra de Dios; el dolor más acerbo que puede experimentar la pobre naturaleza humana, herida de muerte en el corazón; el terror súbito del rayo, en pleno y brillante día; la congoja, la desolación y el aniquilamiento de las facultades del alma!....

¿Qué hacer nosotros, delante de esta tumba y del esposo caído á su lado, en duelo infinito? Caer de rodillas también y llorar con él; enlutar estas páginas, regarlas con lágrimas de íntima amargura y consagrarlas á las virtudes inmortales

de la matrona cristiana en la genuina acepción de la palabra.

Toda pérdida aflige al espíritu más ó menos, sea en el orden físico ó en el moral. La sombra del árbol que ha caído, y cuyas flores perfumaban la atmósfera, deleitando nuestros sentidos; la fuente que ha secado el verano y cuyos músicos suspiros llenaban el alma de armonías celestiales; las aves canoras que emigran de nuestros huertos, cantando tristemente, para tornar en la estación de las flores y los frutos; sí, todo esto, que se va y desaparece, lo extraña la vista, lastima los corazones sensibles y lo siente el alma delicada. Y, si es una ilusión divina lo que se pierde, como el amor de una virgen; una esperanza consoladora, como los albores de la luz en la noche del infortunio; la dulce y venturosa posesión del padre, del hijo querido ó de la esposa adorada, ah! entonces estalla el corazón, el espíritu se anonada y casi desaparece el hombre!

La pérdida irreparable de la Señora Jesús Dávila no es solamente pérdida de familia, como sucede de ordinario toda vez que desaparece una buena esposa,

rica en virtudes privadas; esa gran pérdida es de notables trascendencias en el orden social, religioso y moral del país, como suele acontecer con la desaparición de seres superiores en la humanidad.

Cuando baja á la tumba una matrona como la Sra. Dávila de Cordero, se cierra una escuela práctica de costumbres sociales y religiosas; desaparece una cátedra de perennes y vivas enseñanzas de moral cristiana, de hábitos de piedad sublime y de actos de beneficencia puesta en acción continua. Cesa el himno matinal de la familia: se apaga esa oración ardiente de las almas privilegiadas, que alcanzan del cielo la salvación de las generaciones, la civilización de los pueblos y su glorioso porvenir.

Escribamos, pues, algunas líneas acerca de sus nobles precedentes; tracemos algunos perfiles de su excelsa fisonomía moral; pongamos un instante nuestros ojos, aterrados por la catástrofe, inundados del llanto por el dolor, en el cuadro sombrío y desgarrador del esposo desolado y de los hijos sumergidos en un abismo de dolor sin fin.

La Señora Jesús Dávila nació en Cuen-

ca, en 1853, de padres de ilustre alcurnia, los Sres. Don Rafael Dávila y Doña Antonia Heredia; pero muy luego la tomaron á su cargo, y se apoderaron de su educación, sus notables tíos, Sres. Don Miguel Heredia y su esposa Doña Francisca Dávila. En tan valioso hogar, en medio de familia tan culta y tan relacionada con lo más conspicuo y pulcro de la sociedad de Cuenca, la señorita Jesús Dávila llegó á distinguirse de un modo precoz, por su talento sobresaliente y exquisita sensibilidad. Inspiróse, desde luego, en las purísimas virtudes cristianas de su madre adoptiva; bebió en los raudales de la caridad inagotable de esta insigne matrona; escuchó, comprendió y aprendió las lecciones prácticas de la culta sociedad europea, de quien la conocía, como viajero perspicaz é ilustrado en la escuela del gran mundo: hablamos del Sr. Heredia, distinguido prócer del país y fundador de la fortuna de su casa.

Muy pronto, pues, se hizo notable, por la circunspección delicada, natural decoro aristocrático, por decirlo así, y seductores modales en el trato familiar, sin afectarse de ese refinamiento de maneras

sociales, que acusa frivolidad y orgullo. Con tales prendas, luego se hizo brillante objeto del amor y las esperanzas de un joven que, con los primeros resplandores del genio, y hablando el lenguaje divino de las musas, presagiaba, á la vez, su brillante porvenir en el mundo de las letras y el de la gloria. La amó y le dió su mano de esposo, cuando no contaba ella más que catorce años de edad, y enlace tan feliz ha durado veinticuatro años, de vida activísima y laboriosa en todo género de trabajos, especialmente en la práctica contante de las virtudes cristianas.

A la Señora Dávila de Cordero no se la ha visto jamás, que sepamos, en banquetes y fiestas, en paseos públicos, bailes ú otras fantásticas manifestaciones de la fortuna, del orgullo y la vanidad social. Siempre al frente de la educación de sus hijos, del solícito cuidado de su esposo y del desempeño de sus deberes domésticos, y siempre, también, en los templos de Dios, con su esposo y virtuosas niñas, para recibir, juntos, el *casto beso de la hostia santa*, en los altares de Cristo.

Vestía la respetable matrona con admirable modestia, teniendo casa opulenta

y valiosas haciendas. Podía lucir en su esbelta estatura, en su hermosa garganta y blancas manos, los resplandores de preciosas y variadas joyas de oro y brillante pedrería, y no lo hizo tampoco. Señora de semejantes costumbres sociales, de cualidades tan excelsas y virtudes tan elevadas, cuán lejos estuvo de mancharse con el fango de las malas pasiones y las infamias del mundo. Muy bien pudo decir, al despedirse de las pálidas riberas de la vida, lo que Cornelia, matrona romana, al apagar sobre su tumba la tea nupcial:

 Mi edad no se ha mudado con los años,
 Siéndome los delitos siempre extraños:
 Entre las dos antorchas que he encendido,
 Pura siempre y sin crimen he vivido.

Mas, ay! el acerbo, el infinito dolor de su esposo, apenas podrá hallar consuelo y resignación con tales honrosísimas y santas reminiscencias. Una alma de fuego—alma de poeta—, un corazón repleto de rítmicas ternuras y dolores inexplicables en el lenguaje humano, puede extinguirse instantáneamente, delante de la tumba del alma de su alma, de su esposa idolatrada. Ah! el infortunado esposo

daría su existencia, sus glorias de bardo prestigioso y todas las armonías de us lira de oro, por un instante de vida de su esposa!..

Pero la religión del Crucificado; pero la alta razón que le guía, en el vertiginoso torbellino que ahora le envuelve en noche eterna; pero el cariño centuplicado de sus hijos, con el amor de la madre ausente.... todo, todo le traerá la resignación del cristiano. ¡Cristiano, en ocasión tan terrible, quiere decir héroe, verdadero mártir de la religión!

Recuerde, por fin, el poeta, en su desolación actual:

Que, cuando muere una *mujer* como ella,
Toca á muerte la tierra, el cielo á gloria.

Joaquín F. Córdova.

DUELO EN CUENCA



El 11 de los corrientes hemos presenciado las manifestaciones de profunda condolencia de todas las clases sociales de esta ciudad, por el muy sensible fallecimiento de la Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, esposa del distinguido patriota y eximio escritor Doctor Don Luis Cordero, fundador de este periódico.

Cuando la muerte viene á herir el hogar de los buenos, cesan los disturbios políticos, se aplaca el furor de los partidos, se adormecen las pasiones, y no se oye sino la voz de hondo sentimiento por la pérdida que todos deploran. Así ha acontecido con la muerte de la Señora de Cordero: todos los hombres notables del país, sin distinción alguna, han acudido, en tropel, á nuestra iglesia Catedral, para dirigir al Todopoderoso fervientes ruegos por el descanso eterno de la virtuosa finada, y por la resignación cristiana del que lamenta su separación. Para dolores cual

el que ahora abruma á nuestro honorable cuencano, á quien, cuando menos se pensaba, ha venido á sumir en honda tristeza el luctuoso acontecimiento que todos deploramos, un corazón cristiano no tiene otro consuelo sino el que tuvo el justo Job.

La Señora de Cordero era el ídolo de su esposo y de sus hijos; porque ella no brillaba en medio de los festines, sino en el recinto de su hogar, donde era verdadera reina. Allí practicaba la virtud, cuidaba con solícito esmero de su numerosa y tierna familia, y era, para su amante esposo, la dispensadora de beneficios que no comprenden sino los que tienen la dicha de experimentar esa ternura de sentimientos que tanto endulzan la existencia, aún en este valle de miserias.

De todo esto, no ha quedado sino un triste recuerdo, recuerdo que no perecerá; porque no perece la memoria de esposas como la Señora de Cordero. La lobreguez de la tumba no podrá borrar la memoria de la que pasó su vida sin preocuparse de las vanidades del mundo y de sus falsas alegrías. Esta consideración debe pesar mucho en el ánimo atribulado, del tierno y amante esposo, á quien todos los

cuencanos han dado muestras indudables de aprecio y estimación, haciendo propios sus dolores y tributando homenaje de sincera condolencia, por el fallecimiento de la que fué su gloria y su corona.

Cuenca, Julio 13 de 1891.

Antonio Borrero C.

DIA INFAUSTO

Ἡεπτωκεν ως ανθος προς
ALC.

Ha pasado como una flor de primavera.

Abrumador y cruel ha sido para Cuenca el día 9 del presente mes, día de angustias y reflexiones sombrías, con motivo del fallecimiento de la excelente y muy recomendable Señora Doña Jesús Dávila y Heredia, esposa del ilustre cuencano Sr. Dr. D. Luis Cordero. Absortos y heridos, en sus más tiernas afecciones, han quedado todos los hijos de Cuenca, sin distinción de propios ni extraños.

Bajo el peso insoportable de dolencias que no han podido superarse por las ciencias ni por los cuidados más prolijos, ha desaparecido, al fin, la muy estimable Se-

ñora, en el vigor y lozanía de su edad; mas no todo ha desaparecido con ella.

Las flores mueren, pero su aroma queda. La Señora de Cordero, que supo embalsamar el hogar doméstico y la sociedad toda, con el perfume de sus virtudes, deja, en pos de sí, muchas prendas que recordar, y apreciados que no caerán nunca en el polvo de los años ni del olvido.

Sensibles á tan dolorosa pérdida, cumplimos hoy con el deber imperioso y triste, á la vez, de trazar estas líneas sobre el sepulcro de la esclarecida difunta, participando del duelo y pesares que aquejan á su simpática y respetable familia. Reciba ésta nuestra más cumplida condolencia, y recíbala también el infortunado esposo, que llora con intensa amargura, porque no le es posible llorar de otro modo. El himeneo le ha apagado su antorcha en los días más agradables y serenos del amor conyugal. ¡Quiera el Cielo ampararlo en tan ruda prueba, dándole las luces consoladoras de la fe, y con ellas el convencimiento de que la noble y virtuosa difunta, después de haber llenado todos sus deberes, como hija, madre y esposa modelo, no tenía ya nada que esperar en

este valle de miserias y de dolores! Estaba en sazón, por decirlo así, para la vida inmortal de los seres escogidos, y, al rayar el día de las recompensas que le eran debidas, se ha elevado á las regiones de la luz y del descanso eterno, dando un adiós al mundo, porque el mundo no fué digno de ella.

Tomás Rendón.

¡ TRANCE SUPREMO !

AL SEÑOR DOCTOR DON LUIS CORDERO.

I.

¡Postraos, Señor, que Dios pasa!....

Tembláis ?.... Ceñíos al punto el cingulo de los varones fuertes, y aprestaos, no á interrogarle, sino á acatar humilde su soberana voluntad.

Se detiene sobre vuestro hogar. Escuchadle. Pide que le glorifiquéis.

—Cómo?—La muerte, terrible mensajera de Dios, acaba de heriros y arrebatáros, pero no para siempre, la paz del alma, los goces del hogar, todo consuelo,

toda esperanza, vuestra esposa idolatrada,
la vida, el corazón !

— Lloráis ? Os anonadáis ?

Levantaos, Señor, y hospedad y glorifi-
cad á Dios !

II.

Todo acabó ! Silencio !

Pasó ya el Todopoderoso; y nada en el
alma queda sino es el Todopoderoso.

ELLA duerme! Mas silencio aún, y oscu-
ridad, que el santuario de la muerte y
del dolor no ha menester ni luz ni llanto.

Hable y luzca el Señor Dios solamen-
te, que El sólo puede hablar sin ruído y
alumbrar sin luz.

¡Señor y Dios, hablad á vuestro siervo,
y haced luz y más luz en los profundos ar-
canos de la eternidad!

Por piedad! aire, luz, vida, vuestra voz.
Señor, que vuestro siervo desfallece!

III.

Lo oís, Señor, lo oís ?

Elocuentes, han subido hasta el trono
del Altísimo vuestro inmenso dolor y san-
ta resignación.

La vida ha sido no más que un saludo
entre los peregrinos del Cielo; la muerte

un hasta mañana! la eternidad un gozo perdurable, Dios!

Lo veis? La escala de Jacob se ha levantado sobre vuestro hogar.

La conocéis?.... Es élla, Señor, vuestra adorada esposa, la que, ya en el término de la escala del dolor, os invita á subir.

Y os quedaréis desfallecido? Os vencerá el pesar?....

—No! —Pues ceñíos, Señor, el cingulo de los varones justos y fuertes, tomad la cruz, santificad vuestras penas, purificaos con el sacrificio de la resignación, glorificad al Dios, que, si es el autor de la muerte, es también el supremo galardón que tras ella viene.

Aliento, Señor! Abrazaos, en buena hora, á tan inmenso y justo dolor; pero, creyente, levantad vuestra tienda, y ascended, ascended sin descanso, y, con vuestros nobles hijos, coronad presto la Altura, y Jesús y Ella serán quienes os hospeden en la eterna Jerusalén.

Basta ya! hagamos oscuridad y silencio, que así lo exigen la tremenda majestad de la muerte y del dolor.

Miguel Moreno.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA

DOÑA JESÚS DÁVILA DE CORDERO

Del hogar, de ese templo donde la mujer florece en virtudes y belleza, acabamos de sacar el cadáver de la Señora de Cordero.

Duelo inconsolable para la familia; profundo duelo para sus amigos; duelo para la sociedad toda.

La Señora Dávila, apenas salida de la inocencia, consagró su amor á uno de los jóvenes más dignos de esa época, y que, andando el tiempo, ha venido á ser uno de los personajes más conspicuos de la República; y de entonces acá, constituida en el centro de una familia noble, no ha sido, para el Cielo y para la tierra, más que el ángel tutelar de su casa y el genio benéfico de la humanidad.

Ciertamente, lo más admirable y lo que más recomienda á esta matrona, cuya pérdida deploramos hoy, es su absten-sión de los negocios públicos; cuando, ad-herida á su esposo, cuya vida ha estado siempre al servicio de la Patria, y arras-trada por ese deseo innato de figurar en el mundo brillante de la política, ha po-dido descuidar su propia, su santa mi-sión, y mezclarse en el torbellino de los asuntos de Estado.

Pero no: la Señora Dávila, contraída sólo á lo cuidados de su casa, ha perma-necido alejada de las contiendas políticas, manteniendo, así, incólume la dignidad y la tranquilidad del hogar, sin suscitarse enemigos de ningún género, y antes sí, rodeada de las consideraciones y del aplau-so de cuantos han tenido la honra de co-nocerla y tratarla.

Pérdida muy sensible es la de una Se-ñora que, á la mitad y nada más, de la carrera de la vida humana, desciende al sepulcro, con su triple corona de esposa, madre y amiga inmejorable. Pero, ¿qué tenemos nosotros que entrometernos en esos arcanos de la Sabiduría infinita, que tiene contados los días del hombre?.....

La muerte de una persona, que suponemos ser una positiva desgracia en el mundo social, acaso es un acontecimiento demasiado importante en todos los órdenes de la creación. Sólo Aquel que tiene en sus manos los hilos de la existencia de los seres, el plano del universo y la ciencia absoluta de todas las cosas, puede saber y determinar el destino más conveniente de cada criatura.

Inclinemos la cabeza ante la tumba de la Señora Dávila de Cordero, y contemplemos en su muerte uno de esos acontecimientos nefastos para nuestra escasa inteligencia y para nuestro modo mezquino de explicar los sucesos; pero que allá, en el plan divino, tendrá su razón de ser en alto y conveniente grado. Qué! ¿no basta fijarse en la fecha notable de su fallecimiento, para considerar que hay algo de misterioso en que ese día haya sido el señalado para su trasmigración á los cielos?..

En el nueve de Julio de 1883 cayó la más arbitraria de las dictaduras que ha tenido el Ecuador, y cayó cuando el Doctor Cordero, á una con otros patricios, asestaba, desde Quito, los más tremendos golpes contra el Dictador acuartelado en

Guayaquil. ¡Cuántos sacrificios de su vida, cuántos votos de su corazón, no haría, aquí en Cuenca, la magnánima esposa, en los altares de la Patria, mientras su consorte lidiaba, investido del supremo mando, contra los corruptores de los principios republicanos? Y bien, si esos votos salvadores de las libertades públicas fueron aceptados por el Rey de reyes, ¿no era justo, no era necesario que se cumplan?..

Yo bendigo, en todo caso, á la Providencia divina, y canto la acción de gracias sobre el féretro del muerto, así como en la cuna del recién nacido.

Cuenca, Julio de 1891.

Manuel Coronel.



LA SEÑORA. DOÑA

JESÚS H. DÁVILA DE CORDERO

Han terminado los días de esta inmejorable matrona.

Víctima de dolorosa enfermedad, ha sucumbido en el vigor de su existencia, (*) cuando todo parecía sonreírle.

Madre ejemplar, esposa modelo, sus virtudes la hacían, quizá, necesaria acá en la tierra.

Han perdido los hijos á la cariñosa y experta maestra, que, con admirable solicitud, los conducía por los caminos del bien; el esposo á la ilustrada y talentosa compañera, que, por 24 años, compartió con ellos azares de la vida; los menesterosos á la caritativa proveedora, que, con franca mano, les alargaba el pan; las congregaciones religiosas á que pertenecía, á la cumplida y abnegada Señora; toda la sociedad azuaya á la simpática y esmeradamente culta matrona.

(*) A la edad de 38 años.

No podemos enumerar, por ahora, una á una, las virtudes domésticas y sociales de la Señora Dávila de Cordero; porque al borde de la recién abierta fosa, quien tiene el corazón lastimado, sólo acierta á llorar.

Debieron prolongarse sus días; pero es para Dios lo más digno y santo; y dos hijas de la finada, ángeles que poco antes que élla se elevaron al Cielo, han podido más que los nueve que quedan en el desconsolado hogar.

El Omnipotente la ha elegido y separado de en medio de su esposo y de sus hijos, para galardonarla. La llevó del destierro, para ceñirle la corona de la Patria; y han caído los suyos de rodillas ante sus despojos.....

¡Arrancaste, Señor, la erguida palma, para plantarla en tus jardines; y sus vástagos, sin sombra, á merced quedan de los abrasadores rayos del infortunio!

¡Ve por los huérfanos. ya que te plugo privarlos de su ángel tutelar!

¡Envía de tu empíreo un haz de luz para el esposo, que, en sus tenebrosos días, puede decir con Job: *Versa est in luctum*

*cithara mea, et organum meum in voce
flentium!*

¡Fortalece la resignación de todos los deudos, que jamás podrán alejar de sí los innumerables recuerdos que la finada deja en su memoria, postrera morada de los que se han ido!

Cuenca, Julio 10 de 1891.

David Cordero.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-BOUADOS

À LA MEMORIA

DE LA SEÑORA DOÑA

JESÚS DÁVILA DE CORDERO

La hermosa capital del Azuay acaba de perder una de sus más preciadas joyas, con la muerte de la Señora Doña Jesús Dávila, esposa del esclarecido Señor Doctor Don Luis Cordero. Amigos del inconsolable viudo, no debíamos hacer sino lo que los del paciente de Idu-mea, guardar un profundo silencio; pero las dotes que enaltecieron á la digna matrona no son para silenciadas.

Ha dicho el insigne Cantor del hogar, que la vida de la mujer se compendia en estos hermosos versos:

La historia de la mujer
que me parece mejor
es la que en resumen dice:
Amó, rezó y trabajó.

Pues bien, la vida de la Señora Dávila de Cordero tuvo estas tres faces: amor á sus padres, á su esposo y á sus hijos. Aun cuando sea lugar común, repetimos, en fuerza de la verdad, que fué hija sumisa y cariñosa, esposa amante y madre tierna y bondadosa. La culta sociedad cuencana es testigo de lo que venimos diciendo; porque la casa del Señor Doctor Cordero ha sido modelo de hogares cristianos, y esto debido á la vigilancia constante de la Señora Dávila, quien fué de aquellas mujeres de las cuales dice Trueba: *Los ojos de las tiernas madres son una especie de zavorías, que ven todo lo que pasa en el corazón de los hijos.*

Ella cumplía sus obligaciones con Dios, orando en los templos, en compañía de sus hijas, y se retiraba á su casa, á trabajar en los quehaceres domésticos. ¡Santo trabajo, que hizo decir al gran Vicente de Paul: *Laborare est orare!* Parece que la fisonomía moral de la finada Señora ha sido trazada en los grandiosos bocetos que, de la *mujer fuerte*, nos ha dejado la palabra inspirada del autor del "Libro de los Proverbios", y con ellos concluimos nuestro desaliñado *pésame*.

Cuando el Espíritu Santo quiere pintar á la mujer fuerte, no va á la Asiria, en busca de Judit, triunfadora de Holofernes, ni á la corte del rey Asuero, en busca de Ester, libertadora de Israel; sino que la coloca en su propio hogar, como el modelo de las mujeres, y nos la presenta en el ejercicio de sus quehaceres domésticos, grangeándose, por la utilidad de sus virtudes, la confianza de su esposo, trabajando con sus manos el lino y la lana, ocupándose sucesivamente en labores importantes, velando sobre sus sirvientes y atendiendo á todas sus necesidades, aumentando con su trabajo la opulencia de la familia y vertiendo en el seno de los pobres lo superfluo de su abundancia. Hé aquí, nos dice el Espíritu Santo, la que verá con el placer de una santa confianza acercarse su último día: *Ridebit in die novissimo*. Su recompensa en el mundo no será la admiración de los hombres, ni el aplauso de un público no admitido por ella al secreto de sus buenas obras, sino las bendiciones de sus hijos y los elogios de su esposo.

Cuenca, Julio 11 de 1891.

José Ormaza.

**CON MOTIVO
DE LA INESPERADA MUERTE
DE LA SEÑORA JESÚS D. DE CORDERO**
SEÑOR DOCTOR DON LUIS CORDERO.

PRESENTE.

Mi muy querido amigo y condiscipulo:

En la general condolencia de que has sido objeto en estos días, bien has debido creer que no era pequeña la parte que le tocaba al amigo de tu infancia y al admirador constante de las grandes virtudes de tu digna esposa. En muestra de ello, se permite consagrarte algunas líneas, que no han de tener otro mérito que el de la cordialidad.

Justo es el intenso dolor que te agobia, y más todavía el que derrames abundantes lágrimas por la ausencia de tu querida compañera; pero es necesario que calme ya tu aflicción y no te hagas víctima del desfallecimiento.

¡Qué! si en el momento supremo de la prueba, cuando, estrechándola en tus brazos, confundías tu aliento con el suyo y recibías su postrer suspiro, pudiste soportar tan letal angustia, ¿habías de sucumbir ahora, en el momento de la conformidad? No, amigo mío, tranquilízate y escucha la poderosa voz de la Fe.

Recuerda que poco antes volaron de la cuna al Cielo dos ángeles que hacían el encanto de tu hogar; y bien, ¿no meditas, querido Luis, en que esa precedencia en la partida fué para cumplir una misión divina? Ellos, de rodillas á las puertas de la eternidad, aguardaron, ufanos, á su querida madre, y por camino de flores y suaves perfumes, llevando en sus manecitas preciosos canastillos colmados de *envidiable tesoro*, guiáronla y la condujeron á los pies de Aquel que, con los brazos abiertos, le esperaba, para decirle: “Venid, bendita de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo?”....Ella, abismada en un mar de dichas infinitas, libre ya del puñado de polvo que dejó acá en la tierra, extiende su mirada por los confines del universo; ve que, sin dejar el cielo, puede vivir

entre su amante esposo y sus queridos hijos, y una dulce sonrisa basta para enjugar el llanto que estos derraman ¡Levántate, amigo mío, de la postración en que yaces: alza los ojos al cielo y, en éxtasis cristiano, contempla tanta grandeza. . . . !

Vuelvan, amigo querido, vuelvan la calma á tu corazón y la tranquilidad á tu espíritu: tu existencia es necesaria todavía: no sólo te debes á ti mismo; te debes más aún á esos nueve pedazos de tu corazón; te debes á la ciencia, pues no en vano la Providencia te deparó superior talento, y . . . te debes á nuestra querida Patria.

Consuélete, además, el recuerdo de que nuestra vida es tan efímera, que ella pasará “como el rastro de la nube y se desvanecerá como niebla que es ahuyentada por los rayos del sol y desvanecida por su fuego”. Pronto habrémos de terminar la jornada. . . .

Cuenca, Julio 14 de 1891.

José Miguel Ortega.

CARTA DE CONDOLENCIA

Señor Dr. Don Luis Cordero.

Distinguido Señor y amigo:

Considero á usted con el corazón destrozado de dolor, por la eterna ausencia de su adorada esposa, y no será posible que llegue á usted el acento de mi pesar. Labor inútil sería formular frases, cuando no hay palabra tan robusta que se eleve hasta la altura de su llanto. ¿Qué bálsamo restañará la sangre que brota á torrentes, de la llaga que la mano de la fatalidad ha abierto en el seno de la familia Cordero Dávila? ¡Cómo! ¿Ese grupo de huérfanos, con sus puras é inocentes manos, no ha reducido á pedazos el sudario que cubría el rostro de la más tierna de las madres? ¿Y su inspirada lira, amigo mío, que ha recorrido todas las escalas del dolor, ha sido impotente para despertar al Angel del hogar?

¡Inescrutables designios de la Providencia! Recuerdo, Señor, que diaria-

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

mente se dirigía usted al templo, en medio de su esposa é hijos, y allí, juntos, oraban al pie de la cruz.— Pues bien, ahora, elévese usted á esas mismas regiones, á fin de que baje sobre usted y sus huérfanos la conformidad cristiana..... ¡ Ah! de otra suerte se haría imposible su existencia en drama tan desgarrador.

Se comprende que los que hemos recorrido la jornada de la vida lleguemos, fatigados, al término que la Providencia nos señale; porque los achaques, los dolores, las desilusiones y las angustias, unidas al hielo del tiempo, gastan los resortes de la existencia. Mas, en cuanto á las personas que gozan del vigor de la edad, cuyos días corren tranquilos y serenos, mediante la pureza de costumbres y el cumplimiento de los deberes del hogar cristiano; aquellas que no han sido atormentadas por el furor de las pasiones y que han visto abrirse en el porvenir un horizonte sonrosado para sí y para sus hijos, que han recibido los tesoros de una instrucción cristiana y una esmerada educación, ¡ ay! cuando la mano de la muerte, digo, corta la existencia de estos seres privilegiados, tan extraño aconteci-

miento nos causa gran estupor y cun-
de la consternación general en todas las
clases sociales. Tal es el efecto que ha
producido en el país la pérdida de la Se-
ñora Jesús Dávila de Cordero, y permítame
usted, Señor, que, tendiendo un
velo sobre su modestia, diga que la Se-
ñora Dávila vió completarse los dones
con que, pródiga, la enriqueciera la natu-
raleza, cuando se asoció á un personaje
que es el orgullo de la Patria.

Pero, Señor, los manes de estas distin-
guidas personalidades quedan en el pór-
tico de la tumba, como ejemplo de las
generaciones venideras, y, para que el es-
poso y los huérfanos conserven el calor
de sus virtudes y aspiren el perfume de
sus recuerdos. tributando un culto per-
fecto á la *mujer católica*, cuya losa debe
llevar, de preferencia, tal letrero.

Usted, Señor, que conoce la fuerza
y la elevación de la filosofía cristiana, en
el rudo batallar de la desgracia que hoy
le aflige, reciba sus inspiraciones.

Dios sabrá consolarle, amigo mío.

Cuenca, Julio 11 de 1891.

Antonio Aguilar.

EN EL CAMPO SANTO

AL PIE DE LA CRUZ.

Eamus et nos!
¡También nosotros acompañémosla!
S. Thom.

En efecto, la hemos acompañado por la calle de los muertos, por donde acaban de pasar los restos mortales, el *cadáver* de la Señora Jesús Dávila de Cordero. Ha bajado á estacionarse bajo las bóvedas del panteón, donde, tal vez por largos siglos, estará esperando el *Surgite!* final, á cuyo grito, los muertos volverán á la vida perdurable.

Credis hoc? preguntó el Señor á la piadosa Marta, que le pedía la vida para su hermano Lázaro. Lo creo, Señor, respondió, porque vos sois la resurrección y la vida!—Podremos preguntar lo mismo á nuestro estimado amigo, esposo de la Señora Dávila; no para desvanecer dudas sobre su fe, sino para darle argumento adecuado á un canto, en que ensalce las glorias del Señor y la resignación de la víctima.

Hablando Mr. Guizot de la muerte de su madre, refiere un incidente, que, por estimación, lo dedicamos á nuestro querido amigo el Sr. Dr. Dn. Luis Cordero. — «Había expirado mi madre, dice, dejándonos absortos de dolor. Mi padre, postrado delante del Crucifijo de la alcoba mortuoria, le decía: ¡Señor, que tanto sufristeis, enseñadme á sufrir; porque hay dolores tan grandes, tan desconocidos, que, sin los preceptos de un maestro como Vos, nadie podrá soportarlos!»

Estamos seguros de que nuestro buen amigo, el Sr. Dr. Dn. Luis Cordero, aunque sujeto á tan dura prueba, soportará pacientemente los sufrimientos que el Cielo le envía; porque la fe, aprendida de sus padres, se conserva incontaminada en su corazón y en su hogar; esa fe libre de las extravagancias que los propagadores de la libertad sin Dios, enseñan á los pueblos que desean pervertir.

Cuenca, Julio 11 de 1891.

Mariano Borja.

CARTA DE PÉSAME

AL SEÑOR DOCTOR DON LUIS CORDERO,
EN LA MUERTE DE SU DIGNA ESPOSA,
LA SEÑORA DOÑA JESÚS DÁVILA

Señor y honorable amigo mío:

Cuando en el aciago mes de Agosto de 1888, escribía usted su sentidísimo pésame á mi inolvidable padre, á quien la mano de la muerte acababa de dejar *sobran- te la mitad del lecho, desgarrada la mitad del alma*, según el bello pensamiento del poeta, recordado en aquel entonces por usted; no creí, en verdad, que la gratitud nacida en mi corazón por aquellas sinceras manifestaciones de condolencia hubiera de obligarme, poco después, á recordarle sus propias palabras, al acompañar á usted en situación igual á la del atribulado amigo, cuyo dolor lamentaba entonces, y que hoy..... tampoco existe!

Y tanto más consternado cumplo con este sagrado deber, cuanto que, al hacerlo, se renuevan en mi alma las escenas más dolorosas de mi vida. El nombre de usted está íntimamente ligado á mis pesares, por su generosa participación en ellos, y mal podría yo lamentar hoy los suyos, sin que el tiránico poder de la memoria conmueva hondamente mi corazón.

Dios ha extendido su mano sobre usted, Señor y amigo mío; y veinticuatro años de felicidad, pasados en un edén, santificado por la virtud, alumbrado por el amor y embellecido por esas flores del alma que llamamos hijos, acaban de desvanecerse para usted, como se desvanecen todas las cosas del mundo, con el helado soplo de la muerte!

La Señora Doña Jesús Dávila, dignísima consorte de usted, así por las dotes del corazón, como por las luces de la inteligencia, ha dejado de existir: se ha roto contra la losa del sepulcro el precioso vaso de su existencia, que encerraba el talismán de la ventura de muchos corazones, el esquisito aroma que impregnaba el ambiente de un hogar cristiano.

¡Ah, la viudez! sombra doliente, que envuelve el alma del esposo solitario,

melancólica tarde de la vida, en que agoniza el corazón, atormentado por la nostalgia del amor, que es, á un tiempo, la nostalgia de los cielos ; la viudez! hé aquí, noble amigo mío, la palabra que compendia hoy todas sus congojas, todos sus tormentos y lágrimas! ¿Qué consuelo humano admite su pesar?

Cierto que el rudo golpe de infortunio, que ha abierto incurable herida en su corazón, ha arrancado también abundante llanto, no sólo de piadosa condolencia, sino de propio dolor, á toda la culta sociedad cuencana, que estimaba en su legítima valía las relevantes prendas de la noble y discreta matrona que le sirvió de hermoso ejemplar en todos los estados de la vida; cierto que el recuerdo de sus virtudes vive en la mente de cuantos tuvieron á honra conocerla, y cubre hoy de bendiciones su memoria y de flores su sepulcro; cierto que el día de su muerte se han desplegado todos los labios, para pronunciar, junto á su féretro, el cumplido elogio que toda alma generosa debe al verdadero mérito; pero, cierto también que estas mismas elocuentes manifestaciones de público pesar, comprobando cada vez más la magnitud de la pérdida que

usted deplora. sirven tan sólo para hacer más intensa su amargura.

¡Consuelo humano! Nunca lo han tenido las grandes tribulaciones de la vida; y ¡ay! del doliente peregrino del mundo, si, tras el prisma de la losa sepulcral, no columbra la indeficiente luz del día sin ocaso, el inefable amanecer de una gloriosa eternidad; ¡ay del que llora! si, al través de sus lágrimas, purificadas por la fe, no alcanza á contemplar á Dios.

Las sublimes revelaciones de la filosofía cristiana, son, Señor y amigo mío, — usted lo sabe muy bien—lo único que sustenta nuestra vida en el día de la adversidad. Ella nos enseña que son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; ella nos dice que, cuando Dios arranca de nuestro corazón un sér querido, gusta de colocarse Él mismo en ese lugar vacío de nuestro pecho; pues quiere para sí nada menos que todo el amor de nuestro sér. Adorarle allí, en medio de las agonías del dolor; ofrecerle en oblación voluntaria lo que es sacrificio inevitable: hé aquí la sabiduría, hé aquí el gran consuelo de una alma esclarecida con los resplandores de la fe cristiana.

Creyente sincero y de convicción, usted

no podía negarse á sí mismo el único consuelo de su inmenso dolor; es por eso que, al sepultarse en una fosa común la esposa muy amada y el hijo ternezuelo, á cuyos ojos, no abiertos aún á la luz del mundo, ha amanecido el día de la eternidad, derrama su espíritu en la oración y llora con aquel llanto del sufrimiento resignado, que se encamina á Dios y descansa en Dios.

¡Que Él conceda á usted la fuerza necesaria para llevar siempre con heroica abnegación la cruz de sus dolores, y que la santa compañera de su vida vele desde el Cielo, por la ventura de esos seres queridos que hoy derraman en torno de usted el amargo llanto de la orfandad!

Tales son, atribulado amigo y Señor, mis votos más sinceros,

Cuenca, Julio 11 de 1891.

Rafael María Arizaga.

CONSIDERACIONES

AL SEÑOR DOCTOR
DON LUIS CORDERO

I.

Agobiado está! Mustia la frente y marchito el corazón le considero: el llanto baña sus mejillas y las lágrimas no dan á los ojos ningún sosiego; el tembloroso gemido tan sólo se escapa del pecho, y la fácil palabra hase como sumergido en las aguas de la amargura.

II.

9 de Julio; fecha ayer no más de grátísimo contento, hoy se ha tornado, para el *noble viudo*, en día de tenebrosa recordación..... ¡Qué no vuelva, sí, que no vuelva á lucir otra vez día tan sombrío!

III.

Agobiado está!..... Numerosos amigos le rodean, todos por consolarle. Quien le dirige una palabra saludable; quien reflexiónale cristianamente. Hay

no pocos que juzgan cuerdo respetar el tristísimo silencio, con la callada condolencia. Está bien: conducta es ella muy más elocuente, en determinadas circunstancias, que lo ampuloso de los pésames.

IV.

Siete días estuvieron contemplando, silenciosos, el acerbo pesar de su amigo, los que lo fueron de Job. En los grandes dolores, el idioma humano no tiene palabras adecuadas de condolencia.

V.

Pero no: para las calamidades del corazón, el catolicismo ha creado un idioma especial, un lenguaje sobremanera consolador: el idioma vivo de la fe y el dulce lenguaje de la esperanza. "Cree y espera," nos dice la adorable religión que profesamos. En efecto, creyendo y esperando somos fortalecidos, cuando el alma se siente atribulada. Infeliz el que no cree, cuando sufre, y mucho más infeliz quien no espera, en la tribulación !

VI.

Católico sois, Señor Dr. Cordero; creed, pues, por lo mismo, que vuestra esposa vive, y que vive vida perdurable..... Católico sois, Señor Dr. Cordero; por con-

siguiente, esperad reuniros, no muy tarde, á vuestra muy amada consorte, para no perderla nunca.

VII.

“El que creyere, aunque hubiese muerto, vivirá”!.... Vuestra digna esposa ha muerto, es verdad: su muerte ha matado la mitad de vuestra alma; pero murió creyendo y esperando en el Redentor, que la resucitará en el novísimo día; y su resurrección será tanto más dichosa cuanto que estará cortejada de todas sus buenas obras.

VIII.

Lo creéis, Señor? Ah! sí lo creéis, y con la firmeza de una covicción ilustrada. Por lo mismo, esperad también con la resignación de un católico fervoroso, ya que en la resignación está nuestra vida; practicad las virtudes de vuestra finada esposa, que no ignoráis cuáles fueron, y haceos, por ellas, nuevamente digno de la compañera que no perderéis jamás.

Miguel T. Parra.

PÉSAME

Señor Doctor Don Luis Cordero.

Amigo mio:

No sé cómo principiar esta carta. — No sé qué palabra emplear, para manifestarle la participación que, en el sufrimiento de Ud. y de sus tiernos y virtuosos hijos, he tomado, con mi familia toda. Su duelo no es duelo exclusivo de usted: es duelo de la sociedad entera.

Al dirigirme á usted, no pretendo hablarle de consuelo; porque su consuelo es imposible.

No pretendo secar sus lágrimas; porque llorar le es nesecario. Las lágrimas son el rocío para los corazones que se abrasan.

El *Dios de las Misericordias* le dió una compañera, santa matrona, digna de Ud.

Fué el mejor obsequio que mortal alguno pudiera conseguir del Cielo. — Era usted dichoso.

Hoy, ese mismo *Dios de las Misericordias* ha querido llamarla á su lado, aunque desgarrando el corazón de usted. ¡Bendiga la poderosa mano que le hiere!

Ella goza de las inefables delicias celestiales. ceñida su frente con la corona destinada á los que en la tierra hicieron el bien.

Confundida entre los àngeles, entona el *Hossanna!* al *Dios tres veces Santo.*— Morir fué su vida; morir fué su gloria.

Ella es feliz. Pasaron con rapidez sus horas de peregrinación en este valle de miserias. Su existencia entre nosotros fué precaria. Fué luz que brilló y se apagó al instante.

Ella no nos pertenecía. — Su patria está allá arriba.

Nuncio de la *piEDAD* era en el suelo:
Cumplida su misión, volvióse al Cielo.

Cuenca, Julio 11 de 1891.

Manuel Eloy Salazar.

PREMATURO FALLECIMIENTO

DE LA SEÑORA DOÑA
JESÚS DÁVILA DE CORDERO

Cuando el infortunio nos oprime como un alud y el dolor asesta golpes desatentados al corazón, las lágrimas son las únicas que curan las heridas de éste; porque disminuyen la sangre que le inunda y acabaría por ultimarlo.

¿Quién, humanamente hablando, ha encontrado, en los consejos de su talento y en la riqueza del nativo idioma, conceptos útiles y palabras adecuadas, para verter el bálsamo del consuelo en el pecho lacerado de un deudo, que, al cárdeno fulgor del relámpago, ve la sima insondable de la tumba y en ella al ser querido cuya desaparición ha dejado el hogar desierto, y enlutado para siempre el horizonte de su dicha?

En las grandes catástrofes de la vida, en presencia de la muerte inexorable, la

inteligencia se abate, la lengua enmudece, y el espíritu boga, melancólico é incommunicable, en el revuelto mar de la desgracia!.....

Pesares hay que la misma conciencia prohíbe descubrir; llagas existen en el corazón que no pueden curarse con ningún remedio; tinieblas hay y tempestades que, por más que se haga, es imposible disipar. Entonces no se encuentra sobre la faz de la tierra ni amparo, ni remedio, ni solaz, y ni siquiera esperanza de alivio, en el tormento que ahoga y consume las fuerzas del espíritu. Semejante á la infausta Troya del inmortal poeta de Mantua, no hay por todas partes más que llanto, pavor y espesas sombras de muerte: *Ubique luctus, ubique pavor et plurima mortis imago.* ¿Y qué hará, en tal naufragio, la víctima del dolor? A dónde se volverá? A quién pedirá auxilio?..... ¿Inclinará su frente sobre la fría losa que cubre el abismo del sepulcro, para auscultar los arcanos de ultratumba y después morir en brazos del desconsuelo?— Así debe de acontecer con el infeliz á quien la fe divina no le muestra, por entre las densas brumas de la tumba, la gloria de la inmortalidad; mas, para el

creyente, que ve en la ruina de la vida el término de la difícil jornada, la hora del descanso, el momento ansiado de arrebatarse la palma del triunfo y recibir el galardón eterno, no sucede lo mismo: paga al dolor el tributo de las lágrimas; empero, resignado, va, camino de la postrera mansión, y sobre la cripta en donde se hallan las yertas cenizas de la persona amada, fija la cruz, enseña misteriosa de esperanza y de perdón, y regresa á esperar que le llegue su turno para volar al cielo, domiciliarse allí y no volver á separarse nunca de la persona querida.

Esto y mucho más habrá hecho el benemérito Señor Doctor Don Luis Cordeiro, en el día nefasto y, para él, de recuerdo indeleble, en que desapareció para siempre del escenario de la vida la virtuosa Señora Jesús Dávila, su digna esposa, cuyo fallecimiento deplora conternada la sociedad de Cuenca.

Bien conocemos la abrumadora magnitud de la prueba á que Dios le ha sujetado, así como la intensidad del dolor que experimentará su alma, una vez que la sensibilidad rebosa en ternura y sentimiento allí donde el ingenio se manifiesta

esclarecido. Empero la Religión santa, que aprendió sobre las rodillas de su cristiana madre y con tanto esmero ha cultivado, no dudamos que le habrá provisto de fuerzas suficientes y de reflexiones oportunas, para que no sucumba al rudo golpe de la desgracia, y, sumiso y resignado, bendiga al Señor, como en otro tiempo le bendijera Job, el profeta del infortunio, en medio de la inmensa desolación en que le sumió la mano de la Providencia.

No por esto pretendemos secar en los ojos del patricio eminente las lágrimas que brotan á raudales, arrancadas por el dolor de una prematura viudez, que le quita la mitad de su existencia; no: lo que anhelamos es que eleve al cielo los dolientes ojos y, á la luz esplendorosa de la fe, mire á su piadosa consorte entre los santos; pues descendió al seno de sus mayores como descenden los justos, iluminada por la aureola de preclaras virtudes, y dejando sobre la tierra una estela de luminosos resplandores.

De manera que no es tan sólo el Señor Doctor Cordero el que ha perdido á su inmejorable esposa, y sus hijos al perfecto dechado de las madres: nuestra

culta sociedad ha perdido también una matrona muy respetable, cuya austeridad, modestia y magnanimidad nos traían frecuentemente á la memoria el recuerdo de aquellas célebres heroínas de la primitiva Iglesia, y las sentenciosas palabras de la Sabiduría Increada: *Fallax gratia et vana est pulchritudo; mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.*

Por esto, extraña á la frivolidad del siglo en que vivía, huyó del fausto y del cortejo social, á que la hacían acreedora su elevada alcurnia y bellas prendas, poniendo el mayor empeño en aclimatar en su corazón y en el de sus caros hijos todo linaje de virtudes, á fin de formar católicos en la verdadera acepción de esta palabra, así como patriotas que fuesen la honra y prez de la República.

¡Que el Dios pródigo recompense tantos merecimientos y derrame el rocío del consuelo en el corazón del consternado esposo y en el de los afligidos huérfanos, á quienes enviamos la expresión de nuestra sincera condolencia!

Cuenca, Julio 12 de 1891.

Víctor González Novillo.

AL SR. DR. D. LUIS CORDERO,
EN LA MUERTE DE SU ESPOSA
LA SEÑORA DOÑA JESUS DAVILA



Señor:

Sacerdote y amigo vuestro, quisiera que mis palabras, como bálsamo de consuelo, caigan en vuestro corazón, para acompañaros en vuestra intensa y justa congoja.

¡Decretos inescrutables son los del Altísimo!

Dios ha visitado vuestra casa.... Cuando EL, amor y belleza infinitos, nos visita, atraído por el dulce encanto de sus perfecciones, nuestro corazón corre tras EL. Por eso vuestro hogar está vacío; por

eso os falta el corazón. Pero alabad y bendecid á Dios. Digno es de alabanzas y bendiciones, ya cuando, al acordarse de nosotros, exige que levantemos nuestras manos al cielo, para agradecer sus beneficios; ya cuando dispone que inclinemos la frente, acatando sus decretos soberanos.

Los caminos de Dios son impenetrables. ¿Quién puede conocer sus designios? Alabadle y bendecidle, porque *EL es quien es*, y tiene la eternidad de sí mismo, para recompensar á los que, resignados, vierten lágrimas, en el rigor de la desventura.

Admirables y llenas de sabiduría son las obras de Dios! Los cielos cantan su gloria, y el firmamento publica la obra de sus manos! *EL* hizo al hombre con alma inteligente y corazón sensible. Bendecidle y alabadle, ya en el colmo de la felicidad de un día; ya en el profundo abismo del dolor que dura; ya cuando, para llorar, os rodeáis de los seres queridos que os han quedado; ya cuando, en el silencio de la soledad, os devora el recuerdo de la que fué vuestra compañera.

Dios es nuestro Padre y Padre todo amor y ternura.

El infortunio y la prosperidad, la do-

lencia y la salud, la vida y la muerte, dones son que recibimos de sus manos paternales. ¿No habéis de alabarle, Señor? no le bendeciréis?

EL os la dió; El os la ha quitado. Como agradó al SEÑOR, así se ha hecho. ¡Bendito sea el nombre del SEÑOR!....

Los justos no mueren; no hacen sino mudar de existencia. Acaban la vida de la muerte, para principiar la de la inmortalidad. Dejan de vivir entre los hombres, para vivir en Dios. Apartad, si no, vuestras miradas de la tierra, Señor: alzad vuestros ojos al cielo, y allí, llena de luz y de vida, veréis, en la eternidad bienaventurada, á aquella á quien el mundo cuenta entre sus muertos.

II.

Hay dolores tan supremos en las regiones del destierro, que el corazón oprimido siente necesidad de llorar. El llanto, para el alma acongojada, es como la lluvia y el rocío para los campos agostados. Sí: á veces el llanto es un deber! Llorad, llorad; porque ahora vuestro corazón necesita de lágrimas abundantes, para curar la herida causada por la muerte.

Vuestro hogar desierto; vuestros huérfanos sin madre; vuestro corazón sin vida,

os obligan á llorar. Llorad, que el llanto es ahora para vos un deber..... Llorad; pero no como aquellos que no tienen esperanza. Llorad como aquellos que un día serán consolados!

¡Qué dulces son las lágrimas que vierte el cristiano sobre una tumba querida! Lágrimas bendecidas por Jesús, que lloró sobre el sepulcro de su amigo, son las lágrimas del cristiano!

III.

Sacerdote y amigo vuestro, no me contento con acompañaros á humedecer con estéril llanto la tierra que cubre despojos mortales, un puñado de polvo; no me contento con poner sobre una tumba flores que á la tarde se marchitan y deshojan y son luego arrebatadas por el viento. No, Señor: quiero también unir mis humildes plegarias á las vuestras. Tal vez su alma no ha llegado aún á los últimos confines de la eternidad: cadenas de expiación acaso la detienen todavía lejos del seno de su Dios. Roguemos por ella: conduzcámosla al cielo!

Cuenca, Julio 11 de 1893.

Manuel Eloy Salazar B.

EL LECHO DE AGONIA

DE LA QUE FUÉ

SEÑORA JESÚS DÁVILA DE CORDERO

La dignísima Señora Jesús Dávila de Cordero, una de las mejores matronas de esta capital, fué acometida de una violenta enfermedad, y sumida en un lecho de tormentos, en el que, con frente serena, soportaba toda dolencia, dando ejemplo de la más grande resignación.

Su virtuoso, inteligente y amable compañero, con corazón sensible de poeta, derramando silenciosas lágrimas, no se separó de su lado, cual un ángel que vela el tranquilo sueño de un niño, ansioso de mitigar sus dolores. Sus cándidas y virtuosas hijas, formadas según el dechado

de su santa madre, pasaban arrodilladas junto al tálamo del martirio de ella, prodigándole sus cuidados con la más grande ternura; y aquella ilustre matrona, desde ese lugar de angustias, como desde una cátedra, repartía á su alrededor la dulzura de su evangélica palabra, y extendía su caritativa mano á todo menesteroso, que se acercaba al dintel de su aposento.

Ese árbol, robusto con la savia de la caridad, frondoso y fructífero con las virtudes cristianas, quedó carcomido en pocos días por la enfermedad, y nada fué suficiente para contener la guadaña de la muerte, que segó la más importante y florida existencia.

En medio de los más intensos dolores, jamás se la oyó un ay! de queja. Esos labios, acostumbrados desde la niñez á la oración, sólo se abrían para adorar la voluntad y los decretos de la Providencia. Sus palabras, al aceptar los mil sacrificios que exige la medicina, no eran otras que el pronunciar y repetir con el mayor fervor el *Ave María*, humilde plegaria que penetraba en el corazón purísimo de la madre de Dios. Sujetándose á todo, fué mártir hasta el último suspiro, en que, cerrando sus ojos con la tranquilidad de una

conciencia pura, murió con la muerte de los justos, con la muerte de aquellas almas dichosas que se duermen arrulladas en el regazo de Dios.

La Provincia del Azuay ha conservado en su seno un inestimable tesoro, una hermosa joya, engastada, por decirlo así, en la más profunda humildad, engalanada con la más esmerada pureza, guarnecida por la más exquisita modestia, cual humilde violeta escondida entre las abundantes hojas de sus grandes virtudes. La Señora de Cordero ha ocultado sus méritos sublimes á los ojos de la sociedad cuencana, hasta que la mano atrevida de la muerte ha deshojado la flor y hecho percibir el aroma.

Las matronas del país lloran su irreparable pérdida, y jamás olvidarán el nombre y las virtudes de la finada. Ojalá sigan sus huellas las esposas, hijas y madres que la vieron nacer, las que la conocieron y las que la han visto desaparecer de este mundo.

Reciban mi sincero pésame el inconsolable Señor Dr. Luis Cordero, la distinguida y afligida Sra. Francisca Dávila y ese interesante grupo de modestas y can-

dorosas niñas, que sabrán resignarse en tan justo dolor, puesto que participaron tan de cerca de las grandiosas y heroicas virtudes de la que fué madre modelo, esposa fiel é hija incomparable.

Cuenca, Junio 12 de 1891.

M. A. C.

PÉSAME

AL. SR. DR. LUIS CORDERO,

CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE SU
ESPOSA

El telégrafo, con el laconismo propio de su lenguaje, nos ha comunicado el fallecimiento de una de las más ilustres matronas de Cuenca, de la Señora Jesús Dávila, esposa del Sr. Dr. Luis Cordero, acaecido en dicha ciudad, el día jueves, 9 del corriente, á las tres y media de la tarde.

Tan deplorable acontecimiento ha venido á herir nuestro corazón, al considerar el inmenso infortunio que pesa hoy sobre nuestro considerado amigo el Dr. Cordero, con la pérdida de su esposa querida, del ángel de su hogar, de la compañera de su existencia, de su amiga fiel y confidente, de la madre de sus hijos, del árbol frondoso que le brindaba sombra saludable en las faenas y angustias de la vida.

Se eclipsó, pues, el sol de su existencia; y nuestro infortunado amigo se halla hoy mustio, taciturno y melancólico, contemplando los restos mortales de la que fué el orgullo de su vida, sin darse cuenta del pesar que abrumba su alma, de la angustia que oprime su corazón, exclamando con el profeta de las lamentaciones: —“¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!”

¿Quién podrá interpretar los delicados sentimientos de un poeta, cuando sus ojos se hallan velados por el llanto, cuando su musa se ha vestido de negro, cuando la lira se ha roto y sus cuerdas hechas pedazos no lanzan ya al aire armoniosos acentos?

Ah! las lágrimas son el rocío que fecunda toda la tierra, ha dicho Severo Catalina.

Llorando nacimos, llorando vivimos, llorando morimos.

El hombre es un péndulo entre una sonrisa y una lágrima, ha dicho un poeta.

La vida es una gran cadena que aprisiona al hombre desde la cuna á la tumba; cada eslabón es un pesar, cada sonido un suspiro, cada sacudimiento un do-

lor: es fuego fatuo que brilla por un momento y desaparece como una exhalación: “ es un poco de polvo que cae, con el efímero soplo que lo ha levantado; un breve coloquio interrumpido por la señal de marcha, una rápida mirada hacia las profundidades de la creación, ” según Klopstock.

La filosofía es la meditación de la muerte: hé ahí el principio que enseñara el gran filósofo del Pórtico.

Vivir no da sobre la tierra otro derecho que el de morir; pero morir da todos los derechos.

La muerte es el pensamiento de los sabios y el desprecio de los ignorantes.

La muerte es el crisol en donde se purifican las almas virtuosas, para transformarse en ángeles del cielo.

La esposa casta y pudorosa es la vestal sagrada, que atiza en el hogar el fuego de las virtudes; es la lámpara del templo, que arde á la continua, despidiendo rayos de amor y ternura; es el cielo límpido, en donde se ostentan estrellas refulgentes, que alumbran la tortuosa senda de la existencia; es oasis saludable, que mitiga la sed del cansancio en el desierto; es arca santa en donde se depositan los secre-

tos del corazón y las angustias del alma.

Una esposa casta, virtuosa, fiel, amable, abnegada y sufrida, es el mejor galardón que Dios puede conceder á uno de sus escogidos.

Quien la pierde, pierde el corazón, que es el centro de las afecciones tiernas y el órgano del sentimiento.

¡Feliz, una y mil veces feliz, la esposa santa que sale de este mundo como de estrecha cárcel, adquiriendo la libertad del espíritu y volando al cielo, á recibir una corona de gloria, en recompensa de sus virtudes cristianas!

¡Feliz la Señora Jesus Dávila, que ha huído de los festines de Babilonia, para tomar la escala misteriosa de Jacob y subir á la patria celestial!

Y tú, esposo infortunado, noble y distinguido amigo, humilla tu frente en el polvo y eleva tu espíritu á Dios, que es el Padre de las Misericordias, repitiendo con San Luis aquella invocación al Cielo, llena de resignación y piedad:

“Os doy gracias, Dios mío, porque habéis conservado á mi querida esposa todo el tiempo que ha placido á vuestra divina voluntad, y porque ahora habéis tenido á bien llevarla para vos. Es verdad que la

amaba más que á todas las criaturas del mundo, y que ella lo merecía; pero, ya que vos me la habéis quitado, sea bendito vuestro nombre en toda la eternidad.”

Benedicid, pues, el nombre de Dios, que crió á vuestra esposa y se la llevó para la gloria, en donde hoy se encuentra, gozando de la realidad eterna, con el pensamiento puesto en vos, porque el amor puro se dilata por la eternidad; y no os olvidéis del más pequeño de vuestros amigos, que, desde el Guayas, en donde ha sentado su tienda de peregrino, se asocia á vuestro pesar, enviándoos la sincera expresión de su condolencia por el dolor que hoy abrumba vuestra alma.

Guaayquil, Julio 11 de 1891.

Ezequiel Calle.

PÉSAME

A MI DISTINGUIDO AMIGO
SR. DR. LUIS CORDERO,
EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Pocas veces la muerte se lanza sobre su víctima, hiriendo en el corazón de todo un pueblo.

La sociedad no acostumbra llorar en común, sino cuando de su seno se le arrancan las virtudes.

Personificación de todas ellas, pero, ante todo, modelo de madres, fué la malograda esposa del modesto cuanto eximio literato Dr. D. Luis Cordero; y es por esto que la tristeza y la condolencia acentuáronse espontáneas en el semblante de todos los habitantes de Cuenca, que conocieron, trataron y admiraron el merecimiento indisputable con que enriqueció la Providencia á la Sra. Jesús Dávila y Heredia.

Multæ filiaæ congregaverunt divitias: tu vero supergressa es universas, podríamos decir, con la restricción debida, al hablar de la matrona cuya muerte deploramos. Muchas hijas del Azuay guardan en el tesoro del alma gran acopio de virtudes; pero tú, esposa y madre de inolvidable recuerdo, si no superaste á todas, terciaste entre las mejores, como áureo tipo de la mujer evangélica.

El galardón de más cuenta que concede el Cielo á los varones ilustres, por sus acciones insignes, por el conjunto de prendas morales que ennoblecen su bienhechora existencia, es la maravilla de una mujer buena, ha dicho Salomón: *Pars bona, mulier bona dabitur viro pro factis bonis*.

Por consiguiente, á la hidalga generosidad que ha distinguido siempre al Señor Cordero; al decidido interés con que estimuló á nuestra juventud estudiosa, para levantarla al pedestal de gloria en que hoy figura; á su modesto y desinteresado patriotismo; á la nobleza de miras con que ha propendido al progreso de su patria; á la fecunda labor literaria con que ha enriquecido su mente, labor á la cual debe la envidiable reputación de que go-

za; al republicanismo limpio en que ha girado su política, sin avasallarse al despotismo ni afiliarse á la demagogia, y á la cordura y esmero con que ha sabido conservar incólume el lauro divino de la fe, que inmortaliza á los creyentes, bien pudo confiar el Autor de la naturaleza aquel depósito sagrado, aquel jardín ameno, aquel paraíso de virtudes, aquel magnánimo corazón de la que fué Señora Jesús Dávila y Heredia, como que las distintas faces del brillante han menester incrustación de oro, para lucir sus matices.

Cinco lustros de armonía indefinible entre la virtud y el genio, fueron los fijados por la Sabiduría Divina, para que ese astro de luz indeficiente, que acaba de ocultarse á nuestra vista, pasando á brillar sin estorbo en la mansión de los justos, cumpliera su misión de esposa y de madre, al recorrer la esfera trazada por su afecto, en el solemne instante del juramento conyugal.

Esposa, y de las mejores, supo aquilatar el mérito de su consorte. Para ello, puso en acción todas sus fuerzas; ahorróle pesares; atrájole simpatías; enriqueció su prestigio; honró su preclaro nombre;

prestó apoyo á sus empresas; fomentó su patriotismo; acrisoló sus creencias; fecundizó sus ideas; hizo en vida su apoteosis, y le circundó de gloria.

Inebriado, entonces, por el perfumado ambiente que exhalaba aquel corazón lleno de amenas virtudes, encumbrado en alas de inspiración creadora, voló el poeta á las regiones del genio, hasta arrancar á su arpa de oro ardientes notas de lírica armonía, que eternizaron su nombre en “Aplausos y Quejas.”

Madre, fué verdadero dechado, que derramó manantiales de inagotable ternura sobre los frutos de su casto afecto, hasta inundar en torrentes de amor el ámbito de su hogar bendito. Al rumor de esas ondas silenciosas, que no fenecieron sino cuando se extinguió la fuente, crecieron aquellos seres queridos, y á su influjo bienhechor despertaron á la luz de la inteligencia, conocieron sus deberes, practicaron la virtud, y se instruyeron para la vida del hogar doméstico; pudiéndose tomar aquel grupo de familia como ejemplar de honra para la sociedad cuencana.

Hizo más todavía: ejercitó á esas inteligencias nacientes, de acuerdo con su

esposo, en algunos ramos del saber humano, hasta obtener que sus tiernos hijos redactasen, á su modo y en la proporción debida á su incipencia, algunas hojas literarias, que, estampadas en una pequeña prensa, adquirida para el efecto, circularan tan sólo en el recinto del hogar, sin traspasar un instante sus umbrales, para estimular, previsoramente, á esos pedazos de su corazón materno, y excitar, con prematuro interés, su afición hácia las bellas letras.

Empero, su ardiente celo se ocupó de preferencia en el cultivo y adorno del corazón, base de toda grandeza, y con el mayor afán alejó de aquel recinto todo corruptor contagio; depuró todo entretenimiento, toda distracción proporcionada á la infancia; trasladó en germen todas las virtudes de su pecho, é hizo un santuario de cada uno de esos nueve brotes de su afecto, que lega á su esposo, como un talismán de recuerdo indeleble!

Consagrada á sus obligaciones, llegó al fin de la jornada, y al dar el adiós eterno con que principió la orfandad de aquel que le sobrevive, pudo decir á su esposo, que, estupefacto, contemplaba su agonía:

“He librado un buen combate; termina aquí mi carrera; mi fe no se ha violado; quedas solo en el hogar; se te escapa tu reemplazo; parto ya en busca del premio, de esa corona inmortal que me la dará el Señor, justo apreciador de mis deberes cumplidos.”

Y, semejante á una palma desarraigada por recio huracán, palideció su semblante, enmudecieron sus labios, perdió su rostro los perfiles, y, vigorosa y lozana, y al parecer llena de vida, como que frisaba apenas en los treinta y ocho abriles, extinguióse para siempre aquella clara antorcha, centinela infatigable del hogar querido.

Ante espectáculo tan lúgubre como inesperado, delante de aquella gloria y ornamento de las matronas azuayas, que acaba de arrebatarnos la muerte; ante los yertos despojos de esa que fué la cara mitad de tu existencia, amigo y esposo desolado, ¿qué palabra de consuelo, qué expresión de aliento podíamos llevar nosotros á tu desgarrado pecho, cuando el dolor que lacera tu grande alma devora también la nuestra?

¡Poeta de los ensueños, lo serás del dolor en adelante!.....

Bien está, por consiguiente, que el arpa risueña del Profeta, al son de cuya armonía danzaba alegre David, en torno del Arca Santa, victoriosa en otro tiempo, se guarde y oculte en las regiones del olvido, para que resuene desde ahora la melancólica lira de los pesares sombríos; y en tristes y lúgubres trenos lamente inconsolable la desolación de aquel hogar, ayer no más risueño, y hoy por aleve muerte desolado!

¡Vate de festiva musa, trovador hoy de las tumbas!.....

Bien está que, puesta la rodilla en tierra, doblegues humilde la cerviz, en señal de resignación cristiana; pero está mejor que esas dos fuentes desatadas nunca falten de tus ojos, para refrescar, á todo instante, la inolvidable, la perenal memoria de la que fué tu compañera, tu vida, tu honra y tu gloria!

Para los grandes dolores, no tiene voces el idioma: las frases del sentimiento han sido siempre las lágrimas, caudal inagotable de que dispone todo corazón

atribulado. Con esta ofrenda, unida á la oración, que es la divisa del creyente, te acompaña de corazón, en tan justo duelo, tu discípulo y amigo.

V. F. Alvarado.

NECROLOGIA

Inmensa caravana que peregrina por el árido desierto de la vida, la progenie de Adán, marcha, de generación en generación, al través de las edades, cumpliendo con la fatal ley de su destierro sobre este oscuro planeta. Empero, más allá del horizonte que alcanza nuestra vista material, donde principian las regiones del misterio, nos muestra la esperanza la eterna mansión del descanso y de una vida mejor: son los oasis de la patria, por la cual suspiramos aquí, muchas veces con inconsciente nostalgia, en medio de las humanas tribulaciones.

Siendo, pues, la existencia un breve período de amarga proscripción, prueba y castigo al mismo tiempo, el pacífico recinto de la tumba parece la meta señalada en el desierto, donde abandonamos nuestro ropaje de peregrinos, el polvo terreno que nos prestara el mundo, para

penetrar en luminosos horizontes de vida más noble y perdurable, á gozar del *sábado* verdadero del eterno reposo, según la expresión del Apóstol de las gentes.

Estas reflexiones, que la Religión y la Filosofía no pueden menos de inspirar á la sana razón, deberían hacer que la humanidad mirase con ánimo sereno hacia las arcanas tenebrosidades del sepulcro, y, que lejos de vestir de luto y derramar llanto por los seres queridos que terminan su proscripción, bendijese su destino y se congratulase de su ventura.

Mas, hay en nuestro amor algo de egoísmo, del cual no puede prescindir su miserable naturaleza, y es imposible que podamos contener el fúnebre alarido que nos arrancan los bruscos desgarramientos hechos por la muerte en nuestro corazón, cuando nos arrebatara lo que más queremos sobre la tierra. La Religión y la Filosofía sólo alcanzan á verter el bálsamo de las santas creencias y de la conformidad, cuando ha pasado la crisis del dolor, que, en tales casos, hipnotiza nuestro ser con fuerza irresistible.

De esta manera, la sociedad azuaya

lamenta ahora la temprana muerte de la muy distinguida Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, y viste por ella de riguroso luto, sin que pueda templar su justo sentimiento la consideración de que las virtudes que adornaron á tan noble dama habránle conquistado la eterna aureola de los bienaventurados, al traspasar ella los límites de la tumba, hasta donde no llegan las pasiones, ni las miserias de la raza humana.

Fué la notable Señora, cuya desaparición ha venido á contristarnos, raro conjunto de prendas y merecimientos personales, sea cual fuese el aspecto bajo del cual se la considerase.

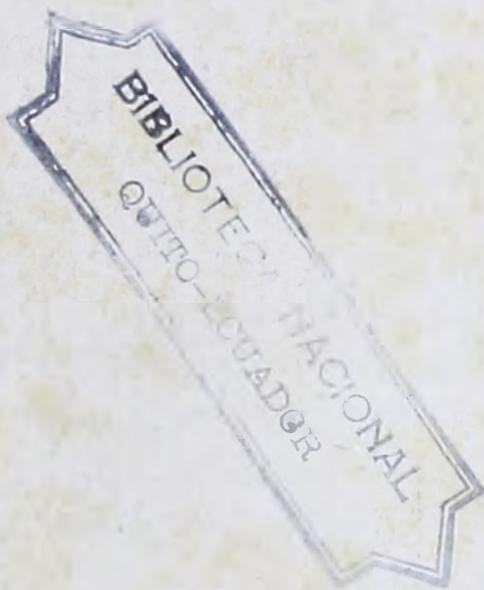
Era, en sociedad, orgullo y encanto del estrado cuencano, y en el hogar, la honra y delicia de todos los suyos, el amparo de los menesterosos y el consuelo de muchos afligidos..... Su ilustre esposo, el distinguido poeta y estadista Doctor Luis Cordero, tiene, pues, mucha razón, al creerse «el más atribulado de los mortales», por la pérdida de tan digna compañera, del ídolo más tierno de sus afectos.

A él, á los numerosos huérfanos que deja la señora Dávila, á toda su distin-

guida familia y á Cuenca en general, hacemos presente la más sincera expresión de condolencia, por el duelo que les aflige; y, al hacerlo, bendecimos la simpática memoria de la noble dama, con cuya amistad nos honrámos un día, y nos despedimos de élla, enviándole, desde estas playas, una modesta flor, para las coronas de su mausoleo, ante el cual se prosterna todo un pueblo, respetuoso y agradecido.

Guayaquil, Julio 14 de 1891.

M. N. Arízaga.



LA SEÑORA DOÑA JESÚS DÁVILA DE
CORDERO.

Esta incomparable esposa y madre, hija de Cuenca, descendió á la tumba, en su ciudad natal, el 9 de los corrientes, á consecuencia de una grave, pero no prolongada enfermedad. Tan infausto acontecimiento ha consternado profundamente el corazón del que estas líneas escribe y ha impresionado, como era natural que impresionara, á los hijos del Azuay residentes en esta ciudad, que han tenido el honor de conocerla y pudieron apreciar las sobresalientes dotes que le otorgó la Providencia, como si se hubiera complacido en reflejar en una humana criatura los atributos de su infinita sabiduría

Sin datos suficientes para escribir siquiera un rasgo biográfico de la Sra. de Cordero, vamos á dedicar pocas líneas á su memoria, como cordial testimonio de

nuestra condolencia, con la que acompañamos á la madre, al esposo, á los hijos y demás deudos de la que podemos apellidar la predilecta hija del Azuay, en el pesar que desgarrá cruelmente el corazón de los suyos,

Como dejamos dicho, nació en Cuenca la Sra. Jesús Dávila y Heredia, siendo sus padres Don Rafael Dávila, quien falleció hace algunos años, y Doña Antonia Heredia, que aun existe, ambos vástagos de aristocráticas é históricas familias del Azuay. Recién nacida la niña Jesús Dávila, la adoptaron por hija y la llevaron á su casa, su tío abuelo D. Miguel Heredia, una de las notabilidades ecuatorianas, y su respetable, virtuosa é inteligente esposa, Doña Francisca Dávila, muy recomendable matrona de nuestra tierra.

En medio de la opulencia del hogar de sus padres adoptivos, vió la niña de quien hablamos tales ejemplos, que predispusieron su corazón al amor de sus semejantes, á la fraternidad con sus iguales, á la caridad con sus inferiores. Desde sus primeros años reveló el amor instintivo que tenía á lo grande, á lo bello, á lo sublime, no en el sarao del gran mundo, sino en el retiro de su casa, ó en la soledad en don-

de gemía el infortunio, ó se dejaba oír el suspiro de la desgracia, sin que nunca se hubiese preocupado de los encantos de su gallardía, de los seductores atractivos de sus gracias, ni de la irresistible simpatía que sabían inspirar sus elegantes maneras, su fácil expresión, llena de imágenes felices, y su espíritu que rebosaba en bondad y que se habría apellidado espíritu angelical, á no haber aparecido sobre la tierra.

Establecido en Cuenca el Colegio de los SS. CC., con las inteligentes profesoras que por primera vez vinieron de Europa, fué la niña Jesús Dávila y Heredia una de las alumnas más aprovechadas. Sus maestras y sus condiscípulas fueron las que, antes que la sociedad entera, pudieron apreciar su acendrada virtud, su elevada inteligencia y su prodigiosísima memoria, así como su genio para la música y su habilidad en las labores de manos. Aprendió cuanto le enseñaron; conoció perfectamente la gramática castellana; habló y escribió con admirable propiedad, y se familiarizó con el idioma francés.

El Sr. Heredia, convencido de lo que importa la ilustración de la mujer, hasta para civilizar al hombre ó á la huma-

nidad misma, no omitió medio alguno para que su hija adoptiva recibiera la mejor educación que se podía daren el país, educación que sin duda la completó en el hogar conyugal, teniendo por su maestro al inteligente Sr. Dr. D. Luis Cordero, con quién se desposó, apenas cumplidos, ó todavía no cumplidos, los 14 años de edad.

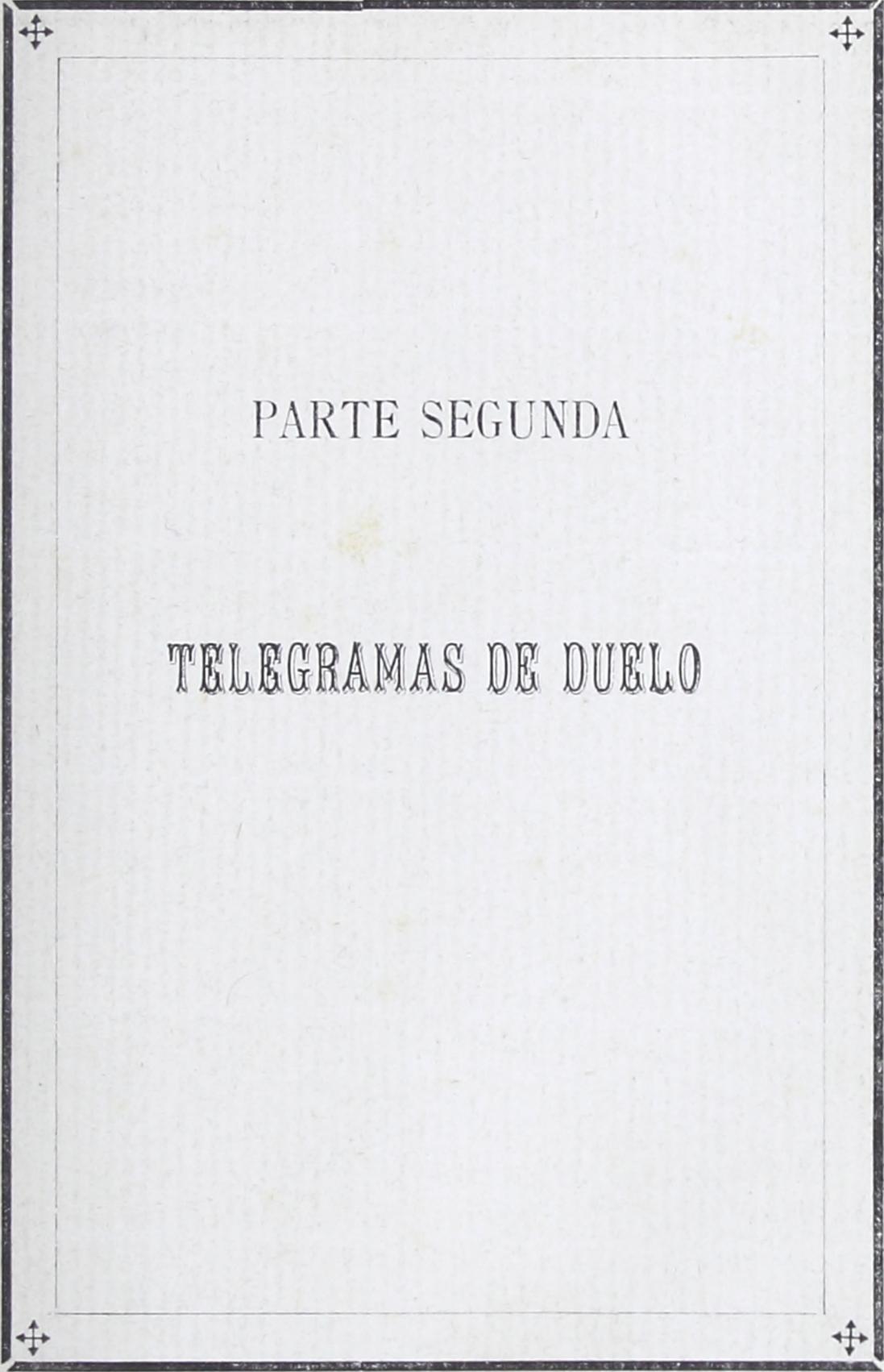
En su nuevo estado, la Señora Jesús Dávila y Heredia de Cordero, llenó su misión con la constancia, con la delicadeza y la abnegación propias de la esposa en cuya frente brilla el talento y en cuyo corazón resplandecen las virtudes cristianas. Doña Jesús fué siempre, para su esposo y sus hijos, flor de vívidos colores y de eterna fragancia y suavidad. Por esto, ella y sus hijos fueron apellidados, por el mismo Dr. Cordero, *un grupo de tiernos corazones*, cuando recordaba, desde esta Capital, que el suyo había venido á latir lejos del hogar.

La esposa de nuestro distinguido amigo tuvo que soportar, con resignación ejemplar, amarguras y zozobras, durante los conflictos de la Patria, á la cual le prestó su esposo importantes servicios, como miembro del Gobierno Provisional, el año 1883.

El Señor ha arrebatado, pues, al cielo al ángel del hogar del Dr. Cordero.... ¡Que el Dios de las misericordias derrame el consuelo, si es posible haberlo, ó, cuando menos, la resignación, sobre este padre modelo y las *prendas de su cariño*, como él llama con mucha propiedad á sus hijos, en los "Recuerdos Patrióticos de 1883," que dedicó á su inolvidable esposa!

Quito, Julio 20 de 1891.

Ramón Borrero.



PARTE SEGUNDA

TELEGRAMAS DE DUELO

TELEGRAMAS

DE CUENCA PARA QUITO.

Julio 10 de 1894.

La mujer santa, la matrona azuaya, la esposa inmaculada, la madre modelo, el pan de los menesterosos, la Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, cumpliendo su misión sobre la tierra, subió al cielo, á las tres y media de la tarde de ayer. Cuenca está en completo y justo duelo.

Nosotros acompañamos en su acerbo dolor al ilustre vate azuayo, Doctor Don Luis Cordero, que tántos servicios ha prestado al país.

M. E. Salazar.

Quito, Julio 10 de 1891.

SR. DOCTOR D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Hondamente conmovidos, por la noticia del fallecimiento de la digna esposa

de Ud., nos asociamos á su justo duelo y le enviamos muy sentido pésame. — PRESIDENTE. — Ministro del Interior. — Ministro de Instrucción pública. — Ministro de Hacienda. — Ministro de Guerra. — General Salazar. — El Subsecretario de Hacienda, Jacinto R. Muñoz. — José Javier Guevara. — Francisco I. Salazar. — C. Demarquet. — Subsecretario de Instrucción Pública. — Subsecretario de lo Interior y Relaciones Exteriores. — Eloy Proaño y Vega, Secretario de S. E. — Rafael Chiriboga. — Coronel primer Edecán de Gobierno, José María Quirós.



Quito, Julio 10 de 1891.

SR. DOCTOR D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi esposa, abrumada de dolor, se une al concentrado pésame que acabo de dirigirle, por la pérdida irreparable que U. ha sufrido, y que, indudablemente, afectará á todos cuantos están al cabo de las insignes prendas que adornaban á la Señora su esposa.

General Salazar.

Guayaquil, Julio 11 de 1891.

SR. DOCTOR D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

La terrible noticia del fallecimiento de su querida esposa me ha hecho profunda impresión, y sucederá lo mismo al país en general.— Considero á Ud., en estos momentos, en que su preclaro ingenio y sus virtudes tienen que ser factores de la resignación que necesita en tan irreparable pérdida, y le suplico de la manera más encarecida que se sirva considerarme al lado de Ud. y tenerme por doliente cercano.— Mi esposa suscribe conmigo este doloroso telegrama y se une á mí en esta cordial y sincera manifestación.— Su amigo.

J. M. P. Caamaño.

— — —

Quito, Julio 11 de 1891.

SR. DOR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Le acompaño desde aquí en su justo duelo, á mi nombre y al de toda mi familia.— Su amigo

General Sarasti.

Guayaquil, Julio 20 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Una santa esposa ha volado al cielo. Los que quedamos sobre la tierra lloramos el infortunio del esposo y de los huérfanos; pero el Cielo está de regocijo. ¡Nos ha precedido ella al seno de Dios!

Acompaña á usted en su justo dolor

Pacífico E. Arboleda.



Quito, Julio 10 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Asociándome á su justo dolor, por tan sensible pérdida, envíole el más sentido pésame.

Su amigo de corazón,

J. M. Lasso.



Guayaquil, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Habiendo sabido el fallecimiento de su Señora, doy á usted un sincero pésame.

R. T. Caamaño.

Guayaquil, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Acabo de recibir, como un rayo, la fatal noticia de la muerte de su distinguida esposa.— Ud., que ha participado de mi duelo y que sabe cuán grato le soy, no necesita que le manifieste la parte que hoy tomo en el suyo, de todo corazón.

M. N. Arízaga.

——
Quito, Julio 10 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Manifiesto á Ud. mi condolencia y le acompaño en su pesar por el fallecimiento de su estimada esposa.

José María Arteta y A.

——
Quito, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Reciba Ud. el más sentido pésame de sus amigos.

F. Zarama.-Delfín H. Córdova.

Ambato, Julio 21 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Acabo de saber la muerte de su digna esposa. Reciba, Señor, mi más sentido pésame.

Celiano Monge.



Cuenca, Julio 11 de 1891.

SR. D. JUAN BAUTISTA ELIZALDE.

Guayaquil.

He cumplido con un deber cristiano y social, acompañando, hasta su última morada, los restos mortales de la ilustre matrona que fué Doña Jesús Dávila de Cordero.

Un inmenso gentío, de lo más selecto de Cuenca, asistió á sus funerales, orando por la virtuosa amiga, que fué el bálsamo para el pobre, para el desvalido, para el huérfano.

Al salir los restos de la Catedral, se asoció un séquito innumerable, que bajó hasta el panteón. Esta es la más elocuente manifestación de cuánto quisieron, cuánto respetaron y cuánto recuerdan,

con gratitud, á la que enjugó, con caridad cristiana, las lágrimas del pobre.

Cuando saben cumplir su misión en la tierra, siendo el amparo del que padece y del que llora, Dios recibe con la corona de la gloria á las almas justas, como la de la Señora Jesús Dávila de Cordero.

Su amigo

Belisario Rivas.

—
—
Quito, Julio 13 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Hago mío el hondo pesar, la terrible prueba á que Dios ha querido someter la fe inquebrantable de su espíritu. Si él crió para el cielo á su digna, virtuosa y santa esposa, mejor está allí.

Acatemos con humilde resignación los designios de la Providencia.

Su amigo.

Benjamín F. Piedra.

—
—
Ibarra, Julio 21 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Considerado amigo:

Acompaño á U. en el profundo dolor

que siente por la muerte de su esposa.
Rogaré por ella.

Fray Domingo Naranjo.



Quito, Julio 19 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Profundo pesar nos acompaña por el fallecimiento de su Señora esposa. Enviamos nuestro sentido pésame, haciendo votos al Todopoderoso por la conformidad de U. en acontecimiento tan deplorable.

Remigio Astudillo y

Remigio Machuca.



Alausí, Julio 19 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Con familia lloramos muerte de su digna esposa, y encarecemos conformidad.

Amadeo Maldonado.

PARTE TERCERA

MANIFESTACIONES DE LA
PRENSA



SENSIBLE DESGRACIA

Por un telegrama de Cuenca, se ha sabido hoy la triste nueva de la muerte de la Señora Doña Jesús Dávila, digna esposa del distinguido escritor y hombre público Doctor Don Luis Cordero, á quien enviamos nuestro sentido pésame.

De «El Globo», número 1185.

PÉSAME

Muy sentido y cordial se lo damos á nuestro ilustre amigo el Señor Doctor D. Luis Cordero y á toda su respetable familia, por la temprana muerte de la estimabilísima matrona Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, acaecida el día 9 del presente mes, después de una penosa dolencia, contra la cual fueron vanos todos los cuidados y desvelos de los suyos, y todos los recursos del arte, prolijamente empleados por nuestros más acreditados facultativos.

La Señora Dávila de Cordero deja un vacío inmenso entre nosotros: el luto de su muerte alcanza, no sólo á sus conternados deudos y numerosos amigos, sino á toda nuestra sociedad, en general, que sabía aquilatar los méritos y virtudes de la simpática matrona que acaba de descender al sepulcro, á la temprana edad de treinta y siete años.

¡Que Dios envíe abundantes consuelos al corazón de su acongojado esposo y de sus tiernos huérfanos!

De "El Pensamiento Nacional" de Cuenca, n.º. 1.º.

Nos asociamos al justo pesar que hoy aqueja al distinguido vate azuayo Dr. D. Luis Cordero, por la pérdida irreparable de su digna esposa.

De «La Razón» de Machala, n.º. 1.º.

OBITO

Un telegrama recibido ayer de Cuenca comunica que el jueves de la presente semana, á las tres y media de la tarde, dejó de existir la respetable matrona cuencana Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, digna esposa del señor Doctor Luis

Cordero, á quien presentamos nuestro más sentido y sincero pésame, por la irreparable pérdida que acaba de experimentar, así como también á los demás deudos de la señora Dávila de Cordero.

De «El Diario de Avisos», n.º 998.

HA FALLECIDO

en Cuenca la Sra. Doña Jesús Dávila de Cordero. El eximio patriota Sr. Dr. D. Luis Cordero y su familia, dígnense aceptar nuestro pésame, por la desgracia que ha sobrevenido á la ilustre sociedad de Cuenca.

De “El Ariete” de Quito, n.º 2.º.

PAGINAS NECROLOGICAS

Las hojas sueltas de pésame que hemos recibido de Cuenca, con motivo del fallecimiento de la Sra. Doña Jesús Dávila de Cordero (q. e. p. d.), están revelando cuán profunda ha sido la conmoción que ha experimentado la sociedad cuencana con aquel infortunio; porque infortunio es, y muy grande, para un pueblo, perder un justo, quien, á la vez que fuera

prez y ornamento de la sociedad, fué también, por sus virtudes, intermediario de gracias y misericordias entre el Cielo y la tierra.

Cuenca ha sentido la muerte de esa noble y virtuosa matrona como se siente la pérdida de un bien que no puede tener reemplazo en la vida.

Y no podía ser de otro modo, si era tan buena y humanitaria, como dulce y cariñosa.

¡Qué bello debe ser morir así, entre las lágrimas y sollozos de todo un gran pueblo.....!

De «El Censor», n.º 481.

HA FALLECIDO

en Cuenca la Sra. Dña. Jesús Dávila, esposa del notable patricio Sr. Dr. D. Luis Cordero, á quien acompañamos en su justísimo dolor; pues fué matrona inteligente, virtuosa, de noble carácter y modelo de madres cristianas. La Sra. Dávila perteneció á una de las más distinguidas familias de Cuenca; recibió educación esmerada, en el hogar de su tío el Sr. Dr. D. Miguel Heredia, y fué en todo digna del hombre que la asoció á su vida, para orgullo de la sociedad azuaya.

El Sr. Dr. Luis Cordero es católico de corazón, y sabrá buscar en Dios los consuelos que no conoce la tierra para dolores semejantes.

De «El Bolivarense», n.º 69.



ACUSAMOS recibo del n.º 4.º de “El Republicano” y del N.º 9.º del “Boletín Electoral” de Cuenca. La primera de estas publicaciones trae enlutadas sus columnas, por el fallecimiento de la virtuosa cuanto distinguida Sra. Doña Jesús Dávila de Cordero, una de las matronas más importantes que tuvo el Sur de la República y que, á su muerte, ha dejado un vacío muy difícil de llenarse en nuestros tiempos; porque virtudes de elevados quilates ya no abundan entre nosotros, y son como los diamantes, que brillan tan sólo en los pechos de los seres mimados por la fortuna.

De “El Progresista” de Quito, n.º 9.



OTRA ELEGÍA. — El docto literato, versado como pocos en el conocimiento de los clásicos griegos y latinos, Señor Doctor Don Tomás Rendón, ha dedicado

una nueva elegía, intitulada CONDOLENCIA, al Señor Doctor don Luis Cordero, con motivo de la temprana muerte de su digna y malograda esposa.

¡Qué bella composición la del vate azuayo!

Creemos sea lo mejor que hasta ahora se haya escrito en loor á la virtuosa difunta.

El carácter dominante de la musa del señor Rendón es la melancolía; su número es esencialmente elegiaco, y es por esto que ha templado el plectro tan magistralmente, que de sus cuerdas ha podido arrancar acentos que no desdeñarían Alfredo de Musset, Lamartine, Quintana ó Chateaubriand.

¡Ojalá que todas estas joyas, obsequiadas para la corona fúnebre de la ejemplar esposa y santa madre, lleven algún consuelo al desolado compañero que le sobrevive!

De "El Censor", n.º 500.

Los RR. de "La Voz del Patriotismo" enviamos nuestro pésame al Sr. Dr. D. Luis Cordero y á toda la culta sociedad de Cuenca, por el fallecimiento de la distinguida matrona, Sra. Dña. Jesús Dávila de Cordero. De "La Voz del Patriotismo", n.º 11.

De Cuenca hemos recibido un número extraordinario de "El Republicano", destinado todo él á reproducir las elocuentes y sentidas páginas de duelo que los escritores azuayos han dirigido á nuestro preclaro compatriota el Señor Doctor Don Luis Cordero, con motivo de la sensible muerte de su digna esposa, la Señora Doña Jesús Dávila.

En hojas sueltas, se nos han enviado también varias composiciones en prosa y verso, inspiradas todas en el mismo acontecimiento. De entre las últimas, tomamos los dos sonetos que en seguida reproducimos. (*) De "La Nación", n.º. 3.631.

Muy sensible es la noticia que nos ha trasmitido el telégrafo de Cuenca, del fallecimiento de la distinguida matrona Sra. Doña Jesús Dávila de Cordero, modelo de virtudes sociales y domésticas, gala y orgullo de la ilustrada sociedad de Cuenca.

Enviamos á la familia de la ilustre Señora fallecida la expresión de nuestra íntima condolencia, por pérdida tan irreparable, y especialmente á su atribulado

(*) Los sonetos que reproduce son los de los Señores Crespo Toral y Llona, que se leerán después.

esposo, el egregio patricio Sr. Dr. D. Luis Cordero.

En cuanto se tuvo aquí noticia de tan infausto acontecimiento, enviaron un telegrama colectivo de pésame al Sr. Dr. Cordero, S. E. el Presidente de la República, los Srs. Ministros y Subsecretarios del Interior, de Hacienda, de Instrucción Pública y de Guerra, el Sr. Gral Salazar, los Secretarios de S. E. Srs. Proaño y Vega y Pallares Arteta, el 1^{er}. Edecán de Gobierno, Sr Coronel Quirós, el Jefe Político, Sr. Carlos Demarquet, el Sr. Dr. Francisco I. Salazar, y el Sr. Coronel Rafael Chiriboga.

De «El Telegrama» de Quito, n^o 505.

UNA TUMBA.

El correo de Cuenca ha traído la infausta nueva de haber dejado de existir en esa ciudad la Señora Doña Jesús Dávila de Cordero, esposa del eminente ciudadano y notable estadista Señor Doctor Don Luis Cordero.

Es un golpe funesto que han recibido la culta sociedad de Cuenca y la infortunada familia de la víctima.

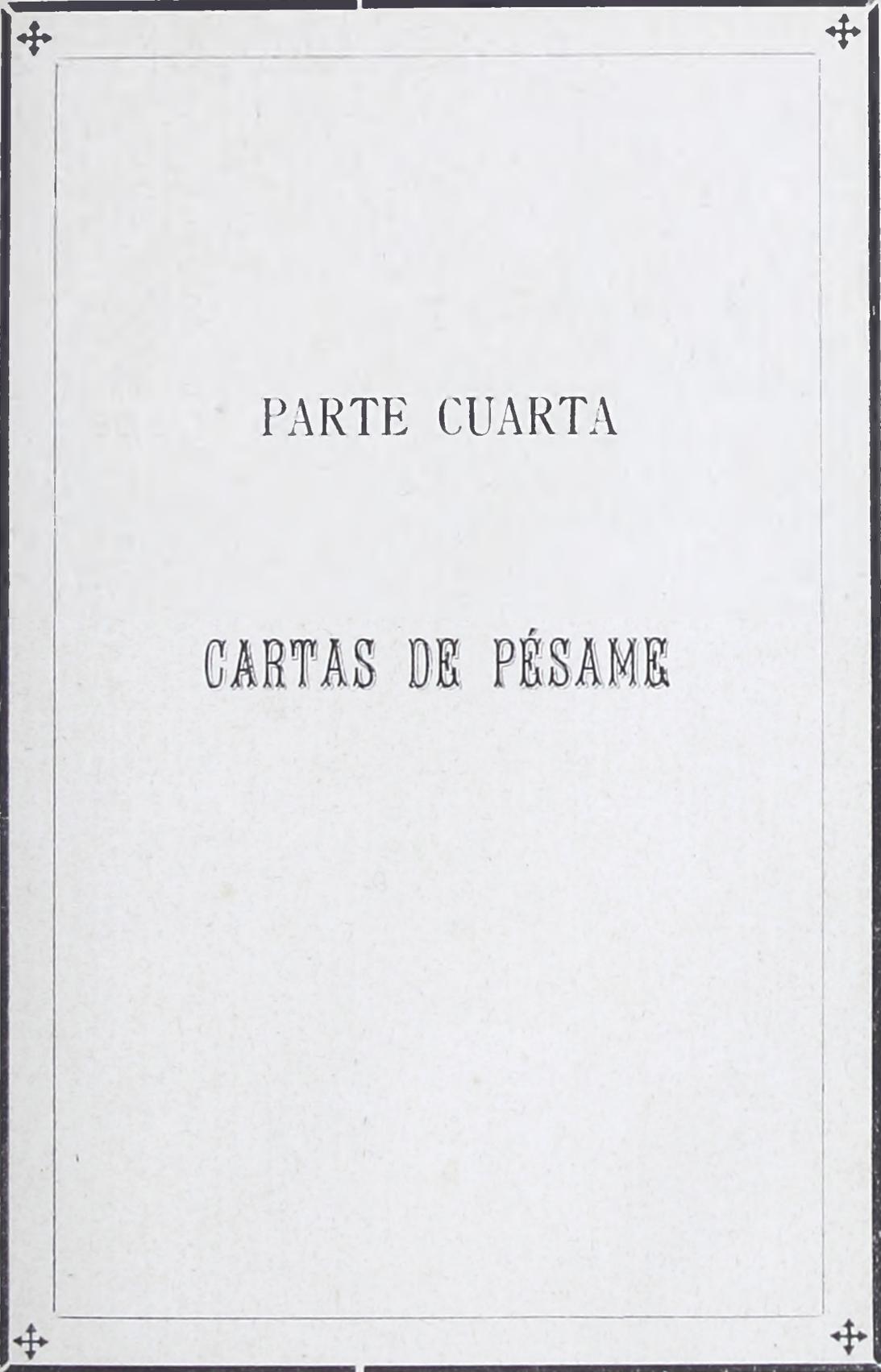
Matrona adornada de eximias virtudes, de raras prendas morales y de ternuras

inefables, este acontecimiento viene á herir el corazón de la sociedad y de la familia: es, pues, una gran desgracia para Cuenca y para el Sr. Dr. Cordero.

Embargado nuestro espíritu por la magnitud del infortunio, del cual ha venido á ser víctima nuestro desgraciado cuanto respetable amigo, no tenemos palabra para expresarle nuestro pesar y la gran parte que tomamos en su inmensa desdicha. Menos podemos enviarle una palabra de consuelo; pues hay dolores para los cuales no hay frases de lenitivo; y sólo apelamos á su elevada razón, á su talento, á su filosofía á y su fe, para que él mismo se ampare de la tempestad, al abrigo de la Santa Religión.

Para el alma de la distinguida finada, nuestras oraciones.—Nuestras ternuras para los desventurados huérfanos.....!!

De El "Censor," número 475.



PARTE CUARTA

CARTAS DE PÉSAME

Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy querido amigo:

El domingo último me dieron la noticia de la muerte de mi Sra D^a. Jesús, y, aunque no he tenido la honra de conocerla, sé, por informes fidedignos, que era inteligente, llena de méritos y muy digna de U. Estas cualidades me hacen calcular la justicia con que ha de llorarla U., y esto mismo me hace participar sinceramente de su pesar. Ya yo he pasado por esta prueba, y hay que buscar la conformidad con los decretos de Dios en las ocupaciones y el tiempo. ¡Ojalá que él se la dé lo más pronto posible!

Adiós, mi desgraciado amigo, y ocúpeme como á uno de sus mas leales y cariñosos.

P. F. Cevallos.

Quito, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy pensado amigo:

El telégrafo nos ha traído la infausta

nueva del fallecimiento de la muy honorable y virtuosísima esposa de U., nueva que ha contristado mi corazón de una manera profunda; pues ha perdido U. toda la dicha de su hogar, y la sociedad el modelo de la virtud perfecta. Y, como el duelo de U. y el de la sociedad es también duelo mío, le mando un abrazo de sincera condolencia, y quedo, con mi familia, pidiendo á Dios que derrame sobre el atribulado corazón de U. el bálsamo precioso de la resignación cristiana, sin el cual nunca podríamos soportar el peso de una catástrofe como la que Ud. deplora.

De U. siempre decidido amigo y S. S.

Luis A. Salazar.

Quito, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca

Mi muy querido, distinguido y recordado amigo:

Hace cinco días que llegué á esta capital, donde he recibido la triste noticia del fallecimiento de su digna Señora.

Estimador en alto grado, como lo soy, de las bellas cualidades y relevantes prendas de usted y honrándome, con su amistad, creo que es deber mío manifestarle mi más sentido pésame, por la desaparición de la que fué su digna compañera de tantos años.

Reciba, pues, mi más cordial y expresiva condolencia, y acepte mis votos por que Dios Nuestro Señor dé á Ud. la debida resignación cristiana, y conceda el eterno descanso á la que hoy es objeto de su justo dolor.

Soy su afectísimo amigo y capellán.

✠ *Pedro Rafael,*
Obispo de Ibarra.



Guayaquil, ojuŕ 15 de 1891.

SR DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy querido amigo:

Apenas recibí la fatal noticia del fallecimiento de su digna esposa, hice á Ud. un telegrama de condolencia, no por fórmula de cortesía, sino como muestra

de cordialidad sincera. Hoy reitero el contenido de mi dicho telegrama, volviendo á pedir á Ud. se sirva tenerme en el número de los dolientes inmediatos y se persuada de que, como esposo que soy, creo poder medir la magnitud de su pena y la necesidad en que se halla de poner en acción toda la fuerza de su espíritu, para sobrellevarla.

Una vez más me repito de Ud. obsecuente y decidido amigo y S. S.

J. M. P. Caamaño.

Quito, Julio 18 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy estimado amigo y Señor:

Si, á causa de mi habitual residencia en el campo, he ignorado hasta anteayer la imponderable calamidad doméstica de que ha sido Ud. víctima, y no he podido ser de los primeros en manifestarle mi sincera y profunda condolencia, pocos, entre sus leales amigos, habránse formado más cabal idea de la dolorosa situación á que lo habrá reducido esa irreparable

desgracia, ni unídose más íntimamente á su legítimo y acerbo dolor.

Sometido, desde hace poco, á igual durísima prueba, conociendo por mi personal experiencia lo que es sentirse muerto en la parte más vital y querida de sí mismo, y ver repercutido un dolor sin medida en corazones cuyos padecimientos nos hieren más cruelmente que los que desgarran el propio nuestro de manera directa, nadie mejor que yo tiene á la vista el cuadro conmovedor que Ud. contempla: el edificio sin base, la vida sin su estímulo, el teatro de los puros é inefables goces de familia, convertido en mansión de dolor y llanto. Nadie tampoco puede ofrecer á Ud. una participación más verdadera en su inmenso pesar y el de su desolada familia. (*)

Sírvase U. aceptarlo, al menos como prueba de leal amistad y distinguida estimación, ya que carece de la virtud de que quisiera yo dotarlo, de suavizar sus padecimientos, y confíe en que suplo esa impotencia, con pedir al Dios de las Misericordias infinitas que derrame sobre

(*) La esposa del Sr. Dr. Ponce había fallecido en el mismo día, 9 de Julio, del año próximo anterior: notable coincidencia!

Ud. y sobre su querido hogar copioso raudal de las eficaces consolaciones, de que sólo Él es inagotable fuente.

Renovando á Ud. la seguridad de mi especial aprecio, me repito su muy sincero amigo y obsecuente servidor.

Camilo Ponce.

——
Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy apreciado y distinguido amigo y Sr.:

He sabido, con profunda pena, que ha fallecido la Sra. su digna esposa. Doy á Ud. el más sentido pésame y lo considero muchísimo, en tan grave y aflictiva pérdida. Yo también la deploro muy sinceramente, y pido á Dios le conceda la conformidad propia de un sujeto ilustrado y católico como Ud.

Su siempre afectísimo amigo y obsecuente S. S.

Pablo Herrera.

Quito, á 11 de Julio de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Señor y amigo querido:

No sé cómo empezar esta carta; no sé qué decir en ella; no sé cómo concluirla. Anoche recibí la infausta noticia de su terrible desgracia, y estoy de duelo, de profundo y sincerísimo duelo, con toda mi familia.

Estoy en casa de Ud., junto al amigo querido, devorando su amargura, lamentando el espantoso pesar con que le ha visitado la Providencia. Ahora soy más amigo de Ud.; ahora siento, como nunca, que soy su hermano.

Con corazón de amigo y hermano, junto á sus ayes los míos, mezclo mis lágrimas con las suyas, me uno á Ud. y á su familia, para pedir misericordia á Dios; porque, en circunstancias como las suyas no cabe otra cosa sino caer de rodillas y clamar: Misericordia, Señor!!!

Su *J. M. Espinosa.*

Quito, Julio 25 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Muy distinguido Sor. y amigo mío:
Amigo sincero de U. y apreciador de las distinguidas prendas que enaltecían á la Sra. su esposa, me he asociado al justo duelo con que U. y la sociedad ecuatoriana lamentan tan irreparable pérdida.

Este es tambien el voto de mi familia. Sírvase aceptarlo, como nacido del corazón de quien se honra repitiéndose de U. decidido amigo y S.S.

Vicente Lucio Salazar.

Quito, 15 de Julio de 1891.

SR. DR. DON LUIS CORDERO.

Muy apreciado amigo:

Lleno de sincero dolor y profunda pena, doy á Ud. el más sentido pésame, por el fallecimiento de su excelente esposa, la muy estimable Sra. Doña Jesús Dávila, á quien Dios Nuestro Señor, en sus adorables designios, ha sido servido de llamar, tan temprano, al descanso eterno: digo tan temprano, porque su inmejorable es-

posa podía decir muy bien lo que el santo rey Ezequías: “Estando á medio vivir me he entrado por las puertas del sepulcro.”

Amigo mío, lo he considerado á Ud. y le acompaño en su duelo: hablar á Ud. más largo sería faltar al respeto á su dolor. Nuestro Señor le sanará, con el bálsamo de la esperanza cristiana, con la cual su corazón ha vivido siempre fortalecido.

Renovando los sentimientos de nuestra antigua amistad, me suscribo de Ud. seguro servidor, amigo y capellán.

Federico González Suárez.



Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy apreciado amigo y Señor:

Con todo el corazón, con toda el alma, doy á Ud. el pésame, por la muerte de mi Señora Jesús.

¡Qué profundamente me ha conmovido esta dolorosísima noticia! Yo, que aprecié la nobleza de su generoso corazón; yo, que fuí objeto de sus bondades; yo, que la

vi ejercitar, en el retiro de su hogar feliz, las virtudes cristianas, no pude imaginarme que tan pronto tuviera que deplorar tan gran pérdida.

Pocos días ha que la muerte de uno de mis cuñados me dejó lacerado el corazón, y hoy he sentido que revive la llaga sobre-sanada. Sí, amigo mío, siento en lo vivo esto que llamaríamos desgracia, si las ideas religiosas no nos enseñaran á dilatar las miradas más allá del mundo de la materia, y á ver en los designios de Dios misericordias escondidas en dardos de dolor.

Carmen y toda mi familia le presentan sus expresiones de sincero pesar, y yo le envío un estrecho abrazo de ternura.

Su amigo afectísimo S.S.

Belisario Peña.



Guayaquil, Julio 14 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Estimado Señor y amigo:
Con verdadera pena dirijo á usted la

presente, en cumplimiento del más triste deber: el de manifestar á un amigo como U., á quien tan verdaderamente estimo, mi sincero sentimiento, por la irreparable pérdida que acaba U. de sufrir, con el fallecimiento de su dignísima esposa y muy respetable matrona, la Señora Doña Jesús, tan acreedora, por sus virtudes y méritos, á la consideración general.

Al enviar á U. mi más sentido pésame, ruego á Dios le dé la resignación necesaria, para sobrellevar la mayor desgracia que ha podido sobrevenir á U.; y deseando que estas pocas líneas proporcionen algún lenitivo á su justísimo pesar, me despido como su amigo verdadero y S. S

F. J. Coronel.



Quito, julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy querido amigo:

Allá va en esta carta mi corazón, para llorar con Ud. Siempre me he tenido por muy amigo de U.; pero en esta ocasión he podido penetrar más que nunca

la intensidad de mi afecto; pues la terrible desgracia que Ud. acaba de sufrir me ha dolido verdaderamente en el alma.

No quiero decirle frases consoladoras. En ocasiones como la presente no consuelan los amigos, sino sólo Dios, y como U. es verdadero cristiano. Él le consolará, llevando el amor, el pensamiento y la esperanza de Ud. al cielo, y enseñándole á su amada Jesús en posesión de la verdadera y única felicidad.

¡Adios, amigo queridísimo!
Suyo de corazón.

Juan León Mera.

Quito, julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Compadecido Sr. y querido amigo mío:

Con profunda pena, haciendo mío su inmenso dolor, le escribo la presente, para atestiguarle mi condolencia, en la grave, incomparable desgracia que le ha deparado el Señor, con la muerte de la digna Sra. esposa de Ud.

Nada debo decirle, pues son vanas las palabras del hombre. Dios Nuestro Se-

ñor le hable á U. el lenguaje de sus divinas consolaciones.

Mi Sra. se asocia á esta manifestación de mi pena, y con ella pido á U. se digne comunicar á las Señoritas sus hijas esta expresión de nuestro duelo.

Su afligido amigo,

Honorato Vázquez.



Guayaquil, julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy estimado Sr. y amigo:

Con profundo y verdadero pesar he sabido el fallecimiento de la matrona su muy digna esposa, por cuyo tan aciago y funesto suceso su respetable casa se ha cubierto de luto. Considero á U, Señor y amigo mío, y con la sinceridad de mi alma, participo de su justo dolor; habiendo experimentado igual sentimiento los Sres. Jefes y Oficiales de los cuerpos de esta Guarnición, en cuyo nombre, en el mío y, con más especialidad, en el de mi Señora esposa y toda mi familia, doy á U; Señor, el más sentido pésame, prometiéndolo-

le dirigir fervientes oraciones al Altísimo, por el bien del alma de la respetable y virtuosa Señora que ha desaparecido del mundo.

Aprovecho de la triste ocasión, para ofrecer á U. mis respetos y consideraciones, como su más atento amigo y S.S.

Reinaldo Flores.

Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado Señor Doctor y amigo:

Vuelvo á decir á U. que yo y mi familia acompañamos á U., desde aquí, en la inmensa desgracia que ha sobrevenido á su familia y á la sociedad, con la pérdida de la admirable y sin par Señora de U.

La Providencia, que ha querido probar su resignación, dará á U. el consuelo que no podemos ofrecerle sus amigos.

Reciba, pues, mi querido amigo, este recuerdo de sentimiento y gratitud, que le dirige el corazón angustiado de

José María Sarasti.

Quito, á 18 de Julio de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.
Cuenca.

Muy estimado amigo y Señor mío:
Anteayer recibí, en el campo, la infausta noticia del fallecimiento de la excelente Señora esposa de U., y apresuré el regreso á la ciudad, á fin de que, por este mismo correo, fuese á U. esta mi carta, portadora de la más sincera expresión de condolencia, por la gravísima desgarradura de alma experimentada por Usted.

Propósito vano sería tratar de consolar á quien,—estoy seguro de ello,—no quiere ser consolado; y, en consecuencia, me limito á decirle que la desgracia de U. es un nuevo motivo para que esté hoy junto á U., ahí, en su vacío hogar, el compadecido pensamiento de su leal amigo y S. S.

C. R. Tobar.

—o—

Quito, Agosto 13 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.
Cuenca.

Muy Señor mío y recordado amigo:
Tarde he llegado á saber su desgracia;
pero no es tarde para hacerle presente
que le acompaño en su pesar. En me-
dio de mis trabajos, los de U., ocupan un
lugar preferente en el corazón de su ver-
dadero amigo y S. S.

Rafael Pérez Pareja.

——
Quito, Julio 18 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.
Cuenca.

Mi querido y considerado amigo:
La infausta noticia de la muerte pre-
matura de su singular esposa ha puesto
mi casa en completo duelo; pues, ligada
mi Señora á la suya, por lazos estrechos
de familia, se deleitaba toda vez que le
referían las encantadoras virtudes que
adornaban á la segunda, si bien no tenía

la fortuna de conocerla. Hoy la muerte ha establecido una eterna ausencia, y mi esposa llora sinceramente, porque perdió, sin conocer, á una sobrina que la honraba, y porque el cuadro desolador de su esposo viudo y huérfanos hijos, no puede imaginarse, sin que el corazón se oprima de dolor y los ojos se sientan arrasados en lágrimas.

Desgracia es ella tan irreparable cuanto inmensa, y que me enlutado á la familia como á la sociedad; porque á una y á otra honró la finada, con sus excelentes prendas, y á todos debió con los sentimientos propios de su corazón nobilísimo. Le hemos acompañado, pues, en este inmenso pesar, que nos es común; y á nombre de mi Señora, al mío propio y al de mis hijos, doy á U. y á toda su consternada familia el más sentido pésame.

Difícil es hallar consuelo en estos supremos instantes, cuando se palpa el vacío que deja una esposa que justamente era el encanto y orgullo del hogar; pero, con todo, hago un llamamiento á su espíritu religioso, y le recuerdo que sus pobres hijos demandan hoy un sacrificio, para que de algún modo se sobreponga á este incomparable pesar, ya que en U. han de hallar como concentrado todo

el amor de sus padres. Ella descansa en el seno de Dios, y desde allí velará por la suerte de su esposo y de sus hijos.

Haciendo votos para que el Cielo le dé algún aliento en tan grave tribulación, y pidiéndole tenga ésta por carta de mi esposa, que tan de veras lamenta la pérdida de su sobrina, me despido de U. como su cordial amigo, que le desea algún consuelo.

Antonio Robalino.

—  —

Guayaquil, Agosto 26 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado Señor y amigo:

Varias veces he tenido puesta la pluma sobre esta hoja de papel, dispuesto á dirigirme á U., y otras tantas me he detenido y he relegado al tiempo este penoso deber; porque hay dolores para los cuales no encuentra expresiones el sentimiento. Que yo he participado muy especialmente del inmenso infortunio con que acaba de someterlo á prueba la

Providencia, lo está diciendo el tardío cumplimiento que doy á esta dolorosa obligación, impuesta por la amistad y reclamada por las relevantes prendas de la esposa que voló al cielo.

¿Qué puedo yo decirle, Señor y amigo, si es U. mismo quien ha de haber encontrado recursos para la conformidad, en su ardorosa fe, en su saber é ilustración, en su ciencia y filosofía, y un manantial de consuelos en la Religión, y un mundo de desahogos para su alma atribulada en los acentos de su lira de oro? ¿Qué puedo yo decirle, si, para la magnitud de la pérdida, es impotente la palabra humana y aún la pluma se resiste á estampar una frase de consuelo, ya que hay dolores para los cuales no queda más socorro que la desesperación?.. Si alguno debiera invocar, sería el llanto que toda la sociedad ha derramado, con el cual ha querido ella deplorar la irreparable ausencia de una alma justa, que voló á la eternidad.

Llórela U., Señor Dr. Cordero, y llórela mientras viva; porque no es don concedido sino á los buenos tener por compañera, en esta dolorosa peregrinación, á un ángel de bondad.

Renuevos de sus gracias y virtudes son los infelices huérfanos, y en el amor de ellos hallará U. algún lenitivo á su dolor.

Siempre de U. atento amigo y S. S.

Pacífico E. Arboleda.



Quito, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado Señor y amigo:

Luego que supe la infausta noticia del fallecimiento de la Sra. Jesusita, digna esposa de Ud., me apresuré á dirigirle un telegrama de condolencia.

Hoy quiero, por medio de esta carta, manifestar á Ud. que le acompaño muy de corazón, en la terrible prueba á que le ha sometido la Divina Providencia.

La pérdida de tan estimable matrona, modelo de madres y esposas cristianas, es un duelo, no sólo para Ud. y su familia, sino para sus amigos y para todo el país.

Supongo á Ud. sumido en la amargura y agobiado por tan duro golpe; pero no dudo que su dolor será suavizado por

los sentimientos cristianos que siempre ha manifestado Ud., y por la fortaleza que Dios Nuestro Señor le comunicará.

Por mi parte, á más de dar á Ud. y á toda su familia el más sincero pésame, le ofrezco pedir á Dios por el alma de la estimable difunta, por su atribulado esposo y por los niños huérfanos.

Ud. conoce que el afecto que le profeso es antiguo y cordial, y aceptará esta carta, no como una mera fórmula de cumplimiento, sino como la expresión genuina de los afectos de mi corazón.

Me repito una vez más de Ud. afectísimo amigo, pariente y capellán.

Cornelio Crespo T.

Guaranda, Julio 19 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy considerado compadre y amigo:

Acabo de saber, por los periódicos de Guayaquil, la desgracia terrible con que Dios ha querido probarle; y, como en dolores de la naturaleza de éste, es vano todo consuelo que no venga de Dios, sólo

me apresuro á manifestarle que acompaño á Ud. en su pesar; pues, apreciándole, como le aprecio, con todo el corazón, sus dolores, sus glorias y sus placeres los reputo míos.

Dígnese hacer presente mi condolencia á todos y cada uno de los miembros de su importante familia, y creerme siempre su invariable amigo y afectísimo compadre S. S.

Angel P. Chaves.

——
Guayaquil, Julio 11 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Querido Sr. y amigo:

No tengo palabras de consuelo que ofrecerle, en la inmensa desgracia que pesa sobre Ud. y sobre sus huérfanos hijos, á consecuencia de la irreparable pérdida de mi señora Jesús, dechado de esposas y madres cristianas. Llórela, pues, amigo mío, como ella lo merecía, por todas sus hermosas cualidades; llórela, mientras desahogue Ud. su corazón atribulado y pueda escuchar las reflexiones que, en tan amargas circunstancias, inspiran la Religión y la Filosofía.

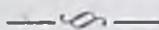
Mientras tanto, sepa Ud. que no llora solo; porque su duelo es también mío, de todas veras, aun por las leyes de la reciprocidad que á Ud. me tienen ligado.

Mi esposa me encarga dar á Ud. el más sincero pésame, y yo le ruego que se sirva presentar el mío á toda su estimada familia.

Deseando que el Cielo le envíe pronto sus inefables consuelos, me despido de U. con un silencioso abrazo de condolencia, como su muy afecto amigo y

S. S.

Manuel N. Arízaga.



Latacunga, Julio 23 de 1891.

AL SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Infelizmente amigo:

Hoy ocho días, que me sorprendió profunda y dolorosamente la noticia de la irreparable desgracia que ha sobrevenido á U. y á su familia, no pude resolverme á escribirle, porque la consideración de U. y los suyos me enajenó á tal punto, que

no me era dado sino sentir y sentir, con toda la sinceridad de leal y afectuoso amigo.

Enfermo como estuve y continúo, mi preocupación ha sido esta inmensa desventura de U., y no he podido sino hablar de ella á cuantos me han visitado, como buscando desahogo á mi pena y eco á la queja de la amistad enlutada y condoliente.

Ya me resolvía á presentarme con mi Lucinda, ante U., por medio de tarjetas, con el mutismo conveniente en estos casos; pero me temía sospechase U. que estos sus amigos no pasaban de ceremoniosos: así pues,dejando lejos todo recurso de arte y toda frase que no sea la más verdadera expresión de la íntima condolencia que la dicta, no quiero sino manifestar á U., mi ilustre y querido amigo, que le hacemos compañía, de todas veras, en su inmenso y justo dolor, y esperamos que la luz de lo alto aclare las tinieblas en que al presente se halla U. hundido: para esto es su fe acrisolada de católico ejemplar.

Modelo en el estado próspero, lo sabrá también ser en el desgraciado, para colo-

car las últimas hojas en su corona de sólidas virtudes.

Pide á Dios consuelos para el alma atribulada de U. su muy afecto amigo,

J. A. Echeverría.

—  —

Cañar, 16 de julio de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado y recordado amigo:

Entre otras noticias dolorosas que, durante este curso de misiones, vinieron á entristecer mi corazón, acaba de llegarme la que ahora le está haciendo padecer; por lo cual le mando un pésame muy sentido, así como á toda su muy digna y apreciada familia.

Demasiado conozco la estima muy fundada y el cariño bien merecido de su buen corazón, para la que fué su esposa, y mido la profunda herida que esta pérdida tan grande ha abierto en su alma sensible; pero también conozco que su fe le hará descubrir en ella la mano misericordiosa de un Padre lleno de bondad, que no nos prueba en este mundo sino para nuestro bien, y preparándonos en el

paraíso una recompensa más grande. Sí, murió ella á las cosas del tiempo, pero para vivir á las de la eternidad. Sin duda no continuará en este valle de lágrimas, en compañía de su esposo, para regocijarle; en medio de sus hijos, para educarlos cristianamente; pero, como tengo persuasión de ello, ha pasado á mejor vida, y desde la patria celestial vigilará sobre su muy amada y muy digna familia, pidiendo sin cesar á Dios por ella; desde la gloria, donde estará reinando, viendo, amando y poseyendo á su Dios, nos recordará que todo pasa en este mundo, según las palabras del Espíritu Santo: riquezas, salud, honor, y que todos debemos estar prontos á separarnos un día de cuanto más estimamos y amamos en este mundo, como parientes, hermanos, padres y esposa.

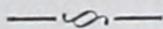
Por fin, muy estimado y recordado amigo, desde el cielo está ella convidándonos á que pongamos nuestro corazón en el Único y Sumo Bien, que es la fuente de todos los demás y que nadie puede arrancarnos, si no lo queremos. Para él hemos sido creados y él solo puede hacernos enteramente felices por toda una eternidad.

Tarde, tal vez, le llegará esta carta de pésame, por hallarme algo distante; pero crea usted que no bien recibí la dolorosa noticia, cuando tomé parte, y una parte muy grande, en la pena de U. y de toda su muy estimable familia; y no dude que, así como encomendé á la finada al Dios de las misericordias y á la Virgen Santísima, en particular en el santo sacrificio de la misa, así también seguiré haciéndolo diariamente.

Acabo pidiendo al Corazón de Jesús que le ayude á llevar en amor de Dios, como lo hará, no lo dudo, esta cruz tan pesada. Si, para ello, necesitare de algún modelo, en Jesús crucificado tendrá el más perfecto y el más eficaz que se le puede proponer á un hombre, pero, sobre todo, á un cristiano de fe viva y de corazón amante.

Por lo que á mí hace, tengo la certidumbre de que ni á ella ni á usted los olvidará, en sus pobres oraciones,
su humilde servidor y atento capellán.

Padre Antonino Couzot.



Loja, agosto 1.º de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy Señor mío y buen amigo:

Lleno del más profundo sentimiento le dirijo la presente, comunicándole mi condolencia en su justo duelo, por la pérdida de su estimable esposa. Ella, según el concepto general, reunía en sí todas las virtudes que forman á las verdaderas matronas. Este antecedente da á su dolor la mayor justicia; pero también, por el mismo, debe llegar á su labio el bálsamo del consuelo; pues ante Dios la muerte del justo es preciosa. Yo, por hoy, me limito á expresarle que ruego á Dios por ella y pido para U. la resignación.

Dispense el retardo; porque he sabido pocos días hace el triste acontecimiento.

Soy siempre su decidido y afecto S.S.

Ramón Samaniego.

— S —

Riobamba, julio 19 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy estimado Señor y amigo:

Por “El Telegrama” de Quito he llegado á saber la infausta noticia del fallecimiento de la digna Señora esposa de U., y con tal acontecimiento lo supongo en la actualidad sumido en el más profundo dolor.

Si la voz y condolencia de la amistad pueden llevar algún consuelo al corazón visitado por el infortunio, me apresuro á cumplir con el sagrado deber de asociarme á U., á su familia y á sus amigos, en el duelo causado por la muerte de su digna compañera.

Mas estos consuelos, puramente humanos, no creo que sean bastantes á fortificar su espíritu, desolado por la presente adversidad, y quiero creer, más bien, que la santa resignación cristiana, que hace adorar en silencio los decretos de la Divina Providencia, será el bálsamo más apropiado y más eficaz para curar la herida de un corazón como el de U., nutrido constantemente con los sentimientos de la fe y la piedad.

Por lo que á mí toca, me es grato ofrecer á U. mi sentimiento de condolencia, como amigo, y mis oraciones por el eterno descanso de la finada, como sacerdote.

Pidiéndole que se sirva aceptar mi sentido pésame, me es honroso repetirme su muy obsecuente amigo y servidor.

Felix Proaño.

Quito, 15 de julio de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi estimado amigo:

Hay noticias que se propagan en el acto, por su gravedad, como la que corrió aquí, de la muerte de su digna esposa D^a Jesús Dávila. No pude creerla; pero ahora, que la confirma "El Telegrama", los veo, desde aquí, á U. y á mi Señora D.^a Francisca, rodeados de sus tiernos hijos, llenos de lágrimas arrancadas por el dolor que les causa esa pérdida, irreparable para todos los que conocimos y tratámos á su digna Señora, cuyo espíritu, no lo dudo, reposa en el seno del Eterno.— ¡Valor mi amigo, para velar por sus hijos, cuya columna de apoyo y esperanza es U!

Su afectísimo y S.S.

José M. Cañadas.

Riobamba, julio 19 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado y recordado Señor y amigo:

Con verdadera congoja he visto, hace dos días, en el diario "La Nación", la tristísima noticia del fallecimiento de la digna esposa de Ud. ¡Pobre Señor! Cuánto he sentido este golpe terrible para U!

Pero, si es grande su pena, grande debe ser también el consuelo que le acompaña. ¿Podría Ud. dudar un instante de que la Señora que lloramos esté en posesión de la recompensa merecida por las eminentes virtudes que ha practicado en su vida, tan fecunda en buenas obras? Pues nosotros, que conocíamos á D.^a Jesús Dávila, no lo dudamos.

Y, si la justicia de Dios la detuviere todavía algún tiempo en la cárcel de la expiación, estoy seguro de que este tiempo no será largo; pues el Señor ha de oír las súplicas que tantos pobres socorridos por su caritativa mano harán subir al cielo por ella.

En cuanto á mí, desde que he sabido la muerte de la Señora, no he dejado de

encomendar su alma al Señor, sobre todo en el santo sacrificio de la misa.

Reciba pues, mi querido Señor y amigo, mi más sentido pésame, y sírvase comunicárselo también á mi inolvidable amigo D. Miguel, su cuñado de Ud., así como á la Señora D.^a Francisca.

Su humilde y afectísimo servidor y amigo.

Padre Julio París.

——
Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi digno y respetado amigo:

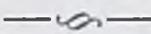
Considero á Ud. agobiado bajo el peso de la calamidad con que la Providencia ha querido probar su fe, y le acompaño en su dolor.

Para golpes de esta clase, sólo la Religión nos presta lenitivo; porque sólo ella tiene la llave de la resignación, que nos hace acatar sumisos los decretos de lo alto. Así pues, hago votos por que el Señor se apiade de Ud. y le dé la resignación necesaria, para sobrellevar la pérdida irreparable que acaba de hacer.

Mi familia abunda en los mismos sentimientos míos, y envía también á Ud. el más sincero pésame.

Ruego al Cielo oiga mis votos y me suscribo de Ud. muy afectísimo amigo y S. S.

José J. Estupiñán.

——
Quito, 22 Julio de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Distinguido Señor y amigo nuestro:

Si alguna vez han tenido de ser íntimo el dolor y copiosas las lágrimas de U., es, sin disputa, hoy, cuando, lacerado en lo más vivo el corazón de U., con el súbito fallecimiento de su finada estimabilísima esposa, se exhala en ayes de amargura y de quebranto.

Llórela, compadecido amigo, llórela y recuerde, á una con esta Comunidad Dominicana, de cuya condolencia sincerísima es portadora la presente, las eximias dotes intelectuales y morales de que esa inolvidable matrona se mostró siempre enriquecida, y las generales simpatías que sus cristianas virtudes, su ingénita largueza para con los desvalidos, su jovialidad y decorosa cortesía, supieron conciliarle en las clases todas de la sociedad Azuaya.

Conocedores de esas relevantes prendas han sido, en Cuenca y Quito, todos los que, como nosotros, hacen ahora, en pública sanción de ellas, justísimo duelo, y envían á Ud. y á su digna familia el más sentido pésame.

Las oraciones y las plegarias elevadas, en pro de los difuntos, al Señor, forman la guirnalda más hermosa con que pueden el cariño, el respeto, y la gratitud adornar la losa de los sepulcros. Y á nosotros, á esta Comunidad toda, satisface en alto grado la fundada persuasión de que, con los ruegos y sacrificios ofrecidos al Dios de los vivos, por el alma de la apreciabilísima finada, se le habrá facilitado á ésta el pronto tránsito á los reinos del pacífico descanso, y llevado, además, una flor decorativa á su sepulcro.

Dígnese, por tanto, amigo nuestro, dispensar benévola acogida á esta manifestación, en la que á la condolencia de nuestro amor hacia á Ud. van unidos los más religiosos afectos de nuestra alma.

Fr. Reginaldo M.^a Duranti.

Fr. Alfonso A. Jerves M.

Fr. Alberto Piedra.

Loja, 17 de Octubre de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado amigo:

Después de una larga ausencia, se me ha comunicado el inesperado y muy sentido fallecimiento de su digna esposa. Esto ha motivado mi silencio y el que hubiese retardado el, para mí, sagrado deber de manifestarle mi pesar por aquel acontecimiento.

Conozco la delicadeza de sentimientos de Ud. y la razón que, por otra parte, tiene de llorar y llorar por toda la vida, tan irreparable pérdida; pero conozco, á la vez, la elevación de sus ideas cristianas, que le habrán inspirado, estoy seguro de ello, la conformidad aconsejada por la Religión.

Le acompaño, amigo mío, muy de veras en su dolor, y pido á Dios que conceda á esa alma, tan justamente amada por Ud., el eterno descanso.

Acepte Ud. estos mis sentimientos y ocupe á su muy adicto y atento amigo y S. S.

Rafael Riofrío.

Quito, Julio 17 de 1891.
SR. DR. LUIS CORDERO.
Cuenca.

Querido compadre:

Nada más triste, nada más pesaroso, para el amigo, que dirigirse al amigo, en casos como el presente.

La muerte de la que fué Doña Jesús, su digna esposa, ha causado en mi alma, desgarrada también, tal impresión de dolor, que no podré manifestársela. Conocedor, como fuí, de las dotes y virtudes que adornaron á esa excelente matrona, aquílato el dolor de U. y el de su digna familia. No sólo son el esposo y los hijos los que sufren la pérdida: somos los amigos todos; es la sociedad, en general; pues la desaparición de una Señora como mi estimada amiga deja un vacío que no puede repararse.

Compadre mío, si la Religión santa no viniera á ponerse de por medio, cuando nos aquejan trabajos como éste, ¿qué sería de la triste humanidad?

Las virtudes que practicó en la tierra la han llevado al cielo, y ella misma, desde el trono del Señor, implorará, para su esposo é hijos, no consuelos, porque estos no caben, pero sí santa resignación.

Su comadre, su ahijada y toda mi familia han visto como suyo propio el dolor de Ud., y yo, que lo acompaño con mi alma, me repito de Ud. invariable amigo, compadre y S. S.

J. A. Polanco.

Loja. Agosto 5 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado Señor y amigo:

¡Pluguiese al Cielo que jamás me llegase la tristísima ocasion de dirigirle esta carta! Impresionado profundamente, con la triste noticia del fallecimiento de su digna Señora, he sentido de corazón la irreparable desgracia que le ha sobrevenido, por cuyo alivio hago al Cielo votos los más sinceros y fervientes.

Su muy obediente y afectísimo amigo
S. S.

Darío E. Palacios.

Quito, Julio 21 de 1891.

SR. DR. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy respetado Sr. Dr.:

Con profundo sentimiento he recibido la noticia de la muerte de la estimable Señora de Ud, y supongo cuán grande será el pesar que abrumba su corazón, tan tierno y amante.

Bien sabe Ud., Sr. Dr., que esta miserable tierra es un verdadero valle de lágrimas, y que la patria de las almas justas no puede reducirse á la pequeñez y miseria de este destierro. Por tanto, la Señora su esposa había llegado ya al punto en que Dios la quería, para darle la recompensa que le merecieron sus eximias virtudes de esposa y de madre. No la ha perdido, pues, Ud., en el lenguaje católico: ya está ella descansando y gozando en el seno de Dios, poderosa más que nunca, para consolar al tierno esposo, que aún tiene que soportar el peso de esta miserable vida, y para amparar á los pobres huérfanos, á quienes no les faltará, desde lo alto del cielo, la materna solicitud, de la que no es más que débil sombra la más afectuosa en este mundo.

Dígnese, Sr. Dr. aceptar el más sentido pésame del Hermano Visitador y demás Hermanos de esta Comunidad, y muy en especial el de éste su obsecuente S. S.

Hermano Miguel.



Guayaquil, Julio 29 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Amigo mio:

Calamidades domésticas, que me han obligado á salir al campo, han sido la causa de que no fuera yo el primero en manifestarle una vez más que no olvido al amigo con quien me unen los vínculos sagrados de la gratitud.

No es el deber, no es la correspondencia á su carta de pésame, con motivo del fallecimiento de mi adorada madre, el móvil que me impulsa á dirigirle estas líneas, no: es la imaginaria contemplación del cuadro que á Ud. rodea, con motivo de la eterna separación de su digna esposa D^a Jesús, á quien Dios haya acogido en

su seno, la que me hace decirle, con toda la efusión de mi alma: “Tenga presente, mi querido amigo, que, cuando la Providencia nos depara golpes tan rudos, es porque necesita probar la naturaleza de nuestro espíritu para cosas mayores y sufrimientos mas intensos”. No suponga, por esto, que yo intente consolarle, en tan tremenda desgracia; porque bien sé que cuanto hiciese por conseguirlo sería inútil: me conformo, por ahora, con decirle que su duelo es mío y de toda mi familia, y con recordarle que debe conservar su existencia, para velar por los huérfanos. que en prenda le ha dejado la que tanto amó.

Le abraza de corazón su afectísimo S.S.

Cesáreo Carrera.

—s—

Quito, Enero 6 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi respetado Señor y amigo:

Con fecha 19 de Diciembre me ha honrado Ud. con una carta en que me agradece por la insercion, en la *Revista Ecu-*

toriana, de la bella elegía que Ud. dedicó á la memoria de su llorada esposa. No hice yo, con ese acto, otra cosa que dar á Ud. una prueba de mi sincera condolencia y, al mismo tiempo, hacer justicia al mérito literario de la obra artística. Eso era para mí un deber, no sólo de amistad, sino también de conciencia.

Tiene Ud. mil títulos al respeto y gratitud de los jóvenes, por haberlos etimulado siempre á perseverar en el cultivo de las ciencias y de las letras. Dígalo, si no, la distinguida juventud azuaya, que tanto debe á los inteligentes esfuerzos y benévolos aplausos de Ud.

Era imposible para mí dejar á la modesta *Revista* que dirijo sin insertar tan hermosa composición en ella; pues el *año literario* de 1891 hubiera quedado incompleto, de otra manera.

Reitero á Ud. mis respetuosas consideraciones, y quedo, como siempre,
Su afftmo. amigo y S. S.

Vicente Pallares P.



Guayaquil, Julio 22 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy distinguido Señor:

Enfermo aún del cuerpo y del espíritu, amigo íntimo de mis recordados Carlos y Juan Bautista, cuencano con toda mi alma, y de Ud. su discípulo agradecido, cuando menos; acompañole con profundo sentimiento, en el horrible pesar con que la Divina Providencia, desprendiendo á U. de su inmejorable esposa, ha puesto en dura prueba su inquebrantable y cristiana resignación.

Y, sin hallar expresiones propias de mi sentimiento, sólo deseo y espero que la misma pura y fiel compañera que ha perdido, la ejemplar Señora del país, la madre modelo, derrame, desde la gloria, sus bendiciones en el hogar desolado de Ud., y de sus tiernos hijos.

Siempre su afftmo. amigo S. S.

Carlos Joaquín Córdova.

Quito, Julio 25 de 1891.
SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Señor y amigo de todas mis consideraciones:

Con profunda pena he sabido la muerte de su digna esposa de Ud., la S^{ra}. D^a. Jesús Dávila y Heredia, que, mientras vivió en este mundo, supo granjearse la estimación y el respeto de cuantos tuvieron el honor de conocerla y tratarla, según resulta de los datos que me han dado personas fidedignas. Para los que tenemos fe, la S^{ra}. D^a. Jesús se ha ausentado á las regiones de la inmortalidad, donde la veremos mañana, llena de regocijo y de gloria.

Acompañando á Ud. en su pesar, me es muy honroso reiterarle los sentimientos de sincero afecto, con que me suscribo de Ud. obsecuente amigo y seguro servidor.

Leonidas Batallas.

Ibarra, Julio 22 de 1891.
SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Considerado Señor y amigo:
En momentos de un acontecimiento

tan triste para su casa, como para Cuenca, no me supongo, ni como sacerdote, tan poderoso, que pueda menguar algún tanto su cruel dolor; ni me toca hacer otra cosa que elevar mis votos al Cielo, pidiéndole al Dios vivo que se compadezca y dé su apoyo y fortaleza á un corazón huérfano de su esposa, rodeado de otros corazones de niños y niñas, que lloran, en su soledad, la ida de ese ángel á los cielos. Sí, mi ejemplar amigo, ahora tócale á Ud. dar una gran lección de conformidad y resignación, á su noble corona de hijos y á todo el pueblo de Cuenca, adorando rendidamente los designios de la Providencia sobre su familia, y diciendo con Job: “El Señor me la dió; el Señor me la quitó”....

Pero sí me permitirá asociarme á Ud. en sus sufrimientos, y deplorar con Ud. la desaparición de una de las matronas que aún quedaban en el pueblo azuayo, de aquellas que puso Dios para modelo de madres cristianas. Tengo la gloria de amar á Cuenca, y así como sus triunfos y sus glorias son míos, así lo son, y con mayor razón, sus desgracias, sus catástrofes, sus pérdidas, como ésta.

Disimule, Señor, que haga mis cóm-

putos y diga que, así como, el día 9 de Julio de 1889, perdió mucho Cuenca, así acaba de perder muchísimo, el 9 de Julio de 1891. Los sucesos infaustos parece que se vinculan en determinadas fechas.

Ahora se nos quita, como entonces, el timbre de la sociedad, el encanto de la virtud, el dechado de las madres, la flor de las matronas, la irradiación del talento del hombre en las sienes de la mujer, el tipo de la sólida piedad, el modelo de la grandeza humilde, y, cabalmente, estas virtudes, que todos conocemos, fueron la causa por la cual Dios la llamara pronto á su gloria.

Como tanto se aman á las almas buenas, por esa natural simpatía con que lo bueno atrae á lo bueno, creo yo que las almas que nos han dejado en los dos *nueves* se han dado cita en la gloria. Mercedes Ruiloba vino por su amiga y hermana, y la llevó al cielo.... No lloremos: ellas se han dado el abrazo de un amor perpetuo, y viven eternamente en el seno del Señor. Mañana estaremos con esas hermanas nuestras. Sigamos los senderos que ellas nos han trazado.

Tócame, como Prior, hacer, el día trigésimo, la misa y exequias por el descanso

del alma de su amadísima esposa, en Ibarra ó en Tulcán, lo mejor que pueda. Su afftmo. capellán y amigo.

Fr. Domingo M. Naranjo.

—s—

Santa Lucía, á 4 de Agosto de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Respetado Sr. y amigo:

Por los periódicos de Guayaquil, me he impuesto del fallecimiento de su digna esposa.

Mucha pena me ha causado esta triste noticia, y más cuando hay seres que son irremplazables.

Cuando hablé con el Sr. Dr. D. José Rafael Arízaga (Q. D. D. G), de Cuenca, de sus hombres y matronas notables, su distinguida y lamentada Señora de U. ocupaba preferente lugar en la merecida alabanza; y esto me consuela ahora algún tanto porque la virtud vive siempre clara y resplandeciente. El que descansa en la tumba, después de haber sido modelo en la terrena peregrinación, justo es

que sea llorado; pero más justo es que sea bendecido, por el ejemplo que deja, imperecedero y santo.

Los que vivimos aquí, lloramos á los que se van, y, ellos, si les fuese posible, llorarían por nosotros, con mayor sentimiento, porque nosotros sí que somos desgraciados.

Lloremos, pues, ya que es tal nuestra condición; lloremos á los que hemos amado, y se han ido, dejándonos solos; lloremos; que también la amistad, verdadera y desinteresada, acompaña al amigo con su sentido pésame y pobres oraciones.

De U. su afmo. atento y S.S.

R. L. Nieto.



Esmeraldas, 12 de Agosto de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi muy estimado Dr. y amigo:

Por el periódico "Los Andes" me he impuesto, con hondo pesar, de la irreparable pérdida que U. acaba de sufrir, con la muerte de su amada Señora, quien fué,

como esposa, modelo, como madre, tierna y cariñosa, y, como cristiana, la verdadera católica, en quien resplandecía la virtud. Cuánto siento herir más, con estos recuerdos, su corazón, que se halla cruelmente atormentado; pero, Señor y amigo, ¿qué podemos hacer, para curar tan cruel herida? Un justo tributo de lágrimas y elogios merecidos debemos á la difunta, y, si algo puede consolarnos, es que los días de esta vida, llena de vicisitudes y sufrimientos, son cortos, y aspiramos á otro fin, para el que hemos sido creados: ésta es mi esperanza. Allá, en la patria de los justos, volverá U. á encontrar y poseer, por toda la eternidad, á la que ahora llora en este valle de miserias, en cuyo duelo le acompaño, desde este destierro en que habito.

Ojalá que mi leal amistad y adhesión para U. pudieran consolarle; pero no tienen ese poder, y así, el consuelo único que deseo para Ud. lo hallará en las santas máximas de nuestra religión, á cuya fuente inagotable le suplico que recurra, como lo desea su muy afecto amigo y S.S.

José María Almeida.

Lima, Agosto 2 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi distinguido Sr. y amigo:

Por los periódicos venidos últimamente del Ecuador, me he impuesto, con profundo sentimiento, de la gran desgracia doméstica que acaba U. de experimentar, con la pérdida de su idolatrada esposa.

Este infausto acontecimiento, que ha enlutado un envidiable hogar é inundado en lágrimas el corazón de U. y de sus queridos hijos, constituye también una positiva desgracia para nuestra sociedad, por el vacío que ha dejado en su seno la desaparición de una excelsa matrona, á quien Dios se sirvió dotarla de tantas y tan honrosas virtudes, durante su misión sobre la tierra, para premiarla, después, en el cielo.

Reciba pues, Señor, el más sentido pésame de mi parte y de la de mi esposa, junto con los votos que hacemos por que la Divina Providencia cicatrice las heridas de su alma y le dé la fortaleza que

ha menester, para sobrellevar con cristiana resignación la rudeza de semejante golpe.

Queda considerando á U., desde aquí, en su tribulación, su muy atto. amigo y S.S.

Julio H. Salazar.

—*o*—

Lima, Diciembre 10 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Estimado Señor y amigo:

Creo no extrañará U. que yo le escriba, á pesar de las divergencias políticas que se han interpuesto entre nosotros dos; pues bien sabe U. que, ante un suceso lamentable, sólo se obedece al corazón y á la amistad. Hoy no veo en su respetable persona sino al amante esposo, sin la dulce mitad que hacía su dicha; al amoroso padre, sin la tierna madre de sus hijos; al cumplido jefe de la familia, sin su centro principal; al sensible poeta, devorando toda la amargura del dolor más justo, intenso, terrible y cruel, del cual participamos todos

Usted ha perdido al ángel de su hogar; la Patria á una de sus más dignas matronas; la culta Cuenca á uno de los mejores ornatos que tenía su estrado; mi esposa y yo..... á una amiga, que, sin conocernos siquiera, tenía, quizá, la generosidad de serlo. Ella y yo acompañamos á Ud en su honda pesadumbre, y los dos le pedimos que, después de llorar sobre la tumba de la que fué su virtuosa compañera, beba en las purísimas fuentes de la religión y la filosofía los poderosos consuelos que ellas ofrecen al mortal que sufre. No olvide Ud. “que el dolor debe tener un lugar en el corazón del hombre, pero no un imperio”: éste, sólo por la razón debe ser ejercido.

Quiera Ud. aceptar los sinceros votos que, por su conformidad y consuelo, hace su antiguo amigo y atento S.S.

Victor Proaño.



Barcelona, Setiembre, 5 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Respetado Señor y amigo de mis consideraciones:

He sabido que U. ha sido visitado por

una terrible desgracia, la de perder á su digna Señora, y no quiero que, entre las cartas de pésame de sus amigos, falte la mía; pues, si es verdad que soy el último de ellos, es también cierto que he sido de los primeros en asociarme á su justo dolor y en desear que el consuelo, si puede haberlo en su caso, no se haga esperar largo tiempo.

Basta con lo dicho, para manifestarle que la inmensa distancia á que nos hallamos no ha sido parte á disminuir el afecto y las respetuosas consideraciones que le he profesado, consideraciones y afecto que, con este motivo, me es grato renovarle.

Su muy afectuoso amigo y S.S.

J. Trajano Mera.

—o—

París, 25 de Agosto de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Mi bien estimado amigo y Señor:

Con la más profunda pena, me he impuesto, por los periódicos de ese país, de la terrible pérdida que U. ha sufrido.

No vengo, desde esta distancia, á exasperar el desconsuelo de U., con la vana pretensión de ofrecer algún alivio á su herida dolorosísima. Bien comprendo, amigo mío, que, ante la tumba que encierra á la compañera de toda una vida, la amistad no puede ni debe intentar otra cosa que un apretón silencioso de manos. Èste es el que he querido enviar á U.; porque, aún al través de la distancia, me es permitido manifestarle al amigo apreciado la participación que tomo en sus aflicciones.

Deseo que se conserve la salud de U., y, sin querer ocuparme de ninguna otra cosa en esta carta, me repito su sincero, afectísimo amigo y S.S.

M. J. Kelly.



Lima, Febrero 23 de 1892.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Muy estimado Señor y amigo:

Cuando pensaba dirigir á U. una sincera felicitación, al mismo tiempo que á mi muy querida Patria, por la bien me-

recida prueba de confianza y de gran estimación que le han dado mis compatriotas, haciéndole obtener un espléndido triunfo, para llevarlo á ocupar el primer puesto de la Nación, con la plena seguridad de que sabrá U. corresponder dignamente á todas nuestras esperanzas; cuando, entusiasmada, me preparaba á ello, me encontré anoche tristemente sorprendida con un folleto que nuestro amigo el Señor Don Victor Proaño tuvo la bondad de enviármelo. ¡Ay, amigo mío muy estimado, amigo tan querido y recordado por mis idolatrados padres! quisiera yo saber darle, por lo menos, una pequeña idea de la tristísima y cruel impresión que sentí, al leer aquel *¡Adios!* que U. ha dedicado á su digna y malograda esposa, cuya sensible muerte ignoraba yo, por haber estado ausente de Lima.

Sin embargo de los años que han transcurrido, la recuerdo á ella, y su simpática é interesante fisonomía la tengo impresa en el alma. Ya que poder manifestarle mi inexplicable sentimiento lo considero imposible, permítame, amigo mío, asegurarle que he unido mis lágrimas á las muy justas que U. ha derramado á torren-

tes por ella, y que creo poder valorizar mejor que cualquiera otra persona; pues que yo, como U., he lamentado el rigor de mi triste suerte, al perder para siempre al compañero de mi vida, y he tenido, como muy bien lo dice U., en su expresiva y preciosa despedida, que *beber á torrentes en ese mar de amargura, buscando, llorando, llamando y helándome de espanto, al ver que no asoma*. Indudablemente que *noche en el corazón, noche en el alma*, y esa *quietud profunda* son lo que nos queda como legado único. Ah! verdaderamente, *cuán lento cuán largo parece cada instante*, cuando así se sufre! Son los pesares los que palpitan en nuestra memoria, llenándola de acerba hiel, cuando ha desaparecido para siempre un ser tan amado, esa *mitad de alma*, cuya pérdida viste de eterno luto la existencia.

La única esperanza es volver los ojos á nuestro buen Dios, como U. lo ha hecho, mi gran amigo, diciéndole *¡Ten lástima de mí, Dios Soberano!*, y á ésa *Madre del infeliz que no la tiene*, para poder continuar cruzando el inmenso erial de la existencia, con los pies ensangrentados y el corazón destrozado por el infortunio, persuadidos cada vez más de que

la felicidad completa no existe en este valle de miserias; pues en todos los estados y circunstancias de la vida, hay mil sinsabores, por un momentáneo placer. Los goces efímeros con que nos fascina el mundo, son bruscamente interrumpidos por enormes sufrimientos; de tal modo que el benéfico influjo ejercido en nosotros por la alegría, es tan fugaz, nos acompaña tan corto tiempo, que los rápidos instantes de aquella puede decirse que no existen.

Reciba U., mi estimado amigo, todos los sentimientos de mi más sincera amistad, en las tristes circunstancias por las que U. atraviesa, así como los más expresivos recuerdos de mi madre, hermanas y hermanos.

Deseando con toda mi alma que los consuelos de nuestra Santa Religión puedan ser un lenitivo á su justo pesar, le encargo un especial saludo á toda su respetable familia y me repito su más sincera amiga.

Felicia Nash V. de Blondel.



Quito, Julio 15 de 1891.

SR. DR. D. LUIS CORDERO.

Cuenca.

Señor y amigo mío estimadísimo:

Ha querido Dios, en sus inescrutables designios, llamar á sí á ese ángel de luz y de bondad que Él mismo había puesto al lado de U., para que le calmase, con el poder de sus celestiales prendas y virtudes, las tempestades que á cada paso se levantan en el mar borrascoso de esta vida; y con tan tremendo golpe, cuya evidencia no puede concebirse sino por los que ya lo hemos sufrido, ha dejado envuelto por el más intenso de los dolores su noble corazón.

Pretender, pues, atenuar con reflexiones, en tales circunstancias, la cruel congoja que le devora, sería una locura, y convencidos mi esposa y yo de esta triste verdad, recurrimos con fe al Supremo Dispensador de todo bien, para que se digne derramar en el alma atribulada de U. el milagroso bálsamo de sus inefables consuelos, y haga de modo que tan duro golpe no llegue á acortar su vida, no menos

preciosa para su familia y amigos, que para esta desgraciada patria que nos vió nacer.

Reciba, querido Señor mío, estos votos, así como la expresión de mi sincera condolencia y el afecto incomparable con que soy de U. decidido amigo S. S.

Francisco J. Salazar. ()*

(*) Por cerrar dignamente esta sección, se ha dejado, de propósito, para el fin de ella la carta del ilustre General Salazar, que, poco después, había también de bajar al sepulcro, legándole al afligido esposo de Jesus Dávila la onerosa candidatura para la Presidencia.

PARTE QUINTA

POESÍAS

DOLOR DEL POETA

AL SR. DR. D. LUIS CORDERO, EN LA
MUERTE DE SU ESPOSA.

¿Qué dolor como el suyo?..... Horrendo caso
En que súbito el cielo se desploma,
Y de repente, interrumpido el paso,
Por los senderos del abismo toma.

Se inclina el sol en el perenne ocaso;
La fría sombra en el hogar asoma,
Y roto el cuerpo, derramando el vaso
De aromas, huye al cielo la paloma.

Y mudo el Bardo, á su dolor se abrasa,
Y sangrienta en el pecho la ancha herida,
Rueda en la soledad, cual polvo inerte....

Señor, si el dardo tuyo le traspasa,
¿Para qué guardas su desierta vida,
Que lleva los estigmas de la muerte?.....

Remigio Crespo Toral.

A MI HERMANO LUIS

EN EL FALLECIMIENTO DE SU ESPOSA LA
SRA. JESÚS DÁVILA.

I.

No vengo á consolarte, hermano mío;
¿Quién te ha de consolar?,
Vengo á verter mis lágrimas acerbas
En el común raudal.

Juntas deben correr; pues nuestros días
Corrieron á la par;
Juntas inunden de amargura y duelo
Tu solitario hogar.

Para formar un grupo infortunado,
Nueve huérfanos hay;
Congrégalos en torno, y ven con ellos
Y conmigo á llorar
La inmensa desventura que nos hiere
Con bárbara crueldad.

Un mundo, ayer, de hermosas ilusiones;
¿Quién las iba á contar?
Hoy, el recuerdo solamente queda,
Recuerdo y nada más!

Ayer de sus virtudes noble ejemplo
Tuvimos que imitar;
Hoy sólo vemos rastro luminoso,
Estela, que, al pasar
Ha dejado viajera navecilla,
Antes de zozobrar.

Brilló por un momento y extinguióse,
Cual meteoro fugaz:
Su mañana y su tarde se juntaron
En ese negro umbral
Que unos llaman aurora de la vida
Y otros eternidad!

Cayó como las hojas que el otoño
Agosta sin piedad,
Como palma tronchada en el desierto
Por furioso huracán

II.

Pasó para ella el tiempo de la prueba;
Cesó la tempestad;
Voló al seno de Dios, donde la dicha

No fenece jamás.
Llorémosla dolientes; mas el llanto
No nos la volverá.

.....
.....

III.

De hoy más, rompe tu lira, y que sus cuerdas
No tornen á vibrar;
Pero, si cantas, que tu canto sea
Gemido sepulcral,
Triste como la brisa de las tumbas,
Profundo como el mar;

O un himno, que se eleve á las regiones,
De inmensa caridad,
De fe sincera, de esperanza firme;
Y entonces obtendrás
La corona de gloria prometida
Al infeliz mortal
Que acepta resignado la de espinas,
Como bendito don de la Deidad.

Cuenca, Julio 14 de 1891.

Vicente Cordero Crespo.

A MI AMIGO

EL EMINENTE POETA DR. D. LUIS
CORDERO, EN LA MUERTE DE
SU ESPOSA.

¡Atónita, pasmada, estremecida
Tu alma, ante esa ceniza idolatrada,
Siente la negación, siente la nada
Del moral universo y de la vida!

Poeta! en tu congoja sin medida,
Vuelve hacia lo Infinito la mirada:
En medio de tan mísera jornada,
No es ésa, irrevocable despedida!

Mientras tú reposabas un instante,
Salió á explorar tu dulce compañera
El camino futuro, vigilante:

En otra etapa cósmica te espera,
Para guiarte, cual Beatriz al Dante,
De esfera, precediéndote, en esfera!

Guayaquil, Julio 15 de 1891.

Numa P. Llona.

HOJA DE CIPRES

Oh, vedle! el noble bardo,
En su dolor sublime,
Al golpe del destino inexorable,
Desesperado gime;

Que ella, en el hosco piélago
Del mundo, fué su norte,
La musa inspiradora de sus cantos,
Su angelical consorte.

Mas vuelve en sí y contempla
De sus hijos el llanto,
Lenguaje que proclama las virtudes
Del maternal encanto;

Y alza entonces la frente
Y exclama con anhelo:
“Su memoria adoremos, que en la vida
Huella es de luz, que nos dirige al cielo”.

Ambato, Julio 20 1891.

Celiano Monje.

PLEGARIA

ANTE LA TUMBA DE LA QUE FUÉ SRA. JESÚS
DÁVILA, ESPOSA DEL SR. DR.
D. LUIS CORDERO.

Su noble faz no miro complacido;
Su voz en mis oídos ya no zumba:
¡Rayo aleve, sin fuego y sin bramido,
La sepultó en los antros de la tumba!

.....
Semejaba, al hablar, su dulce acento
Plácido son de manantial distante:
A influjo del dolor, era su aliento
Tímida queja de aura sollosante.

Su púdica mirada competía
Con la luz de una estrella en lontananza,
Y su sonrisa cándida lucía
Como un iris de paz, de bienandanza.

Modelo de virtudes, en su frente
Irradiaba, cual luz, la inteligencia;
Corazón limpio y á la par ardiente,
Revelaba el candor de la conciencia.

En ella Dios, con mano generosa,
Depositó tesoros de dulzura:

Amante, como fiel y casta esposa;
Como madre, un oceano de ternura.

.....
.....
Mas hoy, oh faro de tu hogar! á dónde,
Dónde vas, olvidando tu destino?
Jamás en noche eterna el sol se esconde,
Negando luz al pobre peregrino!

¿No escuchas del amor las tiernas quejas,
Allá en el seno del hogar amado?

¿Todo en el mundo para siempre dejas,
Balbuciendo, al partir, tu adiós helado?

Yo me acerco á la huesa solitaria,
Por contemplar allí tu noble faz;
Mas sólo encuentro, en piedra funeraria,
Esculpido tu nombre y nada más!

Si, deseando escuchar tu dulce acento,
Lo reclama mi voz con triste nota,
Sólo responde el susurrar del viento,
Que el pardo musgo de la tumba azota.

Entre sombras se envuelve el cementerio;
Ante la fosa el alma se horripila,
Y en el silencio de este cruel misterio,
Mis sienes laten, mi razón vacila.

.....
.....
Grito de angustia, que mi pecho lanza,
Traspasa el éter con tu rauda vuelo.

Yo no la escucho ni la miro; avanza
Suplicante á las bóvedas del Cielo,

Y al Dios inmenso, que en la altura mora
Llévale mi pesar, mi honda agonía;
Dile que mi alma su clemencia implora
Cabe la losa de esta tumba fría.

.....
.....

Oh Dios Excelso! si tu mano pura
Rompió este vaso, de virtud colmado,
No lo dudo, Señor, allá en la altura
Su aroma sin rival habrá ostentado.

Pero nunca los tiernos pequeñuelos
Y el triste esposo, que su ausencia llora,
Hallarán otra vez, en sus desvelos,
La sonrisa de amor consoladora.

Despierte, pues, tu inmenso poderío
El yerto polvo de esa tumba helada:
¿No podrás animarla, Señor mío,
Tú que ayer la formaste de la nada?

Cuenca, Julio 17 de 1891.

Benjamín Urigüen.

Á LA VENERABLE MEMORIA

DE LA SRA. DA. JESÚS DÀVILA DE
CORDERO.

¡Bien hayas en el Cielo, sombra amiga!
Allí acabaron tus profundas penas;
Allí no hay horas de congoja llenas;
Allí sólo hay un Dios. — Él te bendiga.
J. M. B.

Si por ti suena, en dolorido acento,
El tierno y melancólico laud,
Que lleva errante y gemebundo el viento
Al torno de tu fúnebre ataud;
Hoy en el Cielo cánticos entona
De amor divino para ti el querub,

Donde tu frente cándida corona
Ciñe, vestida de sidérea luz.

Y si, angustiado, el corazón que te ama,
Tu nombre evoca en flébil oración,
Cubierto en llanto, que por ti derrama,
En su amargura y lúgubre aflicción;

Un himno santo de perpetua gloria
Oyes allá los ángeles cantar,
Y sin que nunca la fatal memoria
Hasta ti pueda del dolor llegar.

Dichosa tú, que, en celestial ventura,
Un mundo habitas de infinito amor,
Y eterna vida para tu alma pura
Sin cesar vierte pródigo el Señor.

Vive feliz en la mansión hermosa
Del que fué humilde víctima en la Cruz;
Que, si en la tierra es pálida tu losa,
Allá tu vida es sempiterna luz.

Cuenca, Julio 11 de 1891.

Antonio Marchán García.

¡JESÚS DÁVILA DE CORDERO!

Tu existencia, tierna amiga,
Digna fué de una alma justa,
Y tu corazón el templo
De las virtudes más puras.

Días gratos, apacibles
Y de próspera fortuna,
Junto á tu esposo y tus hijos
Te dieron paz y ventura.

Y aquellas horas tranquilas
Pasaron una por una,
Sin que tu hogar de inocencia
Visitara la amargura.

Pero esos brillantes días
Cambiáronse en noche oscura,
Y las sombras de la muerte
Hoy tu santo asilo enlutan.

Mas siempre nuestros recuerdos
De dolor y de ternura,
Serán lámparas que alumbren
La oscuridad de esa tumba.

Cuenca, Julio 12 de 1891.

Manuel Eloy Salazar.

CONDOLENCIA

À MI ESTIMABLE AMIGO EL SR. DR.
D. LUIS CORDERO, CON MOTIVO
DE LA TEMPRANA MUERTE DE SU
DIGNA Y MALOGRADA ESPOSA.

— — —
Por mitigar un tanto la vehemencia,
Oh amigo! del mayor de tus dolores,

Tener querría de elevado numen,
Insinuante y fecundo,
El fuego, la expresión y los colores,
Para lanzar al mundo
Mi dolorosa idea,
En sonos dignos de la musa alcea.

Desde el siniestro día,
En que la parca impía,
Como hiena feroz, cayó en tu esposa,
Y en mansión pavorosa
De llanto y de pesares,
Trocó, iracunda, los risueños lares,
Tristemente mis horas han corrido;
Porque, á cada gemido
Que das, en tu tormento,
La misma pena que te oprime siento.

Canten otros del mundo
Las glorias soberanas;
Canten las dichas vanas,
Las pompas y placeres
De afortunados seres:
Yo sólo cantar quiero
De tu crüel estrella el golpe fiero.

¿Con qué la cruda muerte
La luz en sombras para ti ha cambiado,
Y en tu presente estado,
Sólo miran tus ojos,
Do ayer brotaban deliciosas flores,
Soledad y despojos?

¡Contraste horrendo, situación amarga!
Mas ¿qué remedio, mi excelente amigo?
En males que proceden
De la alta Providencia,
Para un cristiano, como tú, piadoso,
El remedio mejor es la paciencia.
Sufriendo resignados
Las penas de la vida,
Hallamos, poco á poco,
Del tiempo en el camino,
Para cualquier herida,
El aceite y el vino.

Tus cuitas y tus males
El patrimonio son de los mortales.
Yo también, como lloras,
En tus aciagas horas,
Mil veces he llorado,
Viendo de día en día
Tornarse en polvo mi familia toda.
¡Qué golpes no he sufrido!
Y en ruinas continuadas,
¡Qué bienes no he perdido!
Bienes que, en raudo vuelo,
Para siempre de mí se han alejado,
Cual sombras transitorias,
Dejándome tan sólo,
Para pena mayor, tristes memorias.
Por doquiera que miro,
Dando un hondo suspiro,

BIBLIOTECA
QUITO-ECUADOR

Sepulcros sólo encuentro;
Rotos mil tiernos lazos;
Prendas del corazón hechas pedazos.

Soportemos, amigo, soportemos
Los contratiempos de la vida humana.

A padecer nacimos,
Y Dios nos manda saborear la copa
De acibaradas penas.

Esclavos miserables,
En vano lucharemos,
Si ominosas cadenas,
Con mano débil, destrozar queremos.

Mas, si, en tu angustia, las razones más

A despejar no bastan
La bruma de tus días,
Atiende, por lo menos, á las voces

Con que tu misma esposa
Te dice, desde el cielo,
Al contemplar tu amargo desconsuelo:

*¿Por qué te abates y mi tumba riegas
Con llanto interminable?*

*Si he muerto pronto, y en mi edad florida
De ti me he separado,*

*Morir para vivir me fué preciso,
Y Dios, por esto, que muriese quiso.*

*La vida de los justos
Nunca puede llegar á ser premiada*

*Por un Dios justiciero,
Sin que pasen primero*

*Por el desierto de la tumba helada.
¿Qué de la virtud fuera,
Si el día de la muerte no viniera?
¿Por qué otro medio recibir podría
Su recompensa, su inmortal corona?
No te atribules tanto;
Modera tu pesar y tu quebranto.
Si viva estoy, y á la mansión gloriosa
Me ha levantado la bondad divina,
¿Por qué te afliges, cuando soy dichosa?
Mi gloria y mi ventura
¿Te excitan al dolor y á la amargura?
Porque gustosa vivo,
De la perpetua luz en las regiones,
¿Infeliz te supones?
Si yo soy en los cielos venturosa,
¿Tú en la tierra podrás ser desgraciado?
Acógete á la fe; no me lamentes:
Por lauros que muriendo he conquistado,
No me place que sientas como sientes.
¿Qué es mi separación? Un corto instante:
Confía en que muy pronto nos veremos,
Con gozo inextinguible,
Y juntos en la patria moraremos
De paz indestructible.
Santifica, entre tanto, tus dolores,
Y haz que mis hijos, á tu amor confiados,
Aunque no gocen ya de mis cuidados,
En tus virtudes mis virtudes vean,*

Para que buenos y felices sean.

Prestando tus oídos
A tales reflexiones,
Dar pábulo no debes
A intensas y continuas aflicciones.
Por límite á tu pena, contemplando
Que el mal que te anonada
Y en llanto te deshace,
De las mudanzas nace
A que todo en el mundo, por decreto
De un numen superior, está sujeto.

¿Qué dicha, qué dulzura,
Qué objetos de cariño y de ternura,
Qué grandeza mundana,
Qué fortuna opulenta
La negra tumba no devora hambrienta?

Todo en el mundo acaba, caro amigo;
Todo en la noche del olvido cae;
En todo extiende la implacable muerte
Su manto tenebroso.

Aun este sol hermoso,
Que hoy nos brinda su luz y su alegría,
Cuando le llegue su postrer instante,
Del mundo en la agonía,
Convertida en carbón su faz radiante,
Cadáver será un día.

Cuenca, 6 de Agosto de 1891.

Tomás Rendón.

¡ADIOS!

A MI TIERNA Y MALOGRADA ESPOSA
JESÚS DÀVILA Y HEREDIA.

Versos de fuego, con mi sangre escritos,
Que condensen mis ayes infinitos
En un solo clamor, y á la futura
Edad trasmitan el recuerdo infausto
De ésta mi incomparable desventura;
Versos que inmortalicen tu holocausto,
A par de mi agonía,
Versos que lloren de los dos la suerte,
Quisiera componer, para ofrecerte,
¡Mitad difunta de la vida mía!

Pero ay! que, mientras yerta
Duermes, en el silencio de la fosa,
El sueño de que nunca se despierta,
Consternación crüel, pena espantosa
Roen mi corazón, y en trance tánto,
Si bien puedo exhalar tristes gemidos,
Prorrumpir en funestos alaridos,
Bronca la lira, se resiste al canto.

¡Desdichado de mí! cómo quisiera
Dejar al punto tu siniestra casa,

Y, cual herido ciervo, á quien traspasa
De aleve cazador bala certera,
Aturdido cruzar monte y llanura,
Y correr, y correr, sin rumbo cierto,
Hasta caerme muerto,
Allá en el fondo de una selva oscura!...

Triste que muere, sus congojas mata,
Y éste el remedio de mi mal sería;
Mas ¡oh martirio! la fortuna impía,
Que el más estrecho vínculo desata,
Quiere extremar conmigo su violencia;
Pues, con los restos mismos que han queda-
Del lazo de mi amor, me ha sujetado (do
A la roca fatal de la existencia.

¡Reliquias de mi bien, huérfanos míos,
Que, gimiendo, aterrados y sombríos,
Me circundáis en grupo tembloroso,
Vosotros el precioso
Derecho me quitáis con que podría
Postrarme de rodillas ante el Cielo,
Y el inmediato fin de vida y duelo,
Suplicios ambos, impetrar hoy día!

¡Extraña condición! Yo, que á torrentes
Voy á beber del mar de la amargura,
Os debo consolar, prendas dolientes
De mi muerta ventura!
Mas ¡cómo aliviareé vuestro tormento?
¡Qué luz, para mi rostro macilento;

Para mi mustio labio, qué sonrisa;
Qué lenguaje, á consuelos adecuado,
Podrá darme este inerte y desolado
Corazón, que en tinieblas agoniza?

¡Señor, cuando tu arbitrio inescrutable
Sentencia de orfandad dicte severa
Contra humana familia miserable,
Sea el padre la víctima primera,
Y á la débil infancia, que, inocente,
En el regazo maternal anida,
Del materno calor saca la vida,
No la dejes sin madre, Dios clemente!

¡Piedad, Señor! mis hijos la han perdido:
El mayor infortunio de la tierra
Sobre estos infelices ha caído.
Verdad que es suyo cuanto amor encierra
Mi pecho lacerado,
Amor que, con la ausencia perdurable
Del ídolo de mi alma, se ha doblado;
Mas ¿dónde la inefable
Ternura, los afanes, los desvelos,
Y ese caudal de halagos sin medida
De aquel ángel bendito de mi vida,
Custodio de mis pobres pequeñuelos?

¿Quién soy, desde que faltas, dueño amado,
Sino un huérfano más, que, despojado
De tu inmenso cariño,
Te busca sin cesar por donde quiera,

Te llora amargamente, como un niño,
Y te llama, y te espera,
Y, como no contestas, se sorprende,
Y de ver que no asomas, se horroriza,
Y hiélase de espanto; pues comprende
Que ya no eres, mi amor, más que ceniza?

¡Oh desastre fatal! oh golpe rudo!
¿Quién anunciarme pudo
Que el prematuro fin lamentaría
De tu fresca y lozana
Juventud, de tu noble bizzaría,
Del cultivado brillo de tu mente,
De ese anhelo continuo y diligente
Con que eras en tu hogar la soberana
Experta y laboriosa,
Madre excelente, singular esposa?

De cuanto fuiste tú, ya no me queda
Sino la imagen de tu rostro amado,
Que, previsor, el arte ha conservado,
Para que, en medio de mi angustia, pueda
Mirarla y suponer que noche y día
Vives en mi amorosa compañía.
Ella es mi talismán y mi tesoro,
La única joya que en el mundo estimo,
Y, cuando á voces mi desdicha lloro,
Contra el viudo corazón oprimo. . . .

Consuelo de mis penas, ¿por qué acabas
Tus juveniles años de repente?....

Trunca dejas la tela que bordabas;
Abierto aún el libro que leías;
Suspensa la cristiana y elocuente
Instrucción que á tus hijos dar solías;
Toda labor doméstica turbada;
Toda esperanza de los dos burlada. . . .
Ay! con razón, encanto de mi vida,
Al contacto postrero de tu mano,
Exhaló gemebundo tu piano
Notas de lastimera despedida. . . .

Pronto florecerán tus azucenas,
Y después tu magnolia favorita
Su esencia brindarános exquisita,
En níveas copas, de rocío llenas.
Aun las de nuestro amor flores preciadas,
Que, en aljófara de lágrimas bañadas,
Son la mejor corona de tu duelo,
Puede ser que, pasado el negro día
De llanto y desconsuelo,
Cobren nuevo vigor y gallardía. . . . (a)

De entre las bellas rosas que cultivo,
A una, la más preciosa,
Dí de tu dulce nombre el atractivo.
Y es *rosa de Jesús* aquella rosa.
Ya con botones de fragante grana,
Soberbia de ser tuya, se engalana.
Malogrado primor! vana hermosura!

(a) Habla de sus hijas.

Ahí estás, mi JESÚS, flor de mis flores,
Con el brote postrer de mis amores,
Marchita en la desierta sepultura!....

¡Oh cuán lento, cuán largo, me parece,
Desde que tú no existes, cada instante!
Ha quedado mi dicha tan distante,
Que en lóbrego confín se desvanece.
Así suele, después de claro día,
Prolongarse la noche tenebrosa,
Y ni vestigios hay de la radiosa
Lumbre que en el cenit resplandecía.....

¡Ten lástima de mí, Dios soberano!
Mi corazón se turba y anonada
Al peso de tu mano.
Con la luz de mis ojos apagada,
Y la carne á los huesos adherida,
Hastiado de mí mismo y de la vida,
Adusto, cual el cárabo en su grieta,
¿Cómo, si me abandonas, Padre mío,
Resistiré á tu excelso poderío,
Que me clava en el pecho la saeta?

Sus días fueron sombra, fueron humo:
He ahí que la agostaste como el heno
Que siega el labrador en la mañana. . . .
Sólo tú no te cambias, Poder Sumo,
Que impasible dispones y sereno
La sucesión de seres cotidiana.
Cuando perezca el orbe que fundaste,

Envejecido el cielo, se desgaste,
Y á desplomarse vaya la opulenta
Máquina de los mundos al abismo,
La mudarás, cual rota vestimenta,
Y quedarás el mismo. (a)

Pero ¿qué es de la humana criatura,
Que hiciste á tu divina semejanza,
Dándole un rayo de tu lumbre pura
Y el poderoso imán de la esperanza,
Si, á pesar de sus ansias de lo eterno,
La total destrucción que le rodea
Mira, con esa luz, odiosa tea,
Que le enciende las llamas de un infierno?

¡Perdóname, Dios santo, que estoy loco!
Loco? ! Dichoso yo, si lo estuviera,
Y el juicio, que quitárame hace poco,
Tu augusta potestad me devolviera!
Y, desgarrado el velo que cubría
De pavorosa lobreguez mi mente,
Brillará para mí súbitamente
La aurora de otro día,
Y despertase de mi horrible sueño,
Oh delicia, en los brazos de mi dueño!

Y aquel amargo adiós que ella me daba;
Los tristísimos ayes que exhalaba;
La tierna bendición con que á sus hijos
Por siempre de su lado despedía;

(a) Reminiscencias bíblicas.

Aquellos ojos lánguidos, que fijos
En el cielo tenía;
La mortal palidez de su semblante;
Su actitud de paloma agonizante;
Su sacrificio, en fin, y esos clamores
Que en torno á su cadáver estallaron,
Fuesen sólo fantásticos dolores,
Soñadas amarguras, que pasaron!

¡Paraíso de mi amor, Azuay querido,
Que tuya has hecho la desgracia mía,
Con cuánto regocijo te diría:

Dejemos de llorar; no la he perdido!

Por tus plazas y calles la llevara,
Con el mismo contento y algazara
De la feliz mujer que halló su perla,
Y tu pueblo sensible y generoso,
Llamándome dichoso,
Me colmara de plácemes, al verla. . . .

¡No, Señor! ya me postro y me someto
Al horrible decreto

Que contra mí fulminas.

¡Qué se cumplan tus órdenes divinas!

Con la frente en el polvo las bendigo:

Sabia, tu providencia ha concertado

Un premio y un castigo,

Con separar al justo del culpado.

Se fué la gloria mía;

Se fué contigo, que mejor la amabas:

Yo no la merecía.

Mil veces comprendió que la llamabas ;

Mil veces me lo dijo de antemano ;

Aunque, al hablarme de su fin cercano,

¡ Insensato de mí ! no lo creyera.

Ay ! cuando ya no existe,

Saboreo el acíbar de aquel triste :

¿ Quién cuidará de ti, cuando me muera ?

¿ Quién cuidará de mí ? .. Nadie, amor mío :

Tu puesto está vacío.

Compañera adorada, ven á verme. . . .

Tu familia de huérfanos ya duerme ;

Desamparado estoy. . . . lúgubre calma

De silenciosa noche me circunda,

Noche en el corazón, noche en el alma :

Todo es quietud profunda :

Nadie te observará : sólo yo velo.

Acércate, por Dios ; dame al oído

El plácido mensaje que del Cielo,

Por favor, por piedad, me habrás traído.

¿ Cómo he de soportar esta condena

De forzado á la vida,

Si alguna vez, á mitigar mi pena,

No vienes, con tu amor, sombra querida ?

Espíritu inmortal, que al sacrosanto

Seno de Dios volaste,

Recuerda que en el mundo me dejaste

Náufrago de las ondas de mi llanto.

Yo debo perecer, si no me amparas;
Pero ¡ay, entonces, de las prendas caras,
Que mi dicha de ayer diera por fruto!
De orfandad doble vestirán el luto.

No! por más que me olvides, yo no puedo
La cadena romper con que ligado
Por el amor á la desdicha quedo.
Tú á la patria del bien te has encumbrado,
Donde tus hijas en la infancia muertas
Angeles eran ya, que te esperaban
Con las alas abiertas.

Cuantos pesares para tí se acaban,
Cuantos el mundo para mí tenía,
Cuantos, al caer tú, se han desatado,
Unidos, van á ser, desde este día,
El lote de tu esposo desgraciado.

¡ Emperatriz del cielo! á tu clemencia,
Con mi grupo de huérfanos, acudo:
Bajo tu amparo pongo su inocencia.
Cuando su buena madre ya no pudo
Hablar palabra del lenguaje humano,
Todavía tu nombre soberano
Con labio balbuciente pronunciaba,
Y hasta el último instante repetía;
Porque mi pobre mártir expiraba
Entregando sus hijos á María.

Madre del infeliz que no la tiene,
Recibe esta familia, que, á ser tuya,

Dejando en polvo la que tuvo, viene!
Tu divino favor le restituya
Todo el amor perdido.
Por tus penas de madre te lo pido.
Acógela benigna en tu santuario;
Sé su tierna y clemente protectora:
Después de tu orfandad en el Calvario,
Ya no debe haber huérfanos, Señora.....

A tus plantas los dejo, y peregrino,
Mientras tu santa protección los guarde,
Voy, en mi aciaga tarde,
A recorrer el resto del camino.
Solitario y errante en la jornada
Más penosa y difícil de la vida,
El alma, entre mis hijos y mi amada,
En sangrientas mitades dividida,
Auestas con el fardo ponderoso
De mi muerta ventura,
Salgo á buscar ansioso
Mi único porvenir, la sepultura.

¡Adiós, mi caro dueño,
Del cielo de mi amor astro extinguido!
Duerme en santa quietud el postrer sueño;
Yo, á continuar penando, me despido.
Mañana, que, al tormento de llorarte,
Desfallezca y sucumba,
Vendrán mis restos á pedir su parte
En tu fúnebre lecho de la tumba. . . .

Hasta entonces, adiós! — En la elegía
Que amor y desventura me han dictado,
Te dejo por ofrenda, esposa mía,
Mi pobre corazón despedazado!

Julio de 1891.

TU LUIS.

CONDOLENCIA

I

¡Qué espantoso clamor! ¡cuántos sollozos
Resuenan vibradores en mi oído!
¡Qué de llanto, qué de ayes dolorosos,
Hieren mi corazón desfallecido!
¡El pesado estertor del moribundo;
El trémulo vagido
Del que toca en el pórtico del mundo;
Los suspiros de madre solitaria;
El canto gemebundo
De abandonada esposa;
Del enfermo la tímida plegaria;
El eco de miseria pavorosa!
¡Qué horrísono concierto,
Al cual une su voz mi labio yerto!

Aquí y allá, donde los ojos posan
Inquieta la pupila,
El campo del dolor, donde rebosan
Las penas en que el hombre se aniquila;
Que le atormentan con feroz tortura;
Que le sumen en triste devaneo,
Y prolongan su horrible desventura,
Como en roca tenaz á *Prometeo!*

¡Qué cuadro de terror! ¡En la batalla
Con roncadas voces el cañón estalla,
Y, múltiple emisaria de la suerte,
Camina la metralla!

Hay, con todo, momentos de respiro;
Puede escucharse el lánguido suspiro
Con que en la lucha se desahoga el seno;
Y luego la victoria
Plega las alas, en su incierto giro,
Y lleva esos gemidos á la historia!

Empero, este combate
Que sostiene el dolor sobre la tierra;
El campo lastimoso de la guerra,
En que impotente el hombre se debate,
En medio del tormento,
Y se alza y brega con su horrendo sino,
Y cae como triste peregrino,
Juguete secular del sufrimiento
¡Es batalla sin fin, un campo eterno,
Acaso remembranza del *Averno!*

II

El constante pesar ha corroído
Aquel centro inmortal del sentimiento,
Y, en febríl atonía, ni el oído
Atiende el mustio general lamento . . . !

¡ Mas, el són de tu lira melodiosa
Y de tu flébil cántico, poeta,
Tu queja funeral sobre una fosa,
De tu suerte feliz temprana meta,
Despierta el corazón atribulado,
Y arranca, á la memoria de tu esposa,
Los ayes que tu pecho han lacerado !

¡ Derrama acerbo llanto,
Desahoga con un canto y otro canto
La poderosa angustia que te oprime !
¡ Del poeta la lágrima fecunda,
Benéfica y sublime,
¡ Con el lejano *Job*, con *Jeremías*,
En las horas de negro desconsuelo,
En lloro aun nos inunda
Y nos brinda purísimo consuelo,
Al són de plañideras elegías !

¡ Lloro, poeta, llora !
Como la noche vierte su rocío,
Reclamando la vista bienechora
Del fecundante sol, y fresco y pío
Ese llanto en sus perlas trae al suelo

Simpático atavío;
De esta guisa, el gemido de tu duelo
Se deje oír en armonioso trino
De alondra entre la rama
Ó bien del ruiseñor canto divino,
Que se alza, que se inflama,
En querella infeliz contra el destino.

¡Llora y gime, poeta!
La pena más completa
Se mitiga algún tanto con el lloro;
Y luego, como pocos, tú conoces
Que el canto es un tesoro
De paz y de quietud, cuando veloces
Bate sus alas la desgracia impía,
Ó de dulce, de cándida alegría,
Si las dichas aduna
En un carro feliz nuestra fortuna.

¡Llora, vate; mas sean tus gemidos
Transportados en ondas de dulzura
Por el confín. Sus ecos doloridos
Resuenen con armónica ternura
En todo corazón, y mil palpiten
Y unísonos se agiten
A par del tuyo, que en la misma pena
Hay una calma plácida y serena.

¡Bien lo recuerdas! El poeta tiene
En sus manos el libro de la gloria,
Y en él escribe el nombre que la historia

Conserva allí perene
Y vivo y palpitante.

¿No nos legó su *Beatriz* el Dante,
Y su *Laura* el Petrarca, y su *Leonora*
El meliflúo Cantor de la Cruzada?

¿Y, con su voz sonora,
Sensible y delicada,
El Cisne de Antioquía no sublima
Al cielo el nombre de su *Julia* amada?...

¡Lamenta, bardo! ¡Con tu fácil rima
Alivia tus dolores;
El estro haznos sentir que te apasiona,
Y á *Jesús*, muerta flor de tus amores,
Lleva en ofrenda la inmortal corona!

Azogues, Octubre 28 de 1891.

Emilio Abad.

PARTE SEXTA

RECUERDOS POSTERIORES



MEMORIAS Y CONSUELOS

A MI AMIGO EL SR. DR. D. LUIS CORDERO

Tus recuerdos son flores que se refrescan con rocío de lágrimas.

Tus consuelos son bálsamo divino con que la piedad de Dios cura las heridas de tu alma.

Cuando, en medio de los cuidados de la tierra, levantas tus ojos al cielo, es porque recuerdas y buscas algo que te consuele y vivifique.

Tienes razón.

Allá divisas, entre róseas nubes, á la mitad de tu alma, al ser que comprende tu dolor y conoce el vacío que dejó en tu corazón.

Te falta su amor.

Ese amor casto, ternísimo y deleitable, que convierte el hogar en pedazo de paraíso, ya no existe para ti.

Cuánto lo has llorado, cuánto lo has sentido y cuán triste y dulcemente lo has cantado.

La poesía de tu pesar es conmovedora.

Si los acentos de un corazón lastimado pudieran atraer del empíreo á los seres

que nos dejaron, ya tú habrías conseguido que Dios te devolviese tu idolatrada esposa.

Ella fué el encanto de tu vida y la corona que vislumbraste en tu juventud y en tus sueños de poeta.

Mientras ella te acompañó, te sonreía la felicidad.

Ella fué el decoro de tu casa, y tú te creías feliz; porque es dichoso el marido de la mujer virtuosa.

Por esto tú la alabaste y tus hijos la llamaron venturosa.

Cumplióse en tu hogar la bendición del sabio, y tu esposa fué para ti “como la cierva muy amada, graciosa como el cervatillo; y sus cariños te inundaron de alegría, y en su amor buscaste siempre tu placer.”

Cómo no sentirla! Cómo dejar de llorarla!

Menguado es quien da tregua al llanto, para no deplorar un bien perdido.

Justo es que tus recuerdos sean para ti lágrimas.

Si la poesía del corazón es la más natural y bella, y si el poeta, sobre el común de los demás mortales, experimenta cierta delicadeza de sentimiento, que con-

mueve su alma de modo inefable, tú debes sentir doblemente, como esposo privado de ventura, como padre que contempla en contorno hijos sin caricias de madre.

Ni la gloria, ni el renombre que has granjeado, con acciones meritorias, tienen para ti atractivo alguno, ni te son gratos; porque de ellos no participa la que amaste.

Ni de tus honras ni de tus penas existe ya la dulce compañera.

Angustiado la buscas todavía; porque anhelas comunicarle tus goces y tus pesares.

Nada más consolador que la confianza con la mujer inteligente y virtuosa, cuya perspicacia sondea el porvenir y cuyo corazón vaticina nuestras desgracias.

Ya no la encuentras: el que tiene el mismo dulcísimo nombre de tu esposa, la posee ahora, en la región de las complacencias.

Jesús es el dueño de tu Jesús.

Lo comprendes, y, entre lágrimas, sientes interiormente la fruición de su dicha.

Brilla en tu mente la fe, y, á través de sus resplandores, columbras á la que fué modelo de virtudes y dechado de matronas cristianas.

Como la mujer fuerte que celebró Salomón, ha alcanzado alabanzas merecidas entre los hombres, y es inmortal, con su premio eterno, entre los ángeles.

Cuando, en el silencio de tus meditaciones, la recuerdas, te parece—¡grata ilusión!—que aún está á tu lado y que aún aspiras el aroma de sus virtudes.

Conversas con ella, en el lenguaje misterioso de las almas, que tratan ya sólo de cosas celestiales.

Entonces te dice que es feliz y que debes regocijarte de su felicidad.

Y tú sientes consuelo, y quisieras tener permanente, delante de tus ojos, la imagen de tu bien, ya inmortalizado.

Te consuelas de parte del Cielo, ya que es fugaz, y á veces importuno, el alivio que nos dan las criaturas.

Sólo Dios, que es eterno, puede darnos consolación duradera. Pero suele también satisfacerse el corazón atribulado, cuando los amigos que nos aman, hacen suyo nuestro dolor y nos acompañan á tejer coronas para nuestros muertos queridos.

Es dulce lamentar en compañía de quienes saben sentir y ponderar los rigores de un corazón que agoniza.

El más modesto de tus amigos es también uno de los más sinceros partícipes de tus dolores y recuerdos.

Bien quisiera cantar tristemente á la *mitad difunta de tu vida*. Ojalá tuviese la santa inspiración de tu dolor.

Este te ha dictado *versos de fuego*, y tú los has *escrito con sangre* de tu corazón.

Cuando gemiste al primer golpe de tu adversidad, tus antiguos amigos te acompañamos é hicimos resonar *un solo clamor*, como pidió tu alma dolorida.

Los que son verdaderos poetas templaron sus liras, para mezclar sus sonidos con los de la tuya, todavía enlutada.

La lira es más suave y apacible, cuando la pulsa la mano del dolor y exhala notas de cristiana y honda melancolía.

Los recuerdos del *ángel custodio de tus pequeñuelos*, se renuevan, cada vez más tristes, cuando vemos á tus hijos crecer y desarrollarse, buscando en todas partes siquiera la sombra de su madre, y les oímos relatarnos sus gracias y virtudes, y cómo desapareció, cuando aún la juventud realzaba su modesto semblante.

En el hogar han quedado los destellos

luminosos de la virtud de la esposa y de la madre.

Desprendida y robada una azucena, aún se conserva en rededor de la planta la esencia que perfuma el jardín.

Los recuerdos de esposas angelicales no perecen, sino que se perpetúan, transformados en virtudes que imitan los hijos.

Los recuerdos de tu esposa viven en tu familia, y los acentos de su voz aún sueñan en tus oídos, como las últimas quejas del yaraví con que hizo gemir á su piano.

Triste, pero consoladora, satisfacción es creer que aún vemos y oímos al bien amado.

Dios concede estos recuerdos y dibuja en nuestra mente estas imágenes, para fortalecer el espíritu abatido.

No dudas de la felicidad de tu Jesús.

Su imagen se te presenta siempre revestida de luz, como señal cierta de su suerte venturosa.

Recuérdala, para bendecirla. Invócala como á ángel protector de tus hijos.

Pídele para ti vigor y perseverancia, y que, invisible, te aliente en la cumbre del Calvario de tu poder.

Por sus ruegos al Señor, no lo dudes,

descenderás del solio, bendecido de tus compatriotas, benemérito de la patria, limpia la frente, puras las manos, el deber bien cumplido, la conciencia tranquila, el corazón satisfecho.

Mucho puede el amor desde que ya es inmortal.

Quien tanto te quiso en la tierra, sabe interceder por ti y protegerte desde las alturas.

La unión del amor casto, de ese que simboliza el santo maridaje de Jesucristo con su Iglesia, no puede jamás romper del todo sus estambres.

Aunque la esposa vuele al seno de Dios, queda un lazo de oro, visible sólo para la fe, el cual la liga con el esposo y la encadena al corazón de sus hijos.

Si ella ruega por ti y nada empaña tu frente de magistrado, destierra, con la conformidad y la gratitud, esa *noche en el corazón, noche en el alma*, que te dejó después que la perdiste.

Bien haces de recordarla con lágrimas.

Tu llanto no es el de la desesperación, y debe ya irradiar en tu alma algo de la lumbre que circunda á tu Jesús.

Inspirado, ¿no le pedías que te diera algún mensaje de lo alto?

Te lo trae en realidad, y dice que calmes tu dolor, y vivas, no sólo para sus huérfanos, sino también para la patria.

Te recuerda que, desde el hogar enlutado, la patria te llamó, y que tú, por oírla, acallaste los gemidos con que tu último pequeñuelo, más huérfano, si cabe, por más tierno, llenaba el recinto de tu casa.

Pero no son huérfanos tus hijos, ya que tu Jesús, al morir, los entregó á María, y, siendo ella madre, *ya no puede haber huérfanos.*

Sigue, amigo, en la jornada *más penosa y difícil de tu vida* de magistrado, y mira *el astro de ella*, el cual, lejos de extinguirse, te alumbrará en tu camino.

Durante él has recogido ya hermosas flores, para formar con ellas ramillete funerario que jamás se marchite y más bien renueve tus recuerdos y tus consuelos.

Acepta, entre estas flores, la humilde violeta que aquí te deja tu amigo,

Junio 10 de 1894.

Quintiliano Sánchez.

AL SR. DR. D. LUIS CORDERO

La memoria de los seres
Que encantaron nuestra vida,
Es lámpara inextinguible
Que alumbrá sólo desdichas.

Más que en la mente, en el pecho
Oculta su llama brilla,
Dulce como el bien perdido,
Triste como sus cenizas.

Y la amamos, y nos place
Que á su luz el alma viva
Martirizada á recuerdos
De venturas y delicias:

Martirio que la conforta,
Cual celestial medicina:
Cada recuerdo le hiere
Y al mismo tiempo la anima.

¡Ay! qué sería del alma
Cuando, á no volver partidas
Las almas sus compañeras,
En orfandad agoniza!

¡Cuando en su torno las flores
Deshójanse de la dicha,

Y del porvenir el campo
Cubierto de escarcha mira!

¡Ay! qué sería del alma
Sin aquella luz divina,
Que al muerto bien á sus ojos
En imagen presta vida!...

Morir con los que murieron
Grande ventura sería;
Mas, si vivir es preciso,
También la memoria viva.

En tanto las puertas se abran
De la región infinita,
Do las hallemos, sin miedo
De funestas despedidas,

Cólmennos de triste gozo
Sus idéales visitas,
Y en medio del llanto acerbo
El alma, al verlas, sonría.

Tú, Luís, como yo tienes
Penas que á llorar te obligan,
Amores en otro mundo.
Recuerdos que te acarician.

¿Dónde vas, qué haces, amigo,
Sin que éstos, formas distintas
Fingiendo, contigo vayan
Y á tus acciones asistan?

Entre las nocturnas sombras,
Entre las luces del día,
Como ángeles misteriosos,
Con fijo mirar te atizban.

Si venturosa fortuna
Elévate á una alta silla,
Ellos ahí, centinelas
Que tú solamente miras;

Si suenan, á recrearte
Musicales armonías,
Ellos ahí, susurrando
Frasas de tristeza henchidas;

Si al cielo, baja la frente
Y en el polvo las rodillas,
Con el alma y con los labios
Ferviente plegaria envías,

Ellos ahí: velos cómo,
Para escucharte, se inclinan,
Por descubrir si en tu rezo
Das á sus nombres cabida.

Rueda el llanto de tus ojos
Y uno suena: *¡Jesús mía!*
Y el ángel á quien invocas
Que sonríe te imaginas,

Y que, con la blanca diestra
Hácia lo alto dirigida,

*Allí nuestra unión, te dice,
No romperá muerte impía.*

Entonces, cual nunca amable,
La esperanza te acaricia,
Y en ella apoyado sigues
Del mundo la áspera vía.

Quito, Junio de 1894.

Juan León Mera.

VIOLETAS

¡Se fué, cuando se abrían sus gayas flores
Al sol de amor radiante de venturanza,
Y del hogar cristiano los ruiñeños
Le cantaban los himnos de la esperanza!

¡Qué silencio por donde su voz se oía,
De maternal ternura con alborozo!
Qué soledad tan hosca do ella reía,
Llenando corazones de luz y gozo!

Su memoria, en la noche de horrible duelo,
Luce, de la esperanza como la estrella,
Y tiene las miradas vueltas al cielo
De ojos que lloran siempre por amor de ella!

Cuando vuelvas, esposo desventurado,
Á la margen florida del patrio río,
Donde yace la tumba del sér amado
Que te dejó en el pecho negro vacío;

Y trémulo te acerques por el bosque,
Á conversar con ella, puesto de hinojos,
En la oración, del alma mudo lenguaje,
Y aquel suelo bendito rieguen tus ojos;

En la hermosa corona que al santo leño
Que guarda su descanso, tu mano enlace,
Pon estas violetas junto á tu dueño,
Ofrenda que piadoso tu amigo le hace.

Juan Abel Echeverría.

RECUERDO Y GRATITUD

En Agosto del año de 1889 viajaba yo á las provincias del Sur, en comisión oficial. Aproximábame á la hermosa ciudad de Cuenca, y, en su vecino valle, encontré una respetable comitiva de simpáticos y honorables caballeros, que me abrumaron con sus atenciones y bondadosos cumplimientos.

Allí estaba, como presidiendo la noble comitiva, el caudillo azuayo que, más

tarde, había de ser el digno Jefe de la Nación. ¡Gratísimo recuerdo para mí!

Confundido con esos cultos agasajos, marchaba lleno de emoción, y fuí conducido á casa del generoso amigo que, con su noble séquito, festejó al humilde viajero, que no tenía más títulos que los recuerdos cordialísimos de compañerismo en el Gobierno de la Restauración, en 1883.

Nunca, para mí, hubo día más feliz que ese en que, alojado en casa del Sr. Dr. D. Luis Cordero, conocí á la matrona distinguida del Azuay, cuya presencia fué para mí un nuevo motivo de vivísima emoción.—Su gentileza en el semblante y su mirar bondadoso y festivo inspiráronme confianza y gratitud.—Yo la contemplaba con respetuoso afecto y admiración, y veía en su interesante faz, de amabilidad y dulzura, al Angel del hogar, prodigando favores á quien los necesitaba.—Un día más, y estos favores transformáronse en grandes beneficios.

La presencia de la Sra. Dña. Jesús Dávila de Cordero me trajo á la memoria un tristísimo recuerdo—el de un adorado hijo mío, muerto ya, por mi desgracia. Referíame éste, muchas veces, con

filial ternura, que su permanencia en Cuenca le había sido sumamente grata, merced á las cultas atenciones y servicios importantes de esta admirable Señora, y á su cuidado y cariño maternales.

Sí: madre era para todos la Sra. Dávila, madre sin igual!—Este es el título que le corresponde, justo y legítimo, por la delicadeza de sus maneras, por la generosidad de sus acciones, por la ternura de sus nobilísimos sentimientos y por la encantadora influencia que ejercía en el alma de sus favorecidos y admiradores.

Eternas deben ser en el mundo las personas que poseen estas virtudes; pero, por desgracia de la humanidad, casi siempre desaparecen las primeras, dejando tras sí recuerdos perdurables. es verdad, pero también lágrimas y pesares y desdichas para los infortunados seres que les sobreviven.

Esto es lo que ha pasado con la inolvidable Sra. Dávila. Despidióse para siempre el 9 de Julio de 1891, cuando sus virtudes, su talento y su índole de ángel han debido seguir vivificando á la sociedad, que la respetaba, á la familia, que veía en ella su idolo, y á los amigos,

que la amábamos con gratitud y admiración.

Escribo estas líneas para que mis recuerdos de esa época, inolvidable para mí, se conserven intactos, y para que mis palabras de gratitud hacia esa virtuosa matrona del Azuay sean siquiera un tributo á su memoria.

Quito, Julio 9 de 1894.

José María Sarasti.

IN MEMORIAM

Et noluit consolari, quia non est.

A ti, alma querida, que moras en la Patria celestial, consagro este recuerdo, como pobre flor que el viento llevará á tu sepulcro, junto con las *siemprevivas* que el afecto más hondo y la más sincera amistad te han consagrado.

Tu puesto se mantiene vacío, allá en el distante hogar, y tus hijos pequeñuelos discurren por ahí, tristes y llorosos; porque, heridos por el más grande de los

infortunios terrenales, la orfandad, es tan sin consuelo.

Las lágrimas que, en presencia de una tumba amada, tiemblan en las pupilas del huérfano, son la plegaria más fervorosa, que va derechamente al seno de Dios.

¡Cuánto te habría amado yo, si hubiera tenido la dicha de conocerte! En viviendo tú, ¡cuán completa fuera mi presente felicidad! Amor de hijo, de hermano, de fiel amigo, habría tenido mi corazón para ti.

Tu memoria, siempre bendecida, ha de vivir en mi alma: me la ha de traer sin cesar á la mente la dulce compañera — fruto de tu amor y de tus entrañas — que ha hecho de mi existencia un edén; porque en ella veo, junto con las gracias de la juventud, el reflejo de tus virtudes: ella es la inspiración y la fuerza, la ternura y la suavidad de tu maternal corazón. Bendigo al Cielo, y bendigo tu memoria, por la felicidad de que disfruto.

Quienes te conocieron y frecuentaron tu trato, me han dicho que competían en ti la virtud y el talento, la gracia y la ternura, esto es, cuanto hay de más encantador en este triste mundo.

Quienes te conocieron y frecuentaron tu trato, me dicen, que tu talle era esbelto, majestuoso tu andar, cultísimos tus modales y tu voz como de música. El Cielo te legó sus mayores dones, derramando en tu corazón los sentimientos de la más encendida caridad, acompañados de gran elevación de ideas.

¡Cuán transitorio y breve es cuanto va camino de este mundo! ¡Y cómo ciertas almas predestinadas, que andan peregrinas por el bajo suelo, vuélvense presurosas á su Patria inmortal, legándonos, en la estela de luz que van dejando, la brillantez de sus virtudes! Así te fuiste, alma querida, cuando te hallabas en la plenitud de la existencia.

¿Por qué sólo la muerte ha de acabar con nuestras tristezas y pesadumbres?....

— 10 —

Me han dicho, quienes la conocieron y frecuentaron su trato, que sus ojos, de profunda y contemplativa mirada, estaban siempre cargados de melancolía, vagando en suave atmósfera, propia de ángeles; que, en ocasiones, súbitas lágrimas los inundaban, sin que ella misma pudie-

se darse cuenta de la causa que las motivaba..... ¿Sentía, por ventura, el afán doloroso de realizar la gran esperanza?

Me han dicho, quienes la conocieron, que en sus labios se mostraba pura é indefinible sonrisa. La risa estrepitosa casi nunca se compadece con las almas delicadas. La carcajada es convulsión, es exceso, es ímpetu, algunas veces, y hasta furia del alma; en tanto que la sonrisa — manifestación de alegría suave y tranquila — es á manera de caricia que, bajada del Cielo, llega hasta el corazón, y lo alivia y lo conforta.

¿Quién no se ha apacentado alguna vez en la sonrisa que, con tinte melancólico, se pinta en el rostro de una joven madre paciente y resignada? Tal era la sonrisa que vagaba en los labios de nuestra muerta querida.....

¿Cuál de sus pequeñuelos pudo sospechar que, con esa triste sonrisa, hubiese estado, como balbuciendo el adiós eterno que quería dar á los suyos!

Fué madre singular, llena de cariño y ternura. Me han dicho los que la conocieron, que era de verse cómo formaba, con arte maravilloso, un verdadero nido, entre sus brazos, para abrigar

y estrechar suavemente con ellos al pequeño Gonzalo.

Andrés del Sarto y Corregio, artistas que idealizaron niños adorables y divinamente hermosos, y madres embelesadas, oprimiendo contra el corazón á sus pequeñuelos, habrían visto en aquella madre y en aquel niño la realización de sus creaciones.

¡Y qué de cosas no habladas ni escritas — que sólo en el Cielo tienen voz como de música y expresión fuera de la común inteligencia — no se dirían entonces la madre y el tiernecito Gonzalo! Entre ella y él, en ese como paraíso de felicidad, platicarían con los ojos y el corazón, con los besos y las caricias, aún más que con las palabras. Tengo de seguro que, en aquellos momentos, los ángeles que cuidaban del niño llorarían de envidia infantil.



Lo infinito, lo sublime y grandioso del mundo moral, ha de encontrarse en el corazón de la madre; por eso, se llama *amor de madre* al sentimiento más bello y arrobador y delicado y eterno que puso Dios en el corazón humano.

“Se reemplaza la mujer; se acarician nuevos hijos; se sustituyen los amigos; se halla nueva patria;..... todo, todo puede renovarse en la vida: la madre muerta no se recobra nunca.” Tampoco el corazón del hijo huérfano alcanza consuelos en lo humano: su dolor es forzosamente eterno. Minada la salud, póstrase el cuerpo, y se aproxima allá donde Dios sabe *donde han de fundirse dos almas.*

Los que, llevando en el corazón una necrópolis, sentimos que avanzamos en el rápido descenso de la vida, gustamos de repasar en la memoria el amplio cementerio de nuestros difuntos queridos. La memoria es un bien inestimable: tras el hechicero prisma que ella nos presenta, adquieren dulce y plácido encanto los recuerdos tristes de nuestras muertas historias y de nuestros muertos amados.

Bendigo tu memoria, oh alma querida, que moras en la Patria celestial! Amor de hijo, amor de hermano, tiene para ti

mi corazón; y en la dulce compañera de mi vida he de ver siempre el reflejo de tus gracias y virtudes. Ella es la inspiración y la fuerza, la ternura y suavidad de tu maternal corazón.

¡Paraíso y felicidad de tus hijos, embelleso y poesía de tu esposo, cuán presto te fuiste!.....

He de partir en breve, á visitar tu lejana tumba, y he de regar con mi llanto las flores que la piedad filial mantiene frescas.

Quito, Julio 9 de 1894.

Roberto Espinosa.



INDICE.

	Pag.
ADVERTENCIA.	V.
SIEMPREVIVAS	VII.

PARTE PRIMERA.

Publicaciones necrológicas. . . 1.

Páginas de duelo: por Joaquín F. Córdova.	3
Duelo en Cuenca: Antonio Borrero C.	11
Día infausto: Tomás Rendón.	13
Trance snpremo: Miguel Moreno	15
En la muerte de la Sra. Doña Jesús Dávila: Manuel Coronel	18
La Sra. Doña. Jesús H. Dávila: David Cordero.	22
A la memoria de la Sra. Jesús Dávila: José Ormazá.	25
Con motivo de su inesperada muerte: José Miguel Ortega.	28
Carta de condolencia: Antonio Aguilar.	31
En el campo santo: Mariano Borja.	34
Carta de pésame: Rafael María Arízaga.	36
Consideraciones: Miguel T. Parra.	41
Pésame: Manuel Eloy Salazar.	44
Prematuro fallecimiento:— Víctor González Novillo.	46
Al Sr. Dr. D. Luis Cordero:— Manuel E. Salazar B.	51
El lecho de agonía: M. A. C.	55

	Pag.
Pésame: Ezequiel Calle.	59
Pésame: V. F. Alvarado.	64
Necrología: M. N. Arízaga.	72
La Sra. Doña Jesús Dávila: Ramón Borrero.	76

PARTE SEGUNDA.

Telegramas de duelo. 81

Del Sor. Dor. Manuel E. Salazar.	83
De los SS. Presidente, Ministros, &.	»
Del Sor. Gral. Salazar.	84
Del Sor. Dor. J. M. P. Caamaño.	85
Del Sor. Gral. Sarasti.	»
Del Sor. Pacífico E. Arboleda.	86
Del Sor. J. M. Lasso.	»
Del Sor. R. T. Caamaño.	»
Del Sor. Dor. M. N. Arízaga.. . . .	87
Del Sor. José M. Arteta y A.	»
De los S S. Coronel Zarama y Comandante Córdova.	»
Del Sor. Celiano Monge.	88
Del Sor. Belisario Rivas.	»
Del Sor. Benjamín Piedra.	89
Del R. P. Domingo Naranjo.	90
De los S S. Astudillo y Machuca.	»
Del Sor. Amadeo Maldonado.	»

PARTE TERCERA.

Manifestaciones de la prensa. 91

Sensible desgracia: de <i>El Globo</i>	93
Pésame: de <i>El Pensamiento Nacional</i>	»
Nos asociamos: de <i>La Razón</i>	94

	Pag.
Obito: de <i>El Diario de Avisos</i>	94
Ha fallecido: de <i>El Ariete</i>	95
Páginas necrológicas: de <i>El Censor</i>	»
Ha fallecido: de <i>El Bolivarense</i>	96
Acusamos recibo: de <i>El Progresista</i>	97
Otra elegía: de <i>El Censor</i>	»
Nuestro pésame: de <i>La Voz del Patriotismo</i>	98
Suelto de <i>La Nación</i>	99
Id. de <i>El Telegrama</i>	»
Una tumba: de <i>El Censor</i>	100

PARTE CUARTA.

Cartas de pésame.	103
Del Sor. Dor. Pedro F. Cevallos.	105
Del Sor. Dor. Luis Antonio Salazar.	»
Del Ilmo. Sor. González Calisto.	106
Del Sor. Dor. J. M. P. Caamaño.	107
Del Sor. Dor. Camilo Ponce.	108
Del Sor. Dor. Pablo Herrera.	110
Del Sor. Dor. J. M. Espinosa.	111
Del Sor. Don. Vicente L. Salazar.	112
Del Sor. Dor. Federico González S.	»
Del Sor. Don Belisario Peña.	113
Del Sor. Francisco J. Coronel.	114
Del Sor. Don Juan León Mera.	115
Del Sor. Dor. Honorato Vásquez.	116
Del Sor. Gral. Reinaldo Flores.	117
Del Sor. Gral. José M ^a . Sarasti.	118
Del Sor. Dor. Carlos R. Tobar.	119
Del Sor. Don Rafael Pérez Pareja.	120
Del Sor. Dor. Antonio Robalino.	»
Del Sor. Don Pacífico E. Arboleda.	122

	Pag.
Del Sor. Dor. Cornelio Crespo.	124
Del Sor. Dor. Angel P. Chaves.	125
Del Sor. Dor. Manuel N. Arízaga.	126
Del Sor. Don. J. A. Echeverría.	127
Del R. P. Antonino Cousot.	129
Del Sor. Dor. Ramón Samaniego.	132
Del Sor. Dor. Félix Proaño.	133
Del Sor. José M ^a . Cañadas.	134
Del R. P. Julio París.	135
Del Sor. Dor. José J. Estupiñán.	136
De los RR. PP. Duranti, Jerves y Piedra.	137
Del Sor. Dor. Rafael Riofrío.	139
Del Sor. Coronel José A. Polanco.	140
Del Sor. Dor. Darío E. Palacios.	141
Del Querido Hermano Miguel.	142
Del Sor. Dor. Cesáreo Carrera.	143
Del Sor. Don Vicente Pallares P.	144
Del Sor. Dor. Carlos J. Córdova.	146
Del Sor. Dor. Leonidas Batallas.	147
Del R. P. Domingo Naranjo.	»
Del Sor. Dor. Rafael L. Nieto.	150
Del Sor. Coronel José M ^a . Almeida.	151
Del Sor. Don Julio H. Salazar.	153
Del Sor. Don Víctor Proaño.	154
Del Sor. Don Trajano Mera.	155
Del Sor. Don. Marco J. Kelly.	156
De la Señora Doña Felicia Nash V. de Blondel	157
Del Sor. General Francisco J. Salazar.	161

PARTE QUINTA.

Poesias.	163
Dolor del poeta: por R. Crespo Toral.	165

	Pag.
A mi hermano Luis: Vicente Cordero.	165
A mi amigo el Dr. D. Luis Cordero: Numa P. Llona.	167
Hoja de ciprés: Celiano Monge.	168
Plegaria: Benjamin Urigüen	169
A la memoria de la Sra. Jesús Dávila: Antonio Marchán G.	171
Jesús Dávila de Cordero: por Manuel E. Salazar.	172
¡Condolencia!: Tomás Rendón	173
¡Adios!: Luis Cordero.	179
¡Condolencia!: Emilio Abad.	190

PARTE SEXTA.

Recuerdos posteriores. 195

Memorias y consuelos: por Quintiliano Sánchez.	197
Al Sor. Dor. D. Luis Cordero: J. L. Mera.	205
Violetas: Juan Abel Echeverría.	208
Recuerdo y gratitud: José María Sarasti	209
<i>In Memoriam</i> : Roberto Espinosa.	212



ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice:</i>	<i>Debe decir:</i>
28	4	eñor	Señor
107	17	οηυρ	Julio
150	15	Rafaeł	Rafael
160	22	famili ay	familia y
185	15	!	!
191	11	suerte	muerte